Error 404

Seudónimo: Virasoro T

Concurso: Premio Clarín Novela 2025

Prólogo

"Toda historia es, al fin y al cabo, un catálogo de desapariciones que no supimos o no quisimos nombrar."

Suele pensarse que el ser humano se forja en lo que afirma la palabra que nos retrata, los triunfos que exhibimos, las certezas que pintamos como murallas contra el abismo. Sin embargo, si uno rasga la superficie, advierte que nos edificamos, con más hondura, en lo que se escapa, en aquello que no llega a pronunciarse, en la sutil pero dolorosa deserción del sentido. A lo largo de las páginas que siguen reunidas bajo el título contundente de Error 404 se dibujan cinco ficciones, cinco secciones fracturadas que proyectan la progresiva extinción del yo. El lector deberá entender que esta extinción no es un instante fulminante, sino la consecuencia de un desgaste continuo, de un tejido que se va deshilachando en la trama de la existencia.

¿Qué desaparece en estas historias? Ante todo, lo humano en sus distintas modulaciones la intimidad que aguarda un gesto (y no lo recibe), la conciencia que se somete a la barbarie de la guerra, la risa que resiste a una sociedad carcelaria, la posibilidad de un lenguaje abierto que no sea mera nomenclatura despótica, y, por fin, la mismísima identidad personal cuando el sistema digital deja de reconocernos o nos reconoce doblemente, a través de copias y réplicas que anulan todo original. Cada relato funciona como un peldaño en la bajada hacia el silencio desde la ausencia mínima de un saludo —

La Ventana Sin Voz— hasta la absoluta nulidad del yo —Error 404—, se traza un arco que bien podríamos llamar "la crónica de lo irrecuperable."

En ese sentido, las historias acá reunidas dialogan con la tradición de los grandes exploradores de la inexistencia. Borges delineó su laberinto de espejos en donde una y otra vez se impugna la certeza de quien observa. Kafka erigió mundos en los que la ley del absurdo rige el destino de hombres sin rostro. Cioran nos recordó que la conciencia es un fastidio constante, el rumor de un sinsentido que no halla reposo. Y Camus plasmó la figura del hombre empeñado en afrontar el absurdo con la frente erguida, aunque a cada paso encuentre el vacío. Error 404 bebe de esas aguas, pero sin dejar de proponer un vértice propio, la confluencia de la soledad, la opresión y la suplantación digital en un escenario contemporáneo que ya no se siente remoto, sino tristemente reconocible.

Cualquiera que se acerque a estas páginas quizás busque un refugio, un atisbo de redención. Y, sin embargo, lo que hallará es la confirmación de la grieta cada uno de nosotros porta un "defecto" existencial que el mundo, diligente y violento, intenta corregir. Ese "defecto" es la libertad de anhelar, de dudar, de reír sin permiso, de usar las palabras para hacer poesía y no mera estadística, de creer que en la multiplicidad de rostros hay algo irrepetible. El "error" nace cuando lo irrepetible se resiste a encajar en un molde común, cuando la vida se niega a ser un esquema, y el pensamiento se niega a quedar bajo llave.

En La Ventana Sin Voz, el error radica en descubrir que incluso la ausencia del otro puede devenir una obsesión que nos desnuda. En La Guerra Nos Olvidará, el error es la humanidad que no se extingue del todo en quienes matan o mueren "por orden". En El Buzón, el error se encarna en la risa del encarcelado, risa que el sistema vigila porque no comprende ni tolera. En El Silente o Libro del Error, la perfección lingüística anula la posibilidad de un pensamiento vivo, mostrando que sin ambigüedad, el espíritu se

marchita. Y, por fin, en Error 404, el error adopta la forma de una identidad que estalla en copias, replicantes y simulaciones, revelando la inexistencia de un original.

Hay un rasgo que se repite en todos ellos el sujeto que cree desaparecer está, en realidad, desafiando la lógica imperante. Y es justamente por ese desafío que desaparece la guerra ahoga al soldado que se atreve a reflexionar, la cárcel aplasta al que se mofa de su propia desgracia, el lenguaje unívoco arrasa con la duda y la poesía, la realidad virtual se superpone a la carne hasta difuminar el yo. La aniquilación se convierte, así, en la gran maniobra de control: el individuo que no encaja es tachado, borrado, reemplazado. O, en palabras más duras, "corregido".

Pero la literatura, desde sus inicios, convive con la herejía de lo indefinible. Cada frase que no reduce el mundo a una fórmula exacta porta una chispa de libertad. Por eso, este libro es también un alegato: un alegato contra la tentación de la certeza absoluta, contra la militarización de la palabra y la clausura de la subjetividad. En lugar de brindar consuelo, las cinco ficciones ofrecen la interpelación más incómoda: ¿qué parte de nuestro ser estamos perdiendo cuando obedecemos, cuando callamos, cuando no buscamos a la persona tras la cortina, cuando renunciamos a la ambigüedad, cuando nos sometemos a la duplicación digital? Si hay un rescoldo de esperanza, reside en la conciencia de esta pregunta, en la agonía de un "por qué" que aún yace.

Decía Simone Weil que la verdadera esclavitud consiste en dejar de cuestionar los engranajes del poder. Acá, cada relato prueba que el silenciamiento es la estrategia final de la opresión: primero se corrompe el amor —la mirada en la ventana—, luego se corrompe la conciencia moral —la obediencia en la guerra—, después la libre expresión —el encierro y la burla carcelaria—, luego la mismísima palabra —convertida en panóptico lingüístico—, y finalmente, el yo, reducido a un eco virtual sin identidad definitiva. La cadena de silencios es un plan sistemático, una gradación fatídica que lleva

al lector desde la pérdida mínima una sonrisa ausente hasta la aniquilación total el yo que se funde con el algoritmo.

He acá, pues, el vértice del Error, una puesta en escena donde lo que llamamos "error" es, en verdad, el último fulgor de humanidad antes de que la maquinaria de la corrección acabe con todo vestigio de diferencia. Quizás deba aclararse que Error 404 no es tanto una denuncia como un retrato ácido, sombrío, a ratos poético de ese instante en el que el ser comprende que lo han tachado del inventario. Y lo más trágico: que acaso no exista un inventario alternativo para anotarse.

Por eso, lector, te invito a recorrer estas cinco ficciones como quien atraviesa un laberinto inverso: cada pasillo no se acerca al centro, sino a la periferia, a la zona oscura donde el personaje se diluye y te enfrenta con la pregunta esencial: ¿hay algo invulnerable en nosotros? Si la respuesta es no, estas páginas serán un réquiem desgarrador. Si la respuesta es sí, será un grito de rebeldía, el signo vivo de que todavía nos queda un error con el cual aferrarnos a la existencia.

Parte I

La Ventana sin voz

“En la quietud de una ventana cerrada, la ausencia desvela aquello que las palabras no pueden tocar: El enigma entre lo anhelado y lo que nunca llega.”

Capítulo 1: La Cortina Cerrada

A las seis en punto, como cada tarde, abrí las puertas del balcón de mi departamento en Almagro. El cielo de Buenos Aires, teñido por las últimas luces del sol, desplegaba su habitual contradicción de bullicio y nostalgia. Entre el llanto de los colectivos y el aroma a vida que se alzaba desde la vereda, mi mirada acudió a la cita de siempre: la ventana de enfrente.

Sin embargo, el gesto acostumbrado se quebró en el instante en que distinguí la cortina cerrada, tan inmóvil como un párpado que esconde un secreto. Hasta el día anterior, esa misma ventana se abría con puntualidad, y dejaba entrever la silueta de una mujer con un top rojo. Sin pronunciar palabra, ella me regalaba gestos mínimos, un saludo con la mano, una sonrisa apenas insinuada que, sin saberlo, habían infundido un sentido nuevo a mis tardes.

Hoy, en cambio, solo percibí el silencio opaco de la tela bajada. Sentí cómo la ciudad, bulliciosa e indiferente, seguía su curso. Un vendedor ambulante vociferaba sus ofertas al otro lado de la calle, y un taxi frenaba con un chirrido, mas yo permanecía suspendido en la baranda, interrogándome sobre el poder de lo ausente.

Descubrí entonces que lo que más trastoca nuestra rutina no es lo que sucede, sino lo que repentinamente deja de suceder. Ese vacío, tan sutil y tan tangible a la vez, me reveló un

abismo íntimo: ¿quién era yo sin el leve gesto de aquella desconocida? ¿Cuánto de mi vida se sostenía en el reflejo silencioso de esa mirada entre edificios?

Con las manos algo temblorosas, inspiré el aire denso de la ciudad y traté de hallar una respuesta en el murmullo porteño que ascendía desde la calle. Me di cuenta de que, en lo más profundo, temía haber convertido a esa mujer en la excusa perfecta para no enfrentar mis propias preguntas. Y ahora, al cerrarse la cortina, se abría para mí el filo de una incertidumbre mucho mayor.

Por primera vez, comprendí que tal vez su sonrisa contenía un misterio mayor que nuestra comunicación muda. O acaso, pensé, el único misterio era el que yo mismo había proyectado en su ausencia.

Mientras la tarde se fundía en el anochecer, volví a mirar esa tela inamovible y supe con una claridad que dolía que a veces basta un cambio minúsculo para que el sentido de nuestras vidas se ponga en cuestionamiento. Aún no lo sabía, pero esa ausencia sería la puerta a un laberinto sin nombre donde tendría que desnudar mi propia soledad.

Capítulo 2: El Silencio

A la mañana siguiente, me sorprendió encontrarme de pie ante el ventanal antes de que siquiera amaneciera. Con la persiana a medias y mi propio reflejo difuminado en el cristal, sentí un impulso urgente por comprobar si, durante la noche, la ventana de enfrente se habría abierto en algún momento.

La calle, medio vacía, dejaba oír sus primeros rumores: el arranque de un camión de basura, el paso tambaleante de un madrugador que cargaba la vigilia como un lastre. Me aferré a la baranda con la esperanza, remota pero obstinada, de ver un ligero movimiento tras la cortina que el día anterior me había negado cualquier signo de vida. Sin embargo, seguía baja, idéntica a sí misma, inmóvil como si el tiempo en ese balcón se hubiese detenido.

Quise, por un instante, que la ciudad me diera respuestas. Que el ruido matinal de Buenos Aires, con sus colectivos rugiendo y la voz cansada de los repartidores de diarios, desgarrara el velo de silencio que envolvía aquella ventana. Pero nada cambió: la misma tela opaca, la misma ausencia inexplicable. A mi espalda, el departamento se sentía tan vacío como mis certezas. Intenté retomar la rutina y prepararme el mate, encender la televisión, pero me descubrí dándole la espalda a todo, mirando de reojo la ventana ajena, presa de la inquietud.

Recordé entonces la fuerza inusitada que había cobrado su presencia en mi vida. Desde hacía unas semanas, su mirada silenciosa y el leve gesto de su mano habían bastado para concederme una ilusión de complicidad. En un mundo colmado de desconocidos, esa

complicidad muda me ofrecía un resguardo contra el vértigo de la ciudad. ¿Cómo podía deshacerse con la misma rapidez que un suspiro?

Cuando el primer colectivo avanzó por la avenida, el ruido me sacó de mi ensimismamiento. Encendí la pava eléctrica y observé el espectáculo del agua hirviendo, ansioso de recuperar algún orden lógico en mi mañana. Sin embargo, el cosquilleo de la incertidumbre persistía. Recordé que entre mi edificio y el de enfrente había un pasillo lateral, casi oculto, por el que quizá podría acercarme. Pero rechacé la idea enseguida: temía descubrir que no tenía ningún derecho a buscarla, que todo ese vínculo existía solo en mi cabeza.

Volví a asomarme y el sol empezaba a despuntar, tiñendo los edificios de un dorado tímido. Una vecina, en el balcón de al lado, regaba sus plantas sin reparar en mí. Me pareció injusto que el mundo mantuviera su curso natural mientras yo flotaba en este insólito vacío. Fue entonces cuando recordé o tal vez inventé a partir de mi memoria confusa una reflexión de Cioran: “La ausencia es a veces más elocuente que cualquier presencia”. Repetí aquellas palabras como un conjuro, sin saber si con ello buscaba encontrar un sentido oculto en su desaparición o paliar mi propia soledad.

Tomé un sorbo de mate y lo dejé a medias, enfriándose sobre la mesada. El día continuaría y con él la creciente necesidad de explicaciones. Pero me aterraba confirmar que ningún paso material ninguna pesquisa, ninguna pregunta me acercaría a la verdad. Tal vez, pensé, la ventana cerrada era solo el espejo de algo más profundo: la duda y la distancia que todos arrastramos en silencio.

Suspiré y me alejé del balcón, dejando atrás el reflejo de mi propia inquietud. Aún quedaba la tarde, la hora en que ella solía aparecer. Me aferré a esa vaga esperanza: tal vez y solo tal vez la cortina se alzaría de nuevo. Entonces descubriría cuánto de mi mundo dependía de la imagen de una mujer al otro lado de la calle.

Capítulo 3: El Primer Destello

La tarde llegó con la misma inercia con la que avanzan los días en Buenos Aires: sin que uno sepa exactamente cómo, pero con la certeza de que arrastra consigo el peso de algo irreversible. Desde temprano había evitado asomarme al balcón. Me sentía ridículo, como si esa ventana cerrada ejerciera un poder absurdo sobre mis movimientos, como si observar su inmovilidad solo confirmara la mía.

Sin embargo, a las seis en punto, me levanté del escritorio y caminé hacia el ventanal. No fue una decisión, sino un acto reflejo, una rendición ante la costumbre.

Nada. La cortina seguía cerrada.

Me quedé ahí, atrapado en la absurda espera de algo que probablemente no ocurriría. La calle, indiferente, continuaba su tránsito rutinario: colectivos frenando, bocinas cortando el aire, murmullos difusos de peatones que iban y venían sin pausa. Todo parecía lejano,

como si el mundo hubiese sido desplazado a un plano secundario. En el centro de todo, solo quedaba la ausencia.

Fue en ese instante, en medio de esa tarde suspendida, cuando recordé la primera vez que la vi.

Era un día de calor espeso, de esos en los que el sol aplasta la ciudad como una losa ardiente. Recuerdo haberme apoyado en la baranda del balcón, no con una intención particular, sino con esa forma de hastío que lleva a mirar la calle sin realmente verla.

Y entonces, la vi.

No fue un descubrimiento inmediato. Fue más bien un destello: un fragmento de realidad que se encendió en medio de la monotonía.

En la ventana de enfrente, una mujer se apoyaba contra el marco, sosteniendo un cigarrillo entre los dedos. Llevaba un top rojo, y la luz del atardecer la delineaba con un resplandor casi dorado. No parecía esperar a nadie. No miraba el reloj, ni el celular, ni la calle. Solo exhalaba el humo con la calma de quien ha convertido la rutina en un ritual.

Y en un momento imperceptible, nuestras miradas se cruzaron.

No apartó la vista. Tampoco lo hice yo. Fue un parpadeo, un instante sin peso en la escala del tiempo, pero suficiente para trastocar la lógica de la tarde.

Porque en una ciudad donde nadie se detiene a mirar a nadie, alguien, por primera vez en mucho tiempo, me había visto.

Y en ese gesto silencioso, comprendí que la soledad no es la ausencia de personas, sino la ausencia de reconocimiento.

Volví al presente con una punzada en el estómago.

Hasta ese momento, no había querido admitirlo, pero la razón de mi espera no era la costumbre. No era el deseo. Era la necesidad de comprobar que aquella mirada había existido de verdad.

De que no la había inventado.

De que por un instante, ella y yo habíamos sido algo más que dos sombras habitando edificios opuestos.

Pero la cortina seguía cerrada.

Apreté la baranda con ambas manos. Algo en mi interior se crispó con la certeza de que, en cualquier momento, la vida podía convertir a alguien en un simple recuerdo.

Cerré los ojos.

Y como si estuviera formulando una plegaria, murmuré en voz baja:

—Si no existimos en la mirada del otro… ¿existimos del todo?

El eco de la ciudad me respondió con su indiferencia.

Capítulo 4: El Rumor de la Ciudad

Esa noche dormí mal. No porque tuviera insomnio, sino porque entre el sueño y la vigilia mi mente no dejó de repasar la misma imagen: la cortina baja, inmóvil, negándome la única certeza que me quedaba.

Soñé con ella. Pero en el sueño, la escena era distinta. No estaba en su balcón. No estaba en su ventana. Estaba en la calle, en algún punto borroso de la ciudad. Caminaba entre sombras, siempre un paso adelante, desdibujándose a medida que intentaba alcanzarla.

La llamé por su nombre, pero no tenía nombre. Intenté verla, pero no tenía rostro. Solo el resplandor de un top rojo que brillaba entre la multitud y se extinguía en la distancia.

Desperté con una pregunta sin respuesta en la boca.

Afuera, Buenos Aires ya había comenzado su jornada con la brutalidad de siempre: bocinas, motores, voces que se superponen sin orden. Me asomé, como un reflejo condicionado, con la esperanza absurda de ver la cortina entreabierta. Pero no.

Solo un rectángulo opaco. Solo ausencia.

Apoyé los codos en la baranda, sintiendo el aire denso de la mañana, y miré hacia abajo. Las veredas estaban llenas de oficinistas caminando rápido, de repartidores sorteando autos, de ancianos con sus bolsas del supermercado. Todos parecían saber exactamente adónde iban. Yo, en cambio, había quedado varado en el hueco de una historia que no sabía si alguna vez había sido real.

Y entonces la idea apareció.

No fue premeditada. No la pensé con claridad. Simplemente se impuso con la naturalidad de lo inevitable.

Necesitaba salir.

Por primera vez en días, no podía quedarme esperando. Había algo asfixiante en la quietud de ese balcón, en la repetición exacta de los mismos gestos, en la parálisis de un día idéntico al anterior. Si la cortina no se abría, si la ventana no hablaba, si la ciudad se empeñaba en sostener su indiferencia, tendría que buscar respuestas más allá de la baranda.

Sin pensarlo demasiado, tomé una campera liviana y salí.

El aire de la calle me golpeó con la brusquedad de quien sale de un encierro demasiado largo. Me había acostumbrado tanto a ver la ciudad desde la altura que, al pisar la vereda, todo me pareció extraño. Los edificios, las personas, las conversaciones sueltas que flotaban en el aire… todo se percibía diferente. Como si, de pronto, el mundo hubiese adquirido un peso real.

Caminé sin rumbo, dejando que el instinto dictara mis pasos. Crucé la avenida con la inercia de quien está acostumbrado a los semáforos pero no a la gente. Me detuve en una esquina y observé los carteles de los locales sin leerlos, las caras de los desconocidos sin retenerlas. Todo era una superposición de estímulos ajenos, una multitud que no me contenía.

Y sin embargo, entre todo ese caos, había algo que me llevaba siempre en la misma dirección.

El edificio de enfrente.

Desde abajo se veía distinto. La fachada gris, los balcones repetidos en serie, los ventanales de vidrio reflejando fragmentos del cielo. Me quedé parado en la vereda de enfrente, sintiéndome fuera de lugar. Desde aquí, su ventana no tenía nada de especial. Era solo una más.

Y sin embargo, desde mi balcón, esa misma ventana era el centro del universo.

Tuve un impulso irracional de entrar al edificio. Preguntar por ella. Inventar una excusa, un motivo cualquiera. Pero no tenía derecho a buscarla. No era un amigo, no era un conocido. No sabía su nombre.

Era solo un hombre que la había mirado a través del tiempo y la distancia, que había creado un diálogo invisible con alguien que quizás nunca había sabido que existía.

Y ahí estaba el dilema.

¿Hasta qué punto la ausencia de alguien que nunca nos ha pertenecido puede convertirse en un problema real? ¿Hasta dónde es legítimo sentir la pérdida de algo que tal vez solo existía en nuestra cabeza?

Respiré hondo y miré hacia arriba.

Su ventana seguía cerrada.

Pero en la puerta del edificio, una mujer salió apurada, cruzando la vereda. No era ella. Ni se le parecía. Sin embargo, por un instante fugaz, la imaginé en ese mismo gesto. La imaginé saliendo de ese edificio, tomando un café en la esquina, perdiéndose en la ciudad como cualquier otra persona.

Y entonces lo entendí.

No era solo su desaparición lo que me obsesionaba.

Era la idea de que ella pudiera seguir existiendo en el mundo sin que yo lo supiera.

Que su vida pudiera continuar en alguna parte de la ciudad, intacta, ajena, mientras yo me quedaba atrapado en un balcón mirando una cortina inmóvil.

Sentí un vértigo súbito, como si estuviera a punto de caer en la revelación de algo demasiado grande.

Me di media vuelta y comencé a caminar de regreso. Todavía no sabía si debía buscarla o empezar a olvidarla.

Pero lo que sí sabía era esto:

Algo dentro de mí ya había cambiado para siempre.

Capítulo 5: La Mirada de los Ausentes

Volví al departamento con la sensación de que la ciudad había dejado en mí un eco. No un sonido, no una imagen, sino un vacío palpable, una especie de resonancia interna que persistía más allá de las calles y los rostros indiferentes.

Me serví un café sin ganas y lo dejé enfriar sobre la mesada. No encendí la tele, no miré el celular. Solo me quedé ahí, quieto, sintiendo cómo la espera se deslizaba de nuevo sobre mí, como una sombra inevitable. Salir había sido necesario, pero no había cambiado nada.

O tal vez sí.

Porque ahora comprendía que la espera no se trataba solo de ella. Se trataba del espacio que su ausencia había dejado en mí.

Me acerqué al ventanal con el peso de esa revelación.

La cortina seguía baja.

Apreté la baranda, sintiendo la leve vibración de la ciudad a través del metal frío. Durante días había mirado esa ventana como si esperara una respuesta, un signo, un mínimo movimiento que me dijera que algo aún permanecía. Pero ¿qué era exactamente lo que esperaba?

Y entonces lo entendí.

No era la presencia lo que importaba. Era lo que quedaba cuando alguien se iba.

Recordé a mi abuelo.

Él había muerto hacía años, y sin embargo, a veces se presentaba en los detalles más triviales: en el sonido de los platos al acomodarse en la alacena, en la manera en que la madera crujía bajo mis pasos, en el aroma a tabaco flotando sobre un café olvidado. No era él quien estaba allí, sino su ausencia, esparcida en los objetos como un sonido que nunca terminaba de desvanecerse.

Y ahora ella, la mujer del top rojo, sin saberlo, se había convertido en un fantasma vivo en mi memoria.

No sabía su nombre, no conocía su historia. Pero su no presencia era ya una entidad real en mi vida.

Y entonces me pregunté:

¿Cuántos ausentes nos habitan sin que lo sepamos?

Porque el mundo está lleno de espectros. No los de los muertos, sino los que dejamos atrás cuando desaparecemos de la mirada de alguien.

Un desconocido con quien cruzamos una palabra en un tren.

Un rostro fugaz en un colectivo nocturno.

Una voz que escuchamos solo una vez y nunca volvimos a encontrar.

Estamos hechos de recuerdos que flotan en la memoria de los otros.

Y ella, sin haberme hablado nunca, sin haberme tocado, sin haber dicho más que lo que podía caber en una sonrisa a la distancia, había quedado suspendida en algún pliegue de mi conciencia. Se había convertido en parte de mi mundo sin saberlo.

El café estaba frío.

Lo vertí en la bacha y miré el reloj. Faltaban minutos para las seis.

Por un instante pensé en quedarme ahí, en el mismo punto fijo en el que había estado cada tarde. Pero algo en mí se negó a repetir la rutina. No podía seguir esperando desde la distancia.

Me puse una campera, agarré las llaves y salí del departamento.

Por primera vez, cruzaría la calle.

No sabía si iba a preguntar. No sabía si tocaría alguna puerta.

Pero tenía que estar ahí.

Por si acaso.

Capítulo 6: Al Otro Lado

Cruzando la calle, sentí que estaba atravesando algo más que una simple avenida. Era un umbral.

Durante días había observado ese edificio desde la distancia, protegido por la seguridad que otorga la frontera invisible entre los balcones. Ahora, con cada paso sobre la vereda de enfrente, sentía que estaba violentando un territorio que no me pertenecía.

Me detuve frente a la entrada.

Desde aca, todo se veía distinto. Más real. Más banal. La fachada era idéntica a la de cualquier otro edificio de Buenos Aires: una puerta de vidrio con huellas difusas de manos anónimas, un portero eléctrico con teclas gastadas, buzones alineados con nombres que no significaban nada.

Mi reflejo en el vidrio era el de alguien que dudaba.

¿Qué estaba buscando realmente?

No tenía un plan. No sabía si debía preguntar algo, inventar una excusa, fingir que había llegado por error. No sabía siquiera qué esperaba encontrar.

Y entonces, sin pensarlo demasiado, empujé la puerta.

No estaba cerrada con llave.

El vestíbulo era pequeño, iluminado por una luz blanca y fría que proyectaba siluetas duras en las paredes. Olía a humedad y cigarrillo. Había un ascensor antiguo al fondo, con una puerta corrediza que vibraba levemente, como si contuviera una respiración.

Recorrí los nombres de los buzones con la mirada. Ninguno me decía nada.

Me detuve frente al ascensor.

Podría subir. Podría tocar una puerta.

Pero no lo hice.

Porque hay un punto de no retorno, y yo aún no estaba listo para cruzarlo.

Salí del edificio con el pecho comprimido.

El mundo, al otro lado de la puerta, seguía sin alteraciones. El tráfico avanzaba con la paciencia hostil de siempre, los peatones transitaban la vereda como si estuvieran cumpliendo un guion preestablecido. Me apoyé en un poste de luz y respiré hondo.

El aire me pareció más frío.

Quizás me estaba equivocando al buscar respuestas.

Porque, ¿y si la verdad era peor que la ausencia?

Caminé sin rumbo. Crucé una avenida sin mirar el semáforo. Me detuve en la vidriera de un café sin intención de entrar.

Y entonces ocurrió algo.

Un roce de color en el rabillo del ojo.

Un destello rojo, desplazándose entre la multitud.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Giré. Busqué.

Y ahí estaba.

A unos metros, entre la indiferencia de la ciudad, vi a la mujer del top rojo.

No en su balcón. No en su ventana.

En la calle. Caminando. Como si nada hubiera cambiado.

Como si nunca hubiera desaparecido.

Como si no supiera que, desde un balcón, alguien había construido un vacío en torno a su ausencia.

Sentí un vacío en el estómago. Era ella. Y a la vez, no lo era.

Porque en el mismo instante en que la reconocí, comprendí algo aterrador.

No sabía si debía seguirla.

Porque si la seguía, si la alcanzaba, si me atrevía a convertir la imagen en persona, tendría que enfrentar la posibilidad de que no fuera nada de lo que había imaginado.

Que su historia, su mundo, su vida, hubieran seguido intactos sin mí.

Que su ausencia había sido solo una pausa involuntaria. Un accidente trivial que solo yo había convertido en destino.

Que la ventana cerrada, la cortina baja, el silencio, nunca significaron nada.

Que todo lo que había sentido había ocurrido únicamente en mí.

Me quedé ahí, en medio de la vereda, sintiendo el peso de una elección que no había previsto.

Y el mundo, indiferente, siguió girando a mi alrededor.

Capítulo 7: La Tentación del Encuentro

Me quedé inmóvil en la vereda, viendo cómo la figura del top rojo se deslizaba entre la multitud.

Era ella.

Pero, al mismo tiempo, no lo era.

No era la mujer que yo había imaginado en la distancia, la que existía en la fragilidad de una mirada intercambiada a través de los balcones. No era la imagen contenida en un marco, la sombra detenida en un encuadre. Era una persona real.

Y eso me aterraba más que su ausencia.

Se movía con la naturalidad de quien nunca ha sabido que es observado. No buscaba a nadie. No esperaba nada. Caminaba con la despreocupación de quienes existen sin ser el centro de ninguna historia, sin saber que, en algún rincón de la ciudad, han sido convertidos en una ausencia monumental.

Por un instante, un impulso primitivo me sacudió.

Seguirla.

Cruzar la calle. Acelerar el paso. Decir algo.

Pero no lo hice.

Porque si la alcanzaba, si pronunciaba su nombre (aunque no lo supiera), si interrumpía su andar, destruiría lo que había construido en su ausencia.

Porque ella no era lo que yo había perdido.

Yo la había perdido dentro de mí.

El tráfico avanzaba lento en la avenida. Un semáforo en rojo retenía a los autos, mientras ella cruzaba sin prisa, ajena a la tormenta de pensamientos que se desarrollaba a metros de distancia.

Mi corazón golpeaba en el pecho como si estuviera al borde de algo definitivo.

Y entonces me pregunté:

¿Qué pasará si la sigo?

¿Me reconocerá? ¿Habrá en sus ojos un atisbo de aquel vínculo mudo, de aquellas miradas robadas entre balcones? ¿Recordará los gestos en el aire, la sombra de una sonrisa que nunca llegó a pronunciarse?

O peor aún, ¿qué pasará si no me reconoce en absoluto?

Si la voz que responda es ajena.

Si la mirada que devuelva no tiene rastros de lo que yo creí construir.

Si la historia que me imaginé nunca existió más allá de mí mismo.

¿Qué pasará si, en un solo instante, me convierto en un extraño absoluto?

Ella llegó a la otra esquina y giró en una calle angosta. En pocos segundos, desaparecería entre el tránsito y los cuerpos.

Era ahora o nunca.

Di un paso.

Uno solo.

Y en ese instante, la certeza cayó sobre mí como una sentencia.

No quiero encontrarla.

No porque temiera su indiferencia.

Sino porque necesitaba que ella siguiera existiendo en mi ausencia.

Que siguiera siendo la mujer del top rojo, la silueta en la ventana, la desconocida perfecta en la que había depositado mi espera.

Si la alcanzaba, si le ponía una voz, un nombre, una historia, se acabaría el misterio.

Y no hay nada más definitivo que el fin del misterio.

Me detuve en la vereda.

La vi perderse en la calle sin volver la vista atrás.

No la seguí.

No porque no pudiera alcanzarla, sino porque, por primera vez, comprendí que nunca la había estado buscando.

Lo único que había estado buscando era el sentido de su ausencia en mí.

Y ese sentido, lo supe en ese instante, ya no dependía de ella.

El semáforo cambió a verde.

El tráfico avanzó, barriendo la calle con su rugido incesante, llevándose consigo la posibilidad de un encuentro que ya no ocurriría.

Respiré hondo.

Di media vuelta y caminé en dirección contraria.

No supe si era una rendición o una liberación.

Pero, por primera vez en días, ya no sentía que estaba esperando algo.

Capítulo 8: El Silencio Después de la Espera

No volví a asomarme al balcón esa noche.

Por primera vez desde que la cortina bajó, no sentí la necesidad de mirar hacia su ventana. No por resignación, sino porque entendí que ya no había nada que esperar.

La ausencia había cumplido su ciclo.

Lo que durante días había sido un laberinto de incertidumbre, deseo y angustia, ahora era solo un vacío que ya no me pedía ser llenado. Y en esa ausencia purificada, comenzaba a vislumbrarse algo parecido a la libertad.

La ciudad, sin embargo, seguía siendo la misma.

Buenos Aires no cambió con mi revelación.

Los colectivos seguían transitando la avenida.

Las bocinas aún perforaban el aire.

El mismo vendedor ambulante repetía su letanía de ofertas en la esquina.

Nada se había detenido.

El único que había cambiado era yo.

Encendí la cafetera sin apuro.

Las luces del departamento se sentían distintas, como si siempre hubieran estado allí y yo no las hubiera visto antes.

Entonces me di cuenta de algo: todo lo que había ocupado mis días había sido la espera.

¿Quién era yo ahora, cuando ya no estaba esperando nada?

Tomé el café en silencio, sosteniendo la taza entre mis manos.

Y recordé algo.

Una noche, años atrás, mi abuelo me había dicho una frase que en su momento no comprendí:

“Nos pasamos la vida esperando que algo nos defina. Pero lo único que nos define es lo que hacemos cuando la espera se acaba.”

Lo entendí ahora.

Miré el líquido oscuro en la taza.

Lo dejé enfriar.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que la historia no dependía de otra persona.

Que el final de la espera no era el final de algo.

Era el comienzo de mí mismo.

La madrugada cayó sobre la ciudad con su manto de luces dispersas.

Apagué la lámpara.

Mañana sería otro día.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no tenía idea de qué iba a hacer con él.

Y eso, de alguna forma, se sintió como un nuevo comienzo.

Capítulo 9: La Vida Sin la Espera

Desperté antes del amanecer.

No por ansiedad. No por costumbre.

Simplemente abrí los ojos y supe que el día había comenzado.

Me quedé en la cama unos minutos, sintiendo la quietud del departamento. Todo estaba en su lugar: los libros en el estante, la luz tenue filtrándose por las cortinas, la ciudad aún dormida al otro lado de la ventana.

Pero algo en mí ya no era el mismo.

Por primera vez en mucho tiempo, no tenía una razón para levantarme.

Y, sin embargo, me levanté.

El café humeaba en la taza, llenando el aire con su aroma denso y familiar.

Me senté en la mesa sin prisa, escuchando el sonido del agua hirviendo en la cafetera, el leve crujir de la silla al moverme.

La ventana del edificio de enfrente seguía ahí.

Pero ya no importaba.

La ausencia había dejado de ser una presencia. La espera, al extinguirse, había dejado solo el tiempo en su estado puro: vacío, sin argumento, sin propósito preestablecido.

Tomé un sorbo de café.

El primer día después de la espera se sentía extrañamente limpio.

Salí del departamento sin un rumbo fijo.

El aire de la mañana tenía el filo de las primeras horas del día, cuando la ciudad aún no se ha entregado del todo a su bullicio. Caminé sin pensar en la dirección, sin el peso de una rutina.

Y fue entonces cuando noté algo.

Por primera vez en semanas, miraba la ciudad sin buscar.

Ya no intentaba encontrar rastros de un top rojo en la multitud.

Ya no esperaba ver un reflejo en una ventana.

Ya no estaba pendiente de los balcones ajenos, de los movimientos en los edificios, de las señales que alguna vez creí que el mundo me enviaba.

Estaba, simplemente, en la ciudad.

Caminando.

Siendo.

Pasé por una librería y me detuve en la vidriera.

Había un libro de filosofía en exhibición, un título que no reconocí.

Antes, tal vez, habría buscado alguna relación entre su título y mi historia.

Hoy no.

Hoy simplemente me gustó la portada.

Entré.

Compré el libro sin leer la contratapa.

No porque no me importara el contenido, sino porque comprendí que no necesitaba saber de antemano lo que iba a encontrar en él.

Sostuve la bolsa con el libro entre las manos mientras seguía caminando.

Y entonces me di cuenta de algo.

No había pensado en ella en toda la mañana.

No había pensado en su ventana.

No había pensado en la cortina baja.

Y eso, más que cualquier otra cosa, fue la prueba de que algo, en mí, realmente había cambiado.

La ciudad seguía igual.

Pero por primera vez, yo estaba viéndola con mis propios ojos, y no con los ojos de la espera.

Y eso, en el fondo, era el verdadero comienzo.

Capítulo 10: El Peso de la Libertad

Desperté con una sensación extraña.

No era angustia. No era alivio.

Era un espacio en blanco.

Durante días, la espera había sido un mecanismo, una rutina invisible que le daba forma a mis pensamientos. Ahora que ya no estaba, lo que quedaba no era una certeza, sino un territorio abierto.

Y ese vacío pesaba.

Miré el reloj.

No tenía prisa por levantarme, y sin embargo, lo hice.

El café se preparó con la misma cadencia de siempre: el sonido del agua hirviendo, el aroma denso filtrándose en la habitación. Todo estaba en su lugar. Pero ahora ya no había una ventana a la cual mirar.

O mejor dicho: seguía allí, pero había dejado de importar.

El tiempo había cambiado su textura. Ya no era una espera. Era una pregunta abierta.

Caminé por la ciudad con la misma ausencia de rumbo que el día anterior.

Pero esta vez algo era distinto.

El mundo ya no era un telón de fondo sobre el que proyectaba una historia que solo existía en mi mente. Ahora era solo el mundo, ajeno a mí, pero también disponible.

La gente pasaba a mi lado sin saber nada de mi historia.

Y por primera vez, sentí que eso estaba bien.

Pasé frente a un café al que nunca había entrado.

Me detuve.

Antes, hubiera seguido de largo.

Antes, habría pensado en otra cosa.

Antes, mi mente habría estado en una ventana que ya no existía.

Pero ahora, no había antes ni después.

Solo ahora.

Entré.

Elegí una mesa junto a la ventana, no por necesidad, sino porque simplemente estaba allí.

Pedí un café sin azúcar y saqué el libro que había comprado el día anterior.

Lo abrí al azar.

La primera frase que leí decía:

“La libertad es la capacidad de habitar el vacío sin buscarle dueño.”

No sonreí. No me estremecí.

Solo leí la frase.

Tomé un sorbo de café.

Y pasé la página.

Capítulo 11: El Mundo Sin Espejos

Desperté sin peso.

Sin urgencia, sin ese leve tirón en el pecho que durante semanas me había llevado al balcón.

Era la primera mañana en la que no existía el reflejo de otra ventana en mis pensamientos.

Solo estaba yo.

Y el mundo, intacto, esperando ser visto sin la necesidad de ser interpretado.

No miré el reloj.

Dejé que el tiempo existiera sin que yo lo persiguiera.

El café fue solo café. La ducha fue solo agua.

Por primera vez en mucho tiempo, las cosas simplemente eran.

Sin promesas.

Sin esperas.

Sin historias secretas escondidas en sus formas.

Salí a la calle.

El sol de media mañana iluminaba las baldosas irregulares, y la ciudad tenía ese brillo ambiguo de los días sin urgencias.

Caminé sin dirección, pero esta vez, sin la sensación de estar buscando algo.

El aire era fresco. Buenos Aires seguía con su coreografía habitual: los sonidos, las pausas de la gente en los bares, La estampida sonora de los colectivos, los vendedores ambulantes repitiendo sus promociones.

Pero algo en mí ya no esperaba un mensaje oculto en esos sonidos.

El mundo había dejado de ser un espejo.

Pasé por una feria ambulante.

Me detuve en un puesto de libros usados.

Antes, tal vez habría buscado alguna conexión entre los títulos y mis pensamientos. Alguna casualidad significativa, algún guiño del destino.

Hoy, no.

Hoy tomé un libro al azar, lo pasé entre mis manos, lo abrí en cualquier página.

Y leí sin esperar que las palabras me explicaran nada.

Un poco más adelante, un hombre tocaba el bandoneón en una esquina.

La melodía se filtraba en el aire con la lentitud de un recuerdo que no busca volver, pero vuelve.

Me apoyé en un poste de luz y lo escuché por un rato.

No pensé en nada.

No lo analicé.

Solo dejé que la música existiera dentro de mí sin pedirle significado.

Y, de alguna forma, entendí que eso también era una forma de estar vivo.

Compré un agua en un puesto ambulante y seguí caminando.

La ciudad tenía la misma cara de siempre.

Pero esta vez, yo la estaba viendo por primera vez.

Sin espejos.

Sin símbolos.

Sin la necesidad de convertirla en una historia.

Solo viéndola.

Solo existiendo dentro de ella.

Y por primera vez, eso fue suficiente.

Capítulo 12: La Primera Elección

Desperté sin preguntas.

Por primera vez en mucho tiempo, el día no traía consigo una misión invisible.

No tenía que esperar.

No tenía que interpretar.

No tenía que buscar nada más allá de lo que simplemente era.

El vacío de la espera se había disuelto.

Y en su lugar, quedaba el espacio de lo que aún no había sido decidido.

Me vestí sin prisa, tomé el café con el mismo gesto automático de cada mañana.

Pero esta vez, algo había cambiado.

Por primera vez, yo tenía el control sobre cómo llenar el día.

No porque estuviera obligado a hacerlo, sino porque, por primera vez, era una elección.

Salí sin un plan.

Las calles tenían la misma textura de siempre, pero algo en mí las veía distintas.

No eran un escenario de señales ocultas.

No eran un espejo de mi mente.

No eran un rompecabezas que debía resolver.

Eran, simplemente, calles.

Por primera vez en semanas, no esperaba nada de la ciudad.

Pasé por un parque.

Antes, lo hubiera cruzado sin detenerme.

Hoy, no.

Hoy me senté en un banco, solo por el hecho de hacerlo.

Miré a mi alrededor sin la sensación de que debía buscar algo.

Un niño pateaba una pelota con la intensidad de quien todavía no conoce la nostalgia.

Una pareja caminaba sin prisa, en un diálogo manso.

Un anciano alimentaba a las palomas con la precisión de un rito repetido cientos de veces.

Todo seguía su curso.

Por primera vez, no sentí que debía encontrarme en ninguna de esas imágenes.

Podía simplemente estar ahí, sin buscar metáforas en los gestos ajenos.

Solo estar.

Saqué mi celular.

No para distraerme.

No para llenar un silencio.

No por costumbre.

Simplemente porque tenía ganas de escribirle a alguien.

Era la primera vez en mucho tiempo que hacía algo sin esperar una respuesta que lo justificara.

Escribí un mensaje.

No por nostalgia.

No por necesidad.

No por llenar un vacío.

Simplemente porque elegí hacerlo.

La vida seguía su curso.

Pero esta vez, yo había decidido ser parte de ella.

Y eso, en el fondo, fue mi primera elección real.

Capítulo 13: El Peso de una Respuesta

El mensaje había sido breve.

No contenía preguntas.

No pedía nada.

No esperaba nada.

Simplemente existía.

Lo envié y guardé el celular sin revisar si había sido leído.

Por primera vez en años, un mensaje no llevaba implícita una espera.

Caminé por la ciudad con la ligereza de quien ha soltado algo sin darse cuenta.

No había ansiedad.

No había dudas.

Solo el día desplegándose sin resistencia.

Por primera vez en mucho tiempo, no sentí que me faltara nada.

Y eso, de algún modo, fue una revelación.

Pasé frente a un kiosco y vi mi reflejo en el vidrio.

Me miré con la extrañeza de quien observa a alguien que empieza a ser otra persona.

No porque hubiera cambiado físicamente, sino porque ya no me estaba observando a través de otra mirada.

No era alguien en función de una historia.

No era la proyección de una ausencia.

Era solo yo.

Y eso, en sí mismo, fue un descubrimiento.

Me senté en un banco de la plaza.

El sol estaba alto, pero el viento traía la frescura de la sombra de los árboles.

No pensé en la mujer del top rojo.

No pensé en la ventana de enfrente.

No pensé en todo lo que antes me definía.

Solo respiré.

Por primera vez en mucho tiempo, no me analicé a mí mismo.

No intenté traducir el instante en palabras.

Simplemente lo viví.

El celular vibró en mi bolsillo.

No hubo un sobresalto.

No sentí esa punzada de expectativa que solía anticipar cada notificación.

Lo saqué con calma.

Un mensaje.

Una respuesta.

La leí sin prisa.

No era una revelación.

No era una confesión.

No era el inicio de algo trascendental.

Era solo una respuesta.

Simple.

Directa.

Humana.

La vida había respondido.

No con un giro dramático.

No con una epifanía.

Solo con lo que era.

Guardé el celular sin contestar de inmediato.

No por indiferencia.

No por orgullo.

Sino porque, por primera vez, me permití no tener que reaccionar al instante.

El mensaje existía.

Pero mi mundo ya no dependía de él.

Me levanté del banco y volví a caminar.

Sin un destino.

Sin una historia en la que encajar.

Sin una narrativa que justificar.

Solo caminando.

Solo existiendo en la ciudad, sin otra carga que la propia existencia.

Capítulo 14: La Vida Sin Explicaciones

El mensaje seguía en mi celular, sin respuesta.

No por descuido.

No por falta de interés.

No por juego.

Simplemente, porque no era urgente.

Durante años, cada mensaje recibido había sido un disparador de expectativas, un eslabón dentro de una narrativa invisible que debía tener sentido.

Pero esta vez, no había un guion que seguir.

No había nada que forzar.

Y, por primera vez, eso estaba bien.

Caminé sin rumbo, dejando que la ciudad me guiara.

Buenos Aires tenía la misma cadencia de siempre:

El murmullo de los cafés.

El sonido ensordecedor de los colectivos.

El eco de pasos apurados en las veredas.

Pero esta vez, no buscaba señales en esos sonidos.

Esta vez, no esperaba que la ciudad me hablara.

Pasé frente a una galería de arte.

Antes, tal vez habría seguido de largo.

Antes, tal vez habría buscado un significado en esa coincidencia.

Antes, tal vez habría sentido que debía entrar porque “algo” me lo estaba indicando.

Pero ahora, no había antes ni después.

Solo ahora.

Entré.

Las paredes estaban cubiertas de cuadros sin títulos.

No había carteles explicativos.

No había nombres de artistas.

No había indicaciones sobre lo que debía sentir o interpretar.

Solo imágenes.

Colores.

Formas suspendidas en el espacio.

Me detuve frente a una pintura abstracta.

Trazos rojos sobre un fondo de sombras.

No intenté descifrarlo.

No intenté buscarle un mensaje.

No intenté convertirlo en una metáfora de mi propia historia.

Solo lo miré.

Lo dejé estar.

Y en ese instante, entendí algo simple, pero absoluto:

No todo en la vida tiene que significar algo.

Algunas cosas simplemente son.

Y eso, en sí mismo, es suficiente.

Salí de la galería con la ligereza de quien ha soltado una carga sin darse cuenta.

La ciudad seguía su curso.

Pero esta vez, yo no le pedía que me dijera quién era.

No necesitaba respuestas.

No necesitaba interpretaciones.

No necesitaba que la realidad encajara en un relato predefinido.

Solo estaba caminando.

Solo estaba existiendo.

Y por primera vez, eso fue suficiente.

Capítulo 15: La Interrupción

El día transcurría con la misma ligereza de los últimos.

Sin cargas.

Sin esperas.

Sin la sensación de que algo debía suceder.

El mundo ya no era un espejo.

Simplemente era.

Y yo, por primera vez, estaba dentro de él sin la necesidad de descifrarlo.

Caminé sin rumbo por la ciudad.

Las calles, los cafés, las plazas… todo seguía su curso sin pedirme que le diera un significado.

Era una libertad extraña, pero real.

Hasta que el azar o algo menos etéreo decidió ponerme a prueba.

Ocurrió en un cruce de calles.

El semáforo cambió a rojo y me detuve en la esquina, junto a otras personas.

Y entonces, la vi.

No a la mujer del top rojo.

A alguien más.

Una mujer de cabello rubio tirando a rojizo, ropa sencilla, mirada limpia.

No la conocía.

O eso creí.

Porque en el instante en que nuestros ojos se encontraron, sentí el vértigo de una conexión olvidada.

No fue una mirada casual.

No fue un cruce sin importancia.

Fue un reconocimiento.

Pero, ¿de qué?

El semáforo cambió y la gente comenzó a moverse.

Ella también.

Caminó en la misma dirección que yo, a unos metros de distancia.

Podría haber seguido como si nada.

Después de todo, yo ya no buscaba señales.

Pero algo en esa mirada inicial había dejado una grieta en la superficie de mi equilibrio.

No una obsesión.

No una nostalgia.

Solo una pregunta.

Tomé una decisión.

La seguí.

No con ansiedad.

No con prisa.

Solo con la curiosidad de quien sabe que algo, aunque mínimo, acaba de romperse en su estructura.

Y entonces, sin girarse, ella habló.

Pensé que no te iba a reconocer.

Me detuve.

Ella también.

Se dio vuelta y me miró de frente.

—Han pasado años —dijo.

Su voz me golpeó con la fuerza de lo imprevisto.

Yo la conocía.

Solo que, hasta ese momento, no lo había recordado.

Capítulo 16: El Nombre Olvidado

La miré en silencio.

Sus ojos seguían fijos en los míos, esperando algo.

Una reacción.

Un reconocimiento.

Un puente entre su memoria y la mía.

Pero no llegó.

No todavía.

—¿No te acordás de mí? —preguntó.

No había reproche en su voz. Solo la certeza de que yo debía recordarla.

Busqué en mi mente, en alguna grieta de la memoria donde su rostro pudiera encajar.

Nada.

No era una extraña.

Pero tampoco era alguien que pudiera ubicar con precisión.

Era una presencia en el umbral del recuerdo, sin terminar de cruzar.

Ella sonrió levemente.

—No me sorprende. Siempre fuiste así.

Siempre fui así.

La frase me incomodó. No porque me molestara, sino porque hasta ese momento creí que ya no era el mismo de antes.

—¿De dónde nos conocemos? —pregunté al fin.

Ella inclinó la cabeza, como si evaluara si debía responder o no.

—De cuando todavía esperabas algo.

La frase me golpeó con más fuerza de la que esperaba.

No por lo que decía.

Sino porque ella sabía quién fui antes de que yo aprendiera a soltar.

¿Era alguien de mi antigua vida?

¿Alguien que estuvo ahí cuando la espera lo era todo?

¿Alguien que conoció la versión de mí que yo creí haber dejado atrás?

No quise admitirlo, pero en ese instante sentí miedo.

No de ella.

Sino de la posibilidad de que todo lo que había construido en los últimos días fuera una ilusión momentánea.

Miedo de que su presencia me devolviera a un lugar del que creí haber escapado.

Miedo de que, en el fondo, yo nunca hubiera cambiado del todo.

Ella no insistió.

Solo me miró con la misma calma de antes.

—No importa si no me recordás. La memoria no siempre es justa —dijo.

Y sin agregar nada más, dio media vuelta y se fue.

Me quedé en la vereda, viendo cómo se alejaba entre la gente.

Podría haberla seguido.

Podría haberle pedido su nombre.

Podría haber intentado reconstruir la historia que, aparentemente, habíamos compartido.

Pero no lo hice.

Porque una parte de mí entendió que, tal vez, no era necesario recordar.

Tal vez, la verdadera libertad no era recuperar el pasado, sino no buscarlo.

Tal vez, por primera vez, el olvido era una forma de soltar.

El semáforo cambió.

El tráfico me envolvió a mi alrededor.

Y yo seguí caminando, sin volver la vista atrás.

Capítulo 17: La Persistencia del Pasado

Seguí caminando.

No miré atrás.

El tráfico, la gente, la ciudad, todo continuaba con su ritmo inmutable, como si nada hubiera ocurrido.

Pero algo había ocurrido.

Algo mínimo, casi imperceptible.

Una fractura en la superficie de mi nueva estabilidad.

No la recordaba.

Eso era lo que más me inquietaba.

No el hecho de haberla visto.

No la forma en que sus ojos me habían sostenido.

No la certeza con la que había hablado de mí.

Sino el vacío en mi memoria, como si alguna parte de mí hubiera sido extirpada sin dejar cicatriz.

Seguí mi camino con la intención de no darle importancia.

No la seguí.

No la busqué.

No me aferré a su imagen.

Pero, por primera vez en semanas, algo dentro de mí esperaba.

No por ella.

No por la historia que compartimos —fuera cual fuera.

Sino por la posibilidad de que, tal vez, aún no había soltado del todo.

Entré en un bar cualquiera.

Me senté en una mesa junto a la ventana.

Pedí un café sin pensarlo demasiado.

Y entonces, sin intención consciente, mi mente empezó a trabajar sola.

¿Qué tan cierto era que había cambiado?

La vida sin espera.

La libertad sin significado.

La aceptación del presente.

Todo eso había sido real… hasta hoy.

Pero el pasado tiene su propio mecanismo.

A veces no golpea.

A veces no irrumpe.

A veces, simplemente se desliza en el presente con la naturalidad de un recuerdo que nunca se fue del todo.

Saqué mi celular.

No para buscarla.

No para escribirle.

Solo para ver si el último mensaje que había enviado seguía allí, intacto, sin respuesta.

No importaba la respuesta.

Lo sabía.

Pero en ese instante, comprendí algo con una claridad brutal.

Soltar no es un acto único.

Soltar es un ejercicio continuo.

Un gesto repetido en el tiempo.

Una elección que hay que hacer una y otra vez, porque el pasado nunca desaparece del todo.

Solo se esconde, esperando el momento de volver a probarte.

Bebí un sorbo de café.

Miré hacia la calle.

Y entendí que, tal vez, la verdadera prueba no era olvidar, sino aprender a vivir con la posibilidad de recordar sin que eso me defina.

Porque si el pasado volvía, yo tenía que asegurarme de no volver con él.

Capítulo 18: La Sombra y la Presencia

El pasado no golpea.

No irrumpe con violencia.

No se anuncia con dramatismo.

Solo aparece.

Como un reflejo en un vidrio.

Como una canción que creíste olvidada.

Como una silueta en medio de la multitud.

No necesita imponerse.

Solo necesita existir.

Esa noche, cuando volví al departamento, sentí su peso sin que estuviera ahí.

No era ella lo que me inquietaba.

Era la parte de mí que había existido con ella.

No un recuerdo nítido.

No una nostalgia concreta.

Solo la certeza de que, en algún momento, ese rostro había sido parte de mi historia.

Y ahora, había vuelto.

Me acerqué a la ventana.

La ciudad seguía su curso, indiferente a mis pensamientos.

No miré el edificio de enfrente.

No busqué la ventana que alguna vez fue el centro de mi vida.

Porque ahora la pregunta no era sobre la mujer del top rojo.

Era sobre la otra.

La que me había mirado como si supiera algo que yo había olvidado.

Saqué el celular.

No para buscarla.

No para escribirle.

No para intentar resolver el enigma.

Solo para ver el tiempo.

Cuántos minutos, cuántas horas habían pasado desde que su voz pronunció esas palabras:

“De cuando todavía esperabas algo.”

La sombra del pasado no es un enemigo.

No es un obstáculo.

Es solo una presencia que te observa desde la distancia, esperando ver qué harás con ella.

Y en ese momento, supe que tenía que elegir.

¿Iba a seguir adelante sin mirar atrás?

¿O iba a permitirle al pasado el derecho de existir sin que eso me definiera?

Apagué la luz.

El cuarto quedó en penumbras, pero no sentí vacío.

No sentí miedo.

Solo una sensación distinta.

Por primera vez, no quise olvidar.

No porque necesitara recuperar algo.

Sino porque entendí que soltar no es borrar.

Soltar es aceptar que hay cosas que siempre nos acompañarán, y que está bien que así sea.

Cerré los ojos.

Y dormí.

Sin respuestas.

Sin inquietudes.

Solo con la certeza de que el pasado ya no era una amenaza.

Era solo una sombra.

Y las sombras no pesan cuando aprendemos a caminar con ellas.

Capítulo 19: El Primer Paso

El pasado no había desaparecido.

No lo había olvidado.

No lo había resuelto.

No lo había derrotado.

Simplemente, había aprendido a dejarlo estar.

Desperté con una sensación distinta.

No era alivio.

No era inquietud.

Era una calma nueva, más profunda.

Por primera vez, no sentí la necesidad de definir lo que estaba ocurriendo dentro de mí.

Solo me levanté.

Me vestí.

Y salí.

La ciudad era la misma de siempre.

La misma gente cruzando las calles con prisa.

El mismo sonido de colectivos frenando en la avenida.

El mismo cuchicheo incesante de Buenos Aires.

Pero algo en mí había cambiado.

Porque por primera vez, el mundo no era una proyección de lo que yo sentía.

No tenía que interpretarlo.

No tenía que buscarle significado.

No tenía que verlo como un reflejo de mi historia.

Solo estaba ahí.

Y yo, por primera vez en mucho tiempo, también.

Pasé frente a la librería de la otra vez.

Me detuve.

Entré sin esperar nada.

Recorrí los estantes sin intención de encontrar.

Y entonces, sin planearlo, tomé un libro al azar.

Lo abrí en una página cualquiera.

Y leí:

“Solo hay un primer paso: el que das sin esperar nada a cambio.”

No sonreí.

No me estremecí.

No lo tomé como una señal.

Simplemente cerré el libro.

Y decidí llevármelo.

Pagué en la caja y salí de la librería.

No con la sensación de haber encontrado algo.

Sino con la certeza de que no necesitaba encontrar nada.

Comprendí, que era el verdadero primer paso.

No caminar hacia algo.

Sino caminar sin necesidad de destino.

Seguí andando.

La ciudad seguía su curso.

Y yo, por primera vez, caminé con ella.

No como alguien que busca.

No como alguien que espera.

No como alguien que necesita.

Solo como alguien que está.

Capítulo 20: El Regreso al Espacio Propio

Después de días caminando sin rumbo, elegí volver temprano al departamento.

No por cansancio.

No por rutina.

No por necesidad.

Simplemente, porque quise.

El espacio seguía igual.

Las mismas paredes.

Los mismos muebles.

El mismo aire quieto que, en otro tiempo, había sido sinónimo de espera.

Pero esta vez, el silencio no se sintió vacío.

Se sintió mío.

Me quité los zapatos.

Preparé mate sin apuro.

Dejé el libro sobre la mesa, sin abrirlo.

No necesitaba leer nada en ese momento.

Por primera vez en mucho tiempo, no necesitaba distraerme de nada.

Caminé hasta la ventana.

Afuera, la ciudad seguía con su murmullo incesante.

El edificio de enfrente seguía allí.

Pero no busqué la ventana del top rojo.

No porque la negara.

Sino porque ahora existía en el mismo plano que todo lo demás.

Una parte del paisaje.

No un misterio.

No un centro gravitacional.

Solo una ventana más.

Entonces, mi celular vibró.

Lo saqué del bolsillo.

Era un mensaje.

De ella.

No la mujer del top rojo.

La otra.

La del pasado.

La que me había dicho:

“De cuando todavía esperabas algo.”

Lo miré con la calma de quien sabe que, esta vez, la elección es completamente suya.

No lo abrí.

No todavía.

Porque lo importante no era el mensaje.

Lo importante era que, por primera vez, sabía que ninguna respuesta podía cambiar lo que ya había encontrado en mí.

Apoyé el celular sobre la mesa.

Miré el mate aún caliente.

Miré la ciudad extendiéndose en la noche.

Y me quedé ahí, simplemente presente, sin esperar nada.

Capítulo 21: La Respuesta Inesperada

La noche avanzaba con su ritmo silencioso.

No había urgencia.

No había ansiedad.

No había expectativas.

El mensaje seguía ahí, intacto en la pantalla del celular.

No lo había abierto.

No porque lo evitara.

No porque tuviera miedo de lo que diría.

Sino porque, por primera vez, sabía que la respuesta no podía cambiar nada.

Caminé por el departamento con la calma de quien no está esperando.

Preparé otro termo para el mate.

Encendí una lámpara de luz tenue.

Me apoyé en la mesa, dejando que el momento se desplegara sin forzarlo.

Y entonces, sin pensarlo demasiado, abrí el mensaje.

Era breve.

Simple.

Nada dramático.

Solo cuatro palabras:

“¿Todavía mirás la ventana?”

Lo leí una vez.

Luego otra.

No me sobresaltó.

No me descolocó.

Pero, de algún modo, tocó algo en mí.

¿Todavía miraba la ventana?

No de la misma forma.

No con la misma carga.

No con la misma espera.

Pero sí, todavía la miraba.

No como una obsesión.

No como una ausencia.

Sino como una prueba de que todo lo que fui sigue existiendo en algún lugar.

Porque soltar no es borrar.

Soltar es aprender a convivir con lo que nunca se va del todo.

No respondí de inmediato.

No por orgullo.

No por indecisión.

Sino porque, por primera vez, entendí que la verdadera respuesta no estaba en lo que escribiría.

Sino en lo que haría después.

Apagué la lámpara.

Caminé hasta la ventana.

Y miré hacia el otro edificio.

No buscando algo.

No esperando nada.

Solo para ver.

Y entonces, lo vi.

La mujer del top rojo.

Ahí estaba.

De pie, en su balcón.

Mirándome.

Como si el tiempo nunca hubiera pasado.

Como si toda la distancia creada hubiera sido solo un instante suspendido.

Como si supiera que yo estaba a punto de cerrar algo.

Y entonces, sonrió.

No con ironía.

No con provocación.

Solo con la complicidad de quien reconoce a otro.

Y me hizo un gesto mínimo, apenas un movimiento con la mano.

Como un saludo.

Como un cierre.

Como una confirmación de que las historias no siempre terminan con respuestas, sino con la certeza de que alguna vez existieron.

Guardé el celular en el bolsillo.

Y por primera vez, respondí sin escribir nada.

Le devolví el gesto.

Le sonreí.

Y bajé la mirada.

No con tristeza.

No con nostalgia.

Sino con la paz de saber que ya no había nada más que entender.

Solo había presente.

Solo había vida.

Solo había yo.

Y eso, finalmente, era suficiente.

Capítulo 22: El Día Después

El sol entraba por la ventana cuando desperté.

No con sobresalto.

No con ansiedad.

No con la sensación de que algo debía resolverse.

Solo desperté.

Por primera vez en mucho tiempo, el día no cargaba con una pregunta.

Me levanté sin prisa.

Preparé café sin pensar en nada más que en su aroma llenando el departamento.

No revisé el celular.

No busqué una respuesta.

No esperé un mensaje.

Solo existía el momento.

El mundo seguía ahí, sin pedirle explicaciones a nadie.

El tráfico avanzaba con su ritmo habitual.

La gente caminaba con la prisa de siempre.

La ciudad seguía funcionando sin importar mi historia.

Y yo, por primera vez, sentí que era parte de ella.

No como alguien que observa desde lejos.

No como alguien que espera algo que nunca llega.

No como alguien que busca un significado en cada cosa.

Solo como alguien que está.

Pasé la mañana sin urgencias.

Sin revisar viejas conversaciones.

Sin repasar lo que había ocurrido la noche anterior.

Sin intentar darle una conclusión a nada.

No porque quisiera olvidar.

Sino porque, finalmente, ya no era necesario recordar.

A media tarde, mi celular vibró.

No lo miré de inmediato.

Seguí con lo que estaba haciendo.

Cuando lo revisé, vi su nombre en la pantalla.

El mensaje decía:

“Me alegra que todavía mires la ventana.”

No respondí.

No porque quisiera evitarlo.

No porque no supiera qué decir.

No porque necesitara pensarlo.

Sino porque ya no había una respuesta que diera más sentido a lo que ya era.

Dejé el celular sobre la mesa.

Miré por la ventana.

El edificio de enfrente seguía ahí.

Pero esta vez, ya no lo estaba mirando desde la ausencia.

Solo lo estaba mirando.

Y eso, en el fondo, era el verdadero cierre.

Capítulo 23: La Última Mirada

La noche llegó con su ritmo callado.

El departamento estaba en silencio.

No porque estuviera vacío.

Sino porque, por primera vez, no necesitaba ser llenado.

Apagué la lámpara.

Caminé hasta la ventana.

No porque esperara algo.

No porque buscara respuestas.

No porque sintiera que había algo pendiente.

Simplemente, porque quise.

La ciudad seguía allí, con su pulso indiferente.

Autos arrastrándose por la avenida.

Luces intermitentes en edificios anónimos.

Personas ocupadas en sus propias vidas, sin saber que la mía, en ese instante, cerraba un ciclo.

Y entonces, la vi.

La cortina estaba abierta.

La luz encendida.

Y ella, la mujer del top rojo, de pie en su balcón.

No distraída.

No ausente.

No perdida en sus pensamientos.

Mirándome.

No sentí un vuelco en el pecho.

No sentí el tirón de la nostalgia.

No sentí la punzada de la espera.

Solo la vi como lo que siempre había sido:

Una persona.

No un enigma.

No una posibilidad.

No una historia inconclusa.

Solo alguien en su balcón, mirándome.

Nos quedamos así, en silencio.

Sin palabras.

Sin urgencias.

Sin la necesidad de buscarle un significado.

Entonces, ella sonrió.

No con burla.

No con insinuación.

No con esa levedad ambigua de quien deja una puerta entreabierta.

Solo con la certeza de que había entendido.

Y antes de que pudiera hacer cualquier otra cosa, levantó una mano y me saludó.

Un gesto mínimo.

Natural.

Cotidiano.

Pero, al mismo tiempo, perfecto.

Porque no significaba más de lo que era.

No pedía una respuesta.

No abría un nuevo capítulo.

No alteraba nada.

Solo un saludo.

Un reconocimiento.

Un adiós sin peso.

No dudé.

No analicé.

No busqué interpretar nada.

Simplemente, le devolví el gesto.

Sonreí.

Y bajé la mirada.

No con tristeza.

No con pérdida.

Sino con la paz de saber que ya no había nada más que entender.

Caminé de vuelta hacia el interior del departamento.

No miré atrás.

No porque huyera.

No porque negara lo que había ocurrido.

Sino porque, por primera vez, no era necesario volver a mirar.

El pasado nunca desaparece del todo.

Pero llega un momento en que deja de llamarte.

Y cuando eso sucede, sabes que finalmente eres libre.

Cerré la puerta del balcón.

Y seguí con mi vida.

Epílogo Reflexivo:

“Algunas historias no terminan con un punto, sino con una última mirada. Y a veces, en esa mirada, se dice más de lo que las palabras podrían contener.”

Parte II

"La Guerra Nos Olvidará"

Capítulo 1: La Primera Muerte

No sabía por qué lo hacía, pero en el fondo, me hacía sentir vivo.

Ordenar. Controlar. Ver cómo mis palabras se convertían en actos inmediatos, cómo hombres y mujeres, sin dudarlo, ejecutaban órdenes que determinaban la vida o la muerte de otros. En esta guerra, la obediencia era la única moneda real. Y yo la poseía.

La primera vez que maté a alguien con mis propias manos, tenía 21 años.

No fue en combate. No en medio de un tiroteo donde la adrenalina justifica el instinto de supervivencia. No. Fue una ejecución.

El prisionero estaba de rodillas frente a mí. Atado, vendado, con la ropa manchada de barro y sangre seca. Un hombre común, alguien que podrías cruzarte en la calle sin prestarle atención. Tenía la cabeza baja, como si ya estuviera resignado a su destino.

—Es un republicano —dijo uno de mis superiores.

Asentí. ¿Y qué más? ¿Qué había hecho? ¿Era un espía? ¿Un combatiente? ¿Un simple ciudadano en el lugar equivocado? Nadie lo sabía o a nadie le importaba. Su único crimen era estar del lado equivocado.

Me pasaron una pistola. Un arma pequeña, fría en mi mano, como un pedazo de metal sin alma.

—Hazlo tú, oficial. Es tu prueba.

Mi prueba.

El hombre alzó la cabeza y aunque no podía verme, sentí su mirada a través del vendaje. Un parpadeo de humanidad, una súplica muda.

Respiré hondo.

Le apunté a la cabeza.

Mi dedo tembló sobre el gatillo. Por un instante, pensé en soltar el arma, en decir que esto no era lo mío, que no había venido aquí para esto. Pero la guerra ya me había engullido, y en la guerra no hay lugar para la duda.

Disparé.

El cuerpo cayó hacia un costado, como si alguien hubiera cortado los hilos de una marioneta. Un ruido seco contra el piso de cemento. Un charco rojo comenzó a expandirse lentamente bajo su cabeza.

No sentí nada.

No culpa. No orgullo. No miedo.

Solo un vacío extraño, como si mi mente se hubiera desconectado de mi cuerpo. Como si la persona que había disparado no fuera yo.

—Bien hecho, oficial —dijeron detrás de mi, con una palmada en el hombro.

Pero yo ya no los escuchaba.

Mi primer asesinato. Un momento que se suponía debía marcarme para siempre. Y sin embargo, lo que más me aterró no fue haber matado a un hombre. Lo que me aterraba era que no me importaba.

Capítulo 2: La Costumbre de la Guerra

Desde ese día, supe que algo dentro de mí se había roto para siempre.

No hubo pesadillas. No hubo remordimientos. Solo una extraña sensación de vacío, como si algo hubiera sido extirpado de mi interior sin dejar rastro.

A la mañana siguiente, me miré en el espejo esperando encontrar algún cambio en mi rostro. Algún signo de lo que había hecho. Pero ahí estaba yo, el mismo de siempre. Los mismos ojos oscuros. La misma piel marcada por la fatiga.

Solo que ya no era el mismo.

Pasaron los días y las primeras bajas se convirtieron en una lista interminable. Dejé de contarlas. Dejé de preguntarme si había otra salida.

La guerra se encargó del resto.

Corría el séptimo año del conflicto. Tenía 27 años y ya no era solo un oficial, sino un comandante del Ejército Nacionalista.

Me acostumbré a la melodía de los disparos en la madrugada. A las órdenes transmitidas por radio en medio del caos. A ver la ciudad transformarse en un tablero de escombros y trincheras improvisadas.

Buenos Aires ya no era una metrópoli. Se había convertido en una sombra de lo que fue. Zonas enteras tomadas y retomadas como si fueran piezas de un juego donde nadie ganaba.

Saavedra había caído bajo nuestro control después de una ofensiva implacable. Tomamos posiciones estratégicas y aseguramos el territorio, alejando cualquier amenaza.

Pero esa noche, cuando el humo de los disparos se disipó y el silencio se apoderó de las ruinas, sentí algo que no había sentido en mucho tiempo.

No era miedo.

Era una sensación extraña.

No por los sucesos del día. No por la guerra en sí.

Por mí.

Por lo que me había convertido.

Por lo fácil que era seguir adelante sin mirar atrás.

Márquez, mi segundo al mando, entró a la habitación donde estaba sentado, revisando informes de inteligencia.

—Comandante, la orden llegó.

Levanté la vista.

—¿Cuál?

Márquez me extendió un sobre sellado. Lo abrí.

Era una instrucción directa del Alto Mando Nacionalista. El enemigo estaba reorganizándose en Belgrano. Si no los deteníamos ahora, consolidarían su dominio sobre el norte de la ciudad.

—Quieren un ataque quirúrgico —dijo Márquez.

—Silencioso. Preciso —murmuré, leyendo los detalles.

Asentí.

—Lo haré yo mismo.

Márquez frunció el ceño.

—Podemos enviar a otros. No es necesario que vayas al frente.

Lo miré con calma.

—Es precisamente por eso que debo ir.

Porque después de siete años de guerra, tenía que recordar cómo se sentía estar en medio del fuego.

Tenía que recordar si todavía quedaba algo humano dentro de mí.

Capítulo 3: La Sombra en Belgrano

El aire olía a pólvora y cenizas.

Las calles de Belgrano eran ahora un cementerio sin lápidas. Las fachadas de los edificios, marcadas por impactos de metralla, parecían heridas abiertas en la piel de la ciudad. Donde antes había cafeterías repletas de conversaciones y autos tocando bocina en Cabildo y Juramento, ahora solo quedaban barricadas, sombras deslizándose entre los escombros y el eco lejano de disparos.

Nos movíamos en formación cerrada, avanzando en silencio. La orden era clara: asegurar el control de Belgrano antes del amanecer. Tomar las calles principales, eliminar cualquier resistencia y consolidar nuestra posición antes de que los Republicanos pudieran reagruparse.

Pero la guerra nunca es limpia.

El tiroteo estalló antes de lo esperado.

Habíamos cruzado la Plaza Manuel Belgrano cuando el primer disparo rasgó la noche. No vimos de dónde vino, solo sentimos el impacto: un soldado cayó sin un grito, su cuerpo golpeando el suelo con un sonido seco.

—¡Cúbranse! —grité, lanzándome detrás de un coche volcado.

El aire se llenó de fuego y ruido. Disparos rebotaban contra las paredes, astillando ventanas, destrozando lo poco que aún quedaba en pie.

Vi a Márquez arrastrarse hasta una columna derruida y hacer señas a los demás para reagruparse. Vi a uno de nuestros hombres desplomarse, la vida escapándose de él en segundos.

Y entonces, la vi a ella.

Fue un instante, un reflejo en el caos.

A través de una ventana destrozada en un edificio a medio derrumbar, entre el humo y los escombros, su mirada se cruzó con la mía.

Atalanta.

El nombre golpeó mi mente como un torbellino de otro tiempo.

Habían pasado años desde la última vez que la vi. Pensé que la guerra la había consumido, que su rostro se había perdido entre los escombros de un país roto. Pero allí estaba, con el cabello cubierto de polvo, la piel marcada por la fatiga y los ojos encendidos con la misma intensidad de siempre.

Por un instante, todo desapareció.

Solo quedamos ella y yo, enfrentados en lados opuestos de la guerra, como dos fantasmas condenados a encontrarse en el abismo.

La última vez que hablamos, fue en el Parque Saavedra, bajo la sombra de los árboles, cuando la guerra aún era solo una amenaza lejana. Compartíamos un cigarrillo, hablando de revoluciones y utopías. Creíamos que podíamos cambiar el mundo con palabras, con ideales, con convicciones.

Antes de que ella eligiera el otro bando.

Antes de que yo me convirtiera en lo que soy ahora.

—¡Comandante, necesitamos avanzar!

La voz de Márquez me devolvió a la realidad.

Atalanta seguía mirándome. No con sorpresa. No con miedo. Con una certeza fría, como si siempre hubiese sabido que este momento llegaría.

Su mano se movió lentamente hacia su arma.

Yo hice lo mismo.

No había tiempo para pensar.

Solo había dos opciones.

Disparar.

O recordar que, en otra vida, la había amado.

Capítulo 4: Entre el Amor y la Guerra

Mis dedos se tensaron sobre el gatillo.

Atalanta hizo lo mismo.

El fuego cruzado seguía a nuestro alrededor. Explosiones en la distancia, gritos perdidos entre los ecos de la metralla. Pero en ese instante, todo pareció ralentizarse, como si la guerra nos hubiera concedido un segundo de tregua antes del juicio final.

No éramos soldados. No éramos enemigos.

Éramos dos almas enfrentadas en una encrucijada que nunca debió existir.

Ella respiró hondo. Yo también.

—¡Víctor, cubrete! —gritó Márquez.

El estruendo de una explosión nos sacudió. El piso tembló bajo mis pies. Trozos de concreto cayeron desde los edificios en ruinas. Atalanta desapareció entre la humareda, y el instante de tregua se evaporó en la tormenta del combate.

—¿Lo viste? —preguntó Márquez mientras nos replegábamos detrás de un muro derruido en la calle Mendoza.

No respondí.

—¿Quién era? —insistió, disparando un par de ráfagas hacia la posición enemiga.

Me llevé una mano al rostro, limpiando el polvo de mis ojos. Atalanta ya no estaba allí. Quizás había escapado, quizás se había ocultado, quizás el destino simplemente nos había vuelto a separar.

—Nadie —mentí.

Márquez me miró de reojo, pero no insistió.

El combate se alargó durante horas.

Los Republicanos resistieron con ferocidad, pero lentamente fuimos ganando terreno. Antes del amanecer, habíamos tomado el control de las calles principales de Belgrano. El enemigo se replegó hacia Núñez, intentando reorganizarse.

Caminé entre los escombros de la Plaza Belgrano, observando los restos del enfrentamiento. Edificios destrozados, ventanas rotas, coches calcinados. El mismo paisaje de todas las batallas.

El mismo infierno que nos consumía día a día.

Me detuve frente a un mural destruido. Antes de la guerra, esa pared tenía un grafiti con una frase que Atalanta y yo solíamos leer cada vez que pasábamos por allí.

"Un pueblo dividido está condenado a repetirse."

Ahora, solo quedaban fragmentos de la pintura, cubiertos por hollín y balazos.

Suspiré y encendí un cigarrillo.

Los fantasmas del pasado comenzaban a atormentarme de nuevo.

Horas más tarde, en el improvisado cuartel de Cabildo y La Pampa, Márquez entró con un informe.

—Tenemos una prisionera.

Levanté la vista.

—¿Una oficial?

—Parece importante —dijo, dejando caer un dossier sobre la mesa.

Lo abrí.

Y mi corazón se detuvo.

Una fotografía a color.

Su rostro.

Atalanta.

La habían capturado mientras intentaba cruzar la Avenida del Libertador. Ahora estaba en una celda improvisada en el subsuelo de una vieja comisaría.

Márquez me observó en silencio.

Sabía que algo no estaba bien.

—¿Queres interrogarla vos? —preguntó.

Apagué el cigarrillo en el borde de la mesa y exhalé el humo lentamente.

No tenía opción.

—Sí —dije.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí miedo de lo que estaba por hacer.

Capítulo 5: El Peso de la Guerra

El motor del camión rugía mientras avanzábamos por las calles destruidas de Belgrano.

Atalanta estaba sentada frente a mí, esposada, con la mirada fija en el suelo. Afuera, la ciudad agonizaba en silencio. La guerra la había reducido a escombros, a estructuras vacías donde antes había vida, a una ruina sin historia que se desmoronaba sin testigos.

Yo también la miraba, pero no con los ojos, sino con los recuerdos.

La última vez que compartimos un viaje juntos fue en otra vida. Caminábamos por la Avenida del Libertador después de un debate en la Facultad de Filosofía y Letras. Atalanta se reía de mis discursos, de mi obsesión por los textos de Maquiavelo y Carl Schmitt. Me decía que en el fondo yo no creía en la política, sino en la guerra, en el conflicto como motor de la historia.

Tenía razón.

Y ahora estábamos aquí, sentados uno frente al otro, convertidos en piezas de una guerra que nos superaba.

El soldado que conducía miraba por el retrovisor con inquietud.

—Señor, no me gusta esta ruta. Hay demasiadas calles cerradas.

—No hay otra opción —respondí sin apartar la vista de Atalanta.

Ella levantó la cabeza, sus ojos oscuros se clavaron en los míos.

—No ganarás esta guerra —dijo con voz serena.

La observé en silencio.

—Ni vos tampoco.

Ella sonrió con amargura.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo acá?

La pregunta quedó flotando en el aire, pesada, densa, como la niebla que cubría las calles destruidas.

La guerra había comenzado como todas las guerras: con un discurso y una bandera.

El Ejército Nacionalista, al que yo servía, había surgido de una coalición de izquierdas, peronistas y federalistas que prometían restaurar la soberanía popular y reconstruir el país desde sus raíces. Nos decían que el enemigo era la élite corrupta, los traidores a la patria que habían entregado la nación a intereses extranjeros.

El Ejército Republicano, al que Atalanta servía, afirmaba exactamente lo contrario. Se veían a sí mismos como los últimos guardianes de la democracia, una alianza entre la derecha tradicional, el PRO y el radicalismo, que luchaba por evitar que el país cayera en el totalitarismo y la decadencia.

Pero la verdad era más cruda que cualquier discurso.

Los dos bandos eran marionetas.

La guerra no era nuestra.

Nos financiaban desde el extranjero: Estados Unidos y la Unión Europea armaban a los Republicanos, mientras que Rusia y China enviaban ayuda a los Nacionalistas. Un conflicto de baja intensidad, un teatro de operaciones diseñado para desgastarnos, para evitar que cualquiera de los dos bandos obtuviera una victoria real.

Ninguno iba a ganar.

Solo nos estábamos destruyendo el uno al otro, reduciendo el país a cenizas, mientras potencias extranjeras negociaban en la sombra los recursos que quedaban en pie.

Y sin embargo, aquí estábamos. Matando, resistiendo, justificando el horror en nombre de ideales que ya no significaban nada.

Atalanta habló de nuevo.

—¿Lo ves ahora? ¿Ves en lo que nos convertimos?

Yo lo veía.

Veía a los cuerpos abandonados en las calles, a los niños con la mirada vacía en los refugios, a los viejos rememoran recuerdos de un país que ya no existía. Veía la hipocresía de nuestros líderes, que nos hablaban de gloria y sacrificio mientras ellos negociaban treguas secretas para asegurar su propio futuro.

Pero lo que más veía era a mí mismo.

A un hombre que había creído en la guerra como un acto de purificación. Que había pensado que la violencia podía ser un camino hacia el orden. Que había ejecutado sin dudar, sin temblar, hasta que la muerte se volvió un hábito.

Y ahora, en la penumbra de ese camión, me preguntaba si alguna vez fui algo más que un instrumento de destrucción.

Un estruendo nos sacudió.

El camión derrapó.

—¡Emboscada! —gritó el conductor.

Los disparos resonaron en la noche. La guerra no daba tregua ni para filosofar sobre ella.

El destino no nos dejaría resolver nuestras preguntas.

Solo nos obligaba a seguir peleando.

Capítulo 6: Emboscada en la Oscuridad

El estruendo fue lo primero. Un impacto seco, brutal, como si el mismísimo suelo se partiera en dos.

Luego vino el grito del conductor, el chirrido metálico de las ruedas perdiendo tracción en el pavimento agrietado, el golpe violento del camión al estrellarse contra una barricada de escombros en la Avenida del Libertador.

Y después, el silencio.

Un silencio denso, de esos que preceden a la muerte.

El primer disparo rompió la quietud con la precisión de un cuchillo desgarrando carne.

Me moví por instinto.

Rodé fuera del vehículo antes de que una ráfaga de fuego automático perforara la carrocería. Márquez hizo lo mismo, cayendo detrás de un montículo de concreto destrozado. El conductor no tuvo la misma suerte. El parabrisas estalló en mil pedazos y su cabeza se desplomó sobre el volante, un hilo de sangre deslizándose lentamente por su sien.

—¡Contacto! —gritó Márquez, disparando a ciegas entre las sombras.

El enemigo estaba bien posicionado. Sabían que vendríamos por esta ruta.

Nos estaban esperando.

Atalanta seguía en el camión, esposada, su mirada oscura fija en la escena.

Por un segundo, nuestros ojos se encontraron.

Podría haberla dejado allí. Podría haber aprovechado la confusión para escapar, para evitar la confrontación con lo que ella representaba. Pero no lo hice.

No porque sintiera compasión. No porque todavía hubiera algo en mí que se aferraba a lo que fuimos.

Sino porque, de todas las personas en este infierno, ella era la única que podía comprenderme.

Me lancé hacia la cabina trasera, corté las esposas con la navaja de mi cinturón y la saqué de un tirón.

—Si corres, te matarán. Si te quedas, también.

Ella me sostuvo la mirada y asintió. No había tiempo para ironías. No había espacio para el orgullo.

Solo había guerra.

Nos arrastramos entre los restos de lo que alguna vez fue una concesionaria de autos de lujo. Vidrios rotos crujían bajo nuestras botas mientras avanzábamos agazapados entre las sombras. Las luces de los edificios derruidos proyectaban figuras fantasmales sobre el pavimento, figuras que se movían, que disparaban, que morían en cuestión de segundos.

Márquez, jadeante, se acercó a mi posición.

—Nos están cerrando el paso. Hay hostiles en todas las esquinas.

Escuché el grito de su respiración agitada, el sudor corriendo por su frente sucia de pólvora.

Yo ya no sentía miedo.

No después de siete años de guerra.

Lo que sentía era algo peor: fatiga.

La fatiga de vivir siempre en el filo de la navaja, de saber que cada decisión era un dilema entre sobrevivir o dejar de existir. La fatiga de ver los mismos rostros endurecidos por el odio, de escuchar los mismos discursos vacíos sobre victoria y sacrificio.

La fatiga de no recordar cómo era la vida antes de todo esto.

Atalanta se inclinó hacia mí, susurrando con voz controlada:

—Nos sacaron de la ruta principal por una razón. No es solo una emboscada. Nos están llevando a algún sitio.

Me tomó un segundo entenderlo.

No querían matarnos.

Querían atraparnos.

Un sonido distinto a la metralla me alertó.

El sonido de un motor.

Luego el estruendo metálico de una puerta de acero alzándose en la distancia.

Y lo supe.

Nos habían empujado hacia un punto de no retorno.

Una zona de exterminio.

La guerra no nos iba a dar opción.

Ni a Atalanta.

Ni a mí.

Capítulo 7: La Trampa de la Guerra

El rugido metálico de la compuerta alzándose en la oscuridad selló nuestro destino.

Nos habían acorralado.

Las balas seguían silbando entre los escombros, pero ahora lo entendía con claridad: no intentaban liquidarnos de inmediato. Nos estaban empujando, guiándonos como animales hacia un matadero oculto entre las ruinas de la ciudad.

Atalanta también lo comprendió. Lo vi en su mirada.

Ya no éramos soldados en combate.

Éramos presas en una cacería.

Corrimos.

Márquez iba adelante, su rifle listo, su respiración entrecortada por el esfuerzo. Yo lo seguía de cerca, con Atalanta a mi lado, sin hablar, sin mirarnos, moviéndonos por instinto.

Las Sombras de Belgrano se extendían a nuestro alrededor, un laberinto de calles destruidas y edificios que se desmoronaban bajo el peso de la guerra. No quedaba nada del barrio que una vez conocimos. Solo ruinas y muerte.

Giramos en la esquina de Echeverría y Libertador, buscando una salida.

Pero lo que encontramos fue el final del camino.

Nos esperaba un grupo de soldados, apostados detrás de un muro de escombros.

No eran simples combatientes. Sus uniformes no llevaban insignias, sus rostros estaban cubiertos con máscaras negras. No eran parte del ejército republicano ni del nacionalista.

Eran otra cosa.

Los perros de la guerra.

Mercenarios.

La verdadera fuerza que sostenía este conflicto.

El financiamiento extranjero no solo llegaba en armas y municiones. También llegaba en hombres.

Soldados sin bandera, sin lealtades, enviados aquí para asegurarse de que la guerra nunca terminara.

Porque esa era la verdad que nadie quería admitir: esta guerra no tenía desenlace posible.

No podía haber un vencedor.

Los republicanos y los nacionalistas solo éramos peones en un tablero más grande. La guerra era un negocio, una inversión. Y mientras las calles de Buenos

Aires se teñían de sangre, en algún despacho en Washington, Moscú o Pekín, hombres de traje tomaban decisiones sobre cuánto más debía durar este infierno.

Atalanta lo sabía.

Yo también.

Pero eso no nos servía de nada ahora.

Nos habían atrapado.

—Tiren sus armas —ordenó uno de los mercenarios, con un acento extranjero imposible de precisar.

Márquez me miró de reojo.

Sabía lo que estaba pensando.

Prefería morir peleando.

Yo también.

Pero entonces vi a Atalanta.

Su expresión era diferente. No había desesperación en su rostro. No había ira.

Había un plan.

Y por alguna razón que no entendía, confié en ella.

Solté el rifle.

El sonido del metal golpeando el suelo retumbó en el silencio.

Márquez dudo un segundo, luego hizo lo mismo.

Atalanta ni siquiera llevaba un arma. Solo alzó las manos lentamente y dio un paso adelante.

Los mercenarios se relajaron apenas, confiados.

Ella me miró.

Y pronuncio una sola palabra.

—Espera.

No entendí lo que tramaba.

Pero no me quedaba otra opción.

El juego aún no había terminado.

Y en este tablero, ella estaba a punto de mover su ficha.

Capítulo 8: La Jugada de Atalanta

Espera.

Eso me había dicho Atalanta.

Una orden extraña viniendo de alguien que, hasta hacía unas horas, era mi prisionera. Pero no había tiempo para cuestionar. No en esta guerra donde la lógica había muerto hace años y donde el instinto era la única brújula que nos quedaba.

Los mercenarios avanzaron con la calma de quienes saben que ya han ganado.

Uno de ellos se acercó a Atalanta, le quitó las esposas rotas de las muñecas y le dedicó una sonrisa burlona.

—Así que esta es la famosa teniente republicana. Te imaginaba más peligrosa.

Atalanta no respondió.

Se limitó a mirarlo.

Y en esa mirada, supe que algo estaba a punto de cambiar.

Había algo en ella que siempre me desconcertó.

Una frialdad que iba más allá de la guerra, una manera de analizar el mundo como si estuviera siempre un paso adelante, como si ya hubiera previsto cada jugada antes de que ocurriera.

Atalanta nunca actuaba sin un plan.

Y lo que ocurrió después lo demostró.

—¿Sabes quién soy? —preguntó ella con voz calma.

El mercenario la miró con desdén.

—Eres una prisionera. Eso es todo lo que importa.

Ella sonrió apenas.

—Si de verdad crees eso, entonces no sabes quién te está pagando.

El silencio cayó como una losa.

Vi cómo el rostro del mercenario se tensaba, cómo su mirada se desviaba hacia sus compañeros. Un segundo de duda.

Un segundo era todo lo que Atalanta necesitaba.

En un movimiento rápido, tomó el cuchillo del cinturón del mercenario y lo usó en su contra.

Un sonido ahogado, un destello de violencia precisa.

La confusión explotó.

Márquez y yo nos lanzamos al suelo justo antes de que la primera ráfaga de disparos nos alcanzara.

Atalanta ya estaba en movimiento, desarmando a otro mercenario con la precisión de quien ha hecho esto mil veces antes.

Tomé un arma del suelo y disparé a la silueta más cercana.

El caos se desató.

No sé cuánto tiempo duró la pelea.

Segundos. Minutos.

Las luces de las armas iluminaban la oscuridad en flashes breves, instantáneas de movimiento congeladas en el tiempo.

Márquez cayó herido, pero aún respiraba. Atalanta se movía con la fluidez de un depredador, su rostro cubierto de hollín y sudor.

Y cuando todo terminó, cuando el último mercenario cayó al suelo con un susurro de incredulidad, lo único que quedó fue el sonido de nuestra respiración entrecortada.

Atalanta me miró.

—Ahora estamos a mano.

Yo la observé en silencio, el cuerpo aún tenso por la adrenalina.

Ella había salvado mi vida.

Pero no por mí.

No por lo que fuimos.

Sino porque aún nos necesitábamos vivos.

Aún quedaba una última partida por jugar.

—Tenemos que movernos —dije, cargando a Márquez sobre mi hombro.

Atalanta asintió.

No había tiempo para hablar de lo que había pasado.

No todavía.

La guerra no nos daba respiro.

Solo nos empujaba hacia el siguiente abismo.

Capítulo 9: Espectros en la Ciudad Muerta

Nos movimos entre las sombras de Belgrano, con el peso del silencio y la sangre sobre nosotros.

Márquez estaba herido, pero aún podía caminar apoyado en mi hombro. Atalanta iba adelante, con la mirada afilada, su paso seguro como si conociera el camino mejor que nosotros. No hablábamos. No había nada que decir.

La guerra nos había reducido a esto: tres figuras deslizándose por una ciudad que ya no existía, como fantasmas atrapados en una historia que no tenía final.

Llegamos a Juramento y O’Higgins, una de las tantas intersecciones que antes rebosaban de vida y ahora eran apenas escombros y cenizas. La guerra había convertido a Buenos Aires en una reliquia devastada.

Me detuve un segundo, apoyando a Márquez contra un muro semiderruido. Necesitábamos reagruparnos, evaluar qué haríamos después. Pero mi mente estaba en otra parte.

Observé los restos de un viejo cartel de una confitería, uno que Atalanta y yo solíamos frecuentar cuando éramos jóvenes y creíamos en ideas más grandes que la muerte.

Atalanta también lo miró.

Un destello de reconocimiento cruzó su rostro.

La memoria es cruel en tiempos de guerra.

Nos recuerda lo que fuimos, lo que dejamos atrás, lo que nunca podremos recuperar.

—Hay un refugio seguro cerca —dijo Atalanta, rompiendo el silencio.

Márquez dejó escapar un gruñido de dolor, pero asintió.

—No me importa adónde vayamos, mientras no nos sigan.

—Nos siguen —insinue.

Atalanta y Márquez me miraron.

Yo ya había visto las sombras moverse entre los edificios en ruinas. No era paranoia. No era miedo.

Nos estaban cazando.

No corrimos. No servía de nada.

Seguimos avanzando

Esquivando la lluvia de fuego de ambos bandos hasta llegar al Parque Saavedra, con sus árboles convertidos en esqueletos calcinados. Los columpios oxidados se mecían con el viento, crujidos que parecían lamentos de niños que nunca volverían a jugar allí.

El aire olía a humedad y ceniza.

Los pasos detrás de nosotros se hicieron más nítidos.

No era una patrulla cualquiera.

Era algo más.

Atalanta me miró de reojo.

—Sabes quiénes son, ¿verdad?

Asentí.

No eran mercenarios. No eran soldados regulares.

Era la guerra en su estado más puro.

Los hombres que luchaban no por ideología, no por dinero, no por una causa.

Sino porque la guerra era todo lo que les quedaba.

El disparo llegó como un relámpago.

La bala impactó contra la pared junto a mi cabeza, haciendo saltar polvo y astillas de concreto. Nos cubrimos detrás de una antigua caseta de vigilancia en ruinas.

—Son muchos —dijo Márquez, con la voz tensa.

Atalanta sacó un cuchillo y ajustó su postura.

—Entonces tendremos que ser más rápidos.

El combate fue breve.

Violento.

Preciso.

No había gloria en lo que hicimos. Solo cuerpos cayendo en la noche, disparos apagados por la inmensidad de la ciudad muerta.

Cuando todo terminó, yo estaba de pie, cubierto de polvo y sudor.

Márquez respiraba con dificultad.

Atalanta guardó su cuchillo sin decir nada.

El último enemigo, un hombre de rostro curtido por la guerra, yacía en el suelo, con los ojos abiertos mirando un cielo sin estrellas.

La guerra no preguntaba nombres.

Solo nos dejaba seguir vivos por un día más.

Seguimos avanzando.

No porque quisiéramos.

Sino porque en esta guerra, detenerse era lo mismo que desaparecer.

Capítulo 10: El Peso de los Vivos

El viento se llevó el humo de los disparos, pero el olor a pólvora y sangre quedó suspendido en el aire, como un sello persistente de lo que habíamos hecho.

Seguimos caminando. No porque tuviéramos un destino claro, sino porque no podíamos permitirnos el lujo de detenernos. En la guerra, el movimiento es la única garantía de supervivencia.

Márquez se apoyaba en mí con cada paso, su herida empapando su uniforme, su respiración entrecortada. Atalanta iba adelante, con la misma expresión indescifrable que siempre había llevado, como si cada calle en ruinas que atravesábamos no fuera más que otra pieza de un tablero que ella ya había analizado hasta el cansancio.

Yo no pensaba en la estrategia.

No pensaba en la guerra.

Solo pensaba en lo que habíamos dejado atrás.

Los muertos.

No recordaba sus nombres. Apenas sus rostros. Apenas los segundos en que dejaron de ser hombres y se convirtieron en espectros más de esta ciudad agonizante.

Nos detuvimos en lo que quedaba de una panadería en Avenida Congreso.

Habíamos estado aquí antes.

Atalanta y yo.

Antes de que la guerra nos pusiera en bandos opuestos.

Antes de que el destino nos hiciera volver a encontrarnos en un momento donde lo único que nos unía era la certeza de que todo estaba perdido.

—Márquez no aguantará mucho más si no le hacemos un torniquete —dijo Atalanta, sin mirarme.

No discutí.

Tomé un pedazo de tela de mi chaqueta y lo até sobre su herida con la fuerza suficiente para detener la hemorragia. Márquez apretó los dientes, pero no se quejó.

—¿Hasta dónde piensas llevarnos? —pregunté.

Atalanta se giró, sus ojos oscurecidos por algo que no supe interpretar.

—Hasta donde puedas seguirme.

No respondió más.

Salió de la panadería y siguió caminando, como si todo lo demás no importara.

Yo la seguí.

Porque en esta guerra, nadie camina solo por mucho tiempo.

La noche avanzaba.

El frío se filtraba entre los escombros, como si la ciudad misma quisiera congelar lo poco que quedaba de nosotros.

Avanzamos por la intersección de Cabildo y Mendoza, donde los postes de luz rotos proyectaban sueños imposibles sobre las ruinas.

Vi un letrero caído entre los escombros, apenas reconocible bajo la suciedad y el polvo.

"Prohibido estacionar."

Me reí.

Atalanta me miró de reojo.

—¿Qué?

—Nada —dije, sacudiendo la cabeza.

Pero no era "nada".

Era la ironía de ver cómo las reglas del mundo anterior seguían allí, en fragmentos inútiles, mientras todo lo que una vez importó se desmoronaba a nuestro alrededor.

Habíamos cruzado un umbral sin retorno.

La guerra había devorado todo.

Menos a nosotros.

Aún.

Esa fue la última vez que creí que podríamos sobrevivir.

Porque en la siguiente calle, nos esperaban.

Y esta vez, no habría escapatoria.

Capítulo 11: El Último Cruce

El sonido de nuestras botas sobre el asfalto agrietado era lo único que rompía el silencio en la ciudad muerta.

Habíamos cruzado tantas calles destruidas, tantas sombras de lo que una vez fue Buenos Aires, que la diferencia entre una esquina y otra ya no existía. Solo eran escombros. Solo era guerra.

Y entonces, en la intersección de Cabildo y Sucre, la trampa se cerró.

Nos esperaban.

No con gritos, no con disparos inmediatos.

Nos esperaban con paciencia, como si supieran que tarde o temprano llegaríamos hasta ellos.

Un grupo de hombres emergió de las ruinas de una antigua estación de servicio.

Cinco, tal vez seis. Bien armados, bien posicionados. No vestían uniformes republicanos, ni nacionalistas, ni siquiera llevaban las máscaras de los mercenarios.

No eran soldados.

Eran algo peor.

Eran los que quedaban.

Los que ya no peleaban por un bando, sino por la guerra misma.

Los que habían dejado de creer en cualquier victoria y solo seguían con vida porque no sabían hacer otra cosa.

Los carroñeros.

Atalanta se detuvo en seco.

Yo también.

Márquez, a pesar de la herida, tensó la mandíbula y mantuvo la mano sobre su arma.

El que parecía ser el líder del grupo dio un paso adelante. Su piel estaba pálida por el polvo y el hambre, su mirada no tenía ni odio ni compasión.

Solo vacío.

—No queremos problemas —dije.

El hombre sonrió.

—Nadie en esta ciudad quiere problemas. Y sin embargo, aquí estamos.

Sentí a Atalanta moverse a mi lado. Su respiración era lenta, medida.

Sabía lo que estaba pensando.

Sabía que esta vez, no teníamos escapatoria fácil.

—Nos llevaremos lo que tengan —dijo el líder, sacando un machete que reflejó la pálida luz de la luna.

—No tenemos nada —respondí.

El hombre ladeó la cabeza, como si disfrutara el juego.

—Siempre tienen algo.

Señaló a Atalanta.

—Ella, por ejemplo.

Mi mano se movió por instinto, deslizándose sobre el arma en mi cinturón.

El silencio se hizo más denso.

Atalanta no se inmutó.

Sabía lo que vendría.

—No hagas esto —dije, sin apartar la vista del hombre.

Él sonrió con calma.

—¿Y qué otra cosa hay para hacer?

Ese era el mundo en el que vivíamos ahora.

No quedaban bandos, ni ideologías, ni discursos de victoria.

Solo quedaban hombres como él.

Y hombres como yo.

El primer disparo no fue mío.

Ni de Márquez.

Ni siquiera de Atalanta.

Fue de otro de los suyos, que quizás estaba más impaciente, que quizás no quería negociar.

Fue una chispa en la noche.

Y la violencia se desató.

Saqué mi arma y disparé dos veces.

Márquez cayó al suelo, demasiado débil para reaccionar.

Atalanta giró sobre su eje, moviéndose con la misma precisión con la que había sobrevivido toda esta guerra.

El líder intentó alcanzarla con su machete.

Ella no se lo permitió.

La sangre salpicó la calle rota.

Los cuerpos cayeron uno tras otro.

Y cuando el último dejó de moverse, lo único que quedó fue el sonido de mi respiración acelerada.

Atalanta se limpió el rostro con la manga.

Me miró.

Yo la miré.

No dijimos nada.

La guerra ya había hablado por nosotros.

No nos quedamos a contemplar lo que habíamos hecho.

No había tiempo para eso.

Solo recogimos a Márquez y seguimos caminando, sin mirar atrás, sin decir una palabra.

Porque en este infierno, las palabras ya no significaban nada.

Solo quedaba la guerra.

Y nosotros, los pocos que aún la caminaban.

Capítulo 12: El Último Umbral

El viento arrastraba el polvo entre los escombros de Belgrano.

Seguíamos avanzando, dejando atrás los cuerpos que ya no nos decían nada. Márquez jadeaba sobre mi hombro, su herida consumiéndolo con cada paso. Atalanta iba adelante, sin hablar, sin mirarme.

Habíamos sobrevivido otra noche en esta ciudad muerta.

Pero en la guerra, sobrevivir no significa nada.

Solo significa que sigues caminando.

La avenida del Libertador se extendía ante nosotros, silenciosa y deshecha. Donde antes circulaban autos y personas con prisas, ahora solo quedaban estructuras calcinadas, esqueletos de edificios que alguna vez albergaron oficinas, restaurantes, recuerdos.

Pasamos junto a lo que quedaba de una parroquia en Sucre, la fachada ennegrecida por los bombardeos. Alguien había pintado algo sobre los muros destrozados, un mensaje escrito con prisa, quizás por un soldado, quizás por un civil que ya no estaba aquí.

"Todo tiene un final."

Me detuve.

Esa frase...

Era una ironía. Una burla.

Porque yo ya no creía en finales.

Atalanta también se detuvo.

—¿Te parece poético? —preguntó, sin mirarme.

No respondí.

No porque no tuviera respuesta, sino porque no tenía sentido darla.

En la guerra, las palabras son solo ruido.

Seguimos caminando.

Márquez respiraba con dificultad, cada vez más pesado.

Sabía que no aguantaría mucho más.

Yo no era médico. No podía salvarlo.

Pero no iba a dejarlo atrás.

No porque creyera en la lealtad.

Sino porque ya no podía cargar con otro cadáver en mi conciencia.

Doblamos en Mendoza y Vuelta de Obligado, donde alguna vez hubo cafés y librerías llenas de estudiantes y oficinistas.

Reconocí una de las fachadas destrozadas.

Atalanta también.

Nos miramos, ambos recordando lo mismo.

Aquí, una noche de otro siglo, habíamos hablado del futuro.

Aquí, antes de que la guerra nos dividiera, habíamos pensado que podíamos cambiar algo.

Aquí, yo la besé por primera vez.

—¿Recuerdas? —preguntó ella.

Asentí.

—Es lo único que queda.

Ella apartó la mirada.

—No durará mucho.

—Nada dura mucho.

Suspiró.

No porque estuviera cansada.

Sino porque, por primera vez en mucho tiempo, parecía aceptar lo que ya sabíamos.

Habíamos sobrevivido tanto tiempo que olvidamos lo esencial.

La guerra no se trata de ganar.

Se trata de ver cuánto puedes perder antes de volverte irreconocible.

Márquez gimió de dolor.

La fiebre lo estaba consumiendo.

Atalanta se inclinó sobre él.

—No podemos seguir mucho más tiempo sin atenderlo.

Yo también lo sabía.

Pero también sabía que todo refugio en esta guerra era solo una ilusión momentánea.

Todo lo que encontramos tarde o temprano nos es arrebatado.

Pero no teníamos opciones.

Seguimos adelante.

No porque creyéramos en un destino.

No porque aún quedara esperanza.

Solo porque caminar era lo único que nos mantenía vivos.

Capítulo 13: El Precio del Camino

Márquez dejó escapar un quejido ahogado.

Su piel estaba fría, su respiración entrecortada, sus ojos vidriosos.

Sabía lo que estaba pasando.

Lo habíamos visto cientos de veces antes.

La muerte no siempre llega con una explosión o un disparo certero. A veces llega despacio, con el ritmo pausado de una herida mal atendida, de una fiebre que sube sin control, de un cuerpo que decide que ya no puede más.

Atalanta se detuvo.

—No va a llegar —dijo, con la voz firme pero sin dureza.

Yo no respondí.

No podía.

Porque ella tenía razón.

Lo apoyé contra la pared destrozada de lo que alguna vez fue una agencia de turismo.

Márquez intentó hablar, pero las palabras se ahogaron en su garganta.

Se aferró a mi chaqueta con la poca fuerza que le quedaba.

Yo solo lo observé.

¿Qué se supone que le dices a alguien que está a punto de irse?

¿Qué palabras existen para un momento así?

No hay palabras.

Solo el silencio.

Sus labios se movieron.

Tuve que inclinarme para escucharlo.

—No me dejes aquí…

Respiré hondo.

—No lo haré.

Mentí.

Porque en la guerra, las promesas no significan nada.

Atalanta se arrodilló a su lado.

Sus ojos, normalmente fríos, mostraban algo distinto.

—Cierra los ojos, Márquez.

Él parpadeó, como si estuviera comprendiendo lo inevitable.

Exhaló una última vez.

Y se fue.

Sin gloria.

Sin discursos.

Sin despedidas.

Me quedé allí, mirando su cuerpo inmóvil, esperando sentir algo.

Culpa.

Rabia.

Dolor.

Nada.

Solo un cansancio insoportable.

Atalanta se puso de pie y me miró.

—Tenemos que seguir.

Asentí.

No porque quisiera.

Sino porque en la guerra, detenerse es morir.

Pero entonces los escuchamos.

Un ruido en la distancia.

El sonido de botas avanzando.

Y luego, la voz.

—¡Alto ahí!

Nos giramos al mismo tiempo.

La silueta de un escuadrón se recortó contra la luz de la luna.

Uniformes oscuros.

Insignias en los brazos.

Los nuestros.

El Ejército Nacionalista.

Atalanta no se movió.

Yo tampoco.

Sabía lo que esto significaba.

Nos habían encontrado.

Pero la pregunta era:

¿Venían como aliados?

¿O como jueces?

Capítulo 14: La Sombra del Mando

El escuadrón avanzó con la precisión de hombres acostumbrados a la guerra.

Cinco, seis, ocho soldados. Rifles listos, miradas duras. Rostros que no reconocía, pero que sin duda me reconocieron a mí.

El primero en hablar fue el oficial al mando, un hombre alto y de aspecto rudo, con el uniforme de campaña aún cubierto de sangre y hollín.

—Comandante Víctor… —su voz cargaba el peso de la sorpresa, pero también de la disciplina—. No esperábamos encontrarlo aquí.

Yo tampoco esperaba encontrarlos.

Pero la guerra tenía sus propias reglas.

—Mis órdenes eran asegurar esta zona —respondí con calma—. Pero nos desviamos del objetivo.

El oficial miró a Márquez, ahora un cadáver apoyado contra el muro destrozado, y luego a Atalanta.

Su rostro se frunció.

—¿Quién es ella?

Atalanta no dijo nada.

Yo tampoco, por un instante.

Podía sentir su mirada fija en mí, esperando mi respuesta.

No tenía muchas opciones.

Así que hice lo que tenía que hacer.

—Es una prisionera —dije, con una voz que no me pertenecía.

Atalanta no reaccionó.

Ni un gesto, ni un destello de sorpresa o ira en sus ojos.

Quizás lo había esperado.

Quizás sabía que, en este juego, las palabras no siempre significaban lo que parecían.

El oficial asintió lentamente.

—Bien, señor.

Su tono era neutral, pero la tensión en el aire era densa.

Yo no era cualquier soldado.

Era el comandante de esta zona.

El responsable de cada operación en Belgrano, Núñez y Saavedra.

Si alguien tenía autoridad sobre lo que ocurría aquí, era yo.

Y ahora, había declarado a Atalanta como prisionera.

No había marcha atrás.

Uno de los soldados se acercó para esposarla, pero yo levanté la mano.

—No es necesario.

El oficial me miró con una mezcla de respeto y desconfianza.

—Señor, es una republicana.

—Lo sé. —Mi voz era firme—. Y es mi prisionera. Eso significa que queda bajo mi custodia.

Silencio.

Un intercambio de miradas.

Finalmente, el oficial asintió.

—Como ordene, comandante.

No dijeron nada más.

Recogieron a Márquez. Cubrieron su cuerpo con una manta militar.

Uno de los soldados tomó su placa de identificación.

Yo lo observé sin decir nada.

Márquez estaba muerto.

La guerra seguiría.

Y yo.

Yo acababa de hacerle a Atalanta lo mismo que la guerra me había hecho a mí.

La había condenado a un destino incierto.

Nos movimos con el escuadrón, atravesando las ruinas de Belgrano hacia el cuartel más cercano.

Atalanta caminaba a mi lado.

No dijo una sola palabra.

Pero no hacía falta.

Porque en esta guerra, las palabras ya no significaban nada.

Solo las decisiones.

Y yo acababa de tomar una que lo cambiaría todo.

Capítulo 15: La Prisión de las Sombras

El convoy avanzó entre las ruinas de Belgrano con la inevitabilidad de un destino que ya estaba escrito.

Yo iba al frente, junto al oficial al mando, mientras Atalanta caminaba a mi lado, escoltada por dos soldados. No la esposaron. No hacía falta. La orden había sido clara: era mi prisionera y quedaba bajo mi custodia.

Pero en esta guerra, las palabras no significaban lo que parecían.

Y ella lo sabía.

El cuartel estaba en lo que quedaba de un viejo edificio de oficinas en la intersección de Cabildo y Juramento.

Un bunker improvisado entre estructuras colapsadas, una fortaleza de concreto y sacos de arena rodeada de vehículos blindados con pintura desgastada. Un lugar donde la guerra nunca dormía.

Entramos bajo la mirada de los centinelas.

El aire dentro era denso. Humo de cigarrillo, café frío, sudor y pólvora.

Había mapas clavados en las paredes con tachones y líneas rojas marcando cada barrio de la ciudad. La guerra estaba allí, en cada pliegue de esos papeles, en cada anotación garabateada con urgencia.

Un soldado se cuadró ante mí.

—Comandante, el general Ortega quiere hablar con usted.

Asentí.

Miré a Atalanta.

—Llévenla a la celda de oficiales. Que nadie la toque.

El soldado titubeó.

—¿No será interrogada?

—Todavía no.

Mi voz no dejaba espacio para dudas.

Atalanta no dijo nada mientras la escoltaban a una sala al fondo del edificio.

No me miró.

Pero podía sentir su pensamiento atravesándome, como si su silencio fuera más poderoso que cualquier palabra.

Nos habíamos convertido en enemigos mucho antes de la guerra.

La guerra solo lo había hecho inevitable.

Subí las escaleras hasta la oficina de Ortega.

El general me esperaba detrás de un escritorio improvisado, con papeles amontonados y una radio de campaña transmitiendo estática.

Era un hombre mayor, con el rostro ajado por el tiempo y la guerra. Uno de los últimos veteranos que aún creía en el discurso, en la causa, en la posibilidad de un futuro.

No como yo.

—Víctor —dijo, sin la formalidad de los rangos—. No esperaba verte de vuelta tan pronto.

Me senté frente a él.

—Las cosas no salieron como planeamos.

Ortega entrecerró los ojos.

—Perdimos a Márquez.

No era una pregunta.

Asentí.

—Lo siento —murmuró, pero su voz no tenía emoción. Era el "lo siento" de un hombre que ha visto morir a demasiados soldados como para que uno más le importe.

Se inclinó hacia adelante.

—Y me han informado que trajiste una prisionera.

No respondí de inmediato.

Ortega me estudió.

—¿Es alguien importante?

—Atalanta.

Su ceño se estremeció.

—¿La teniente republicana?

—Sí.

Ortega se quedó en silencio.

Luego exhaló lentamente.

—¿Sabes lo que esto significa, verdad?

Asentí.

Lo sabía.

Atalanta no era una prisionera cualquiera. Era un símbolo. Una líder. Un rostro reconocido en la guerra.

Capturarla no era solo una victoria militar.

Era un mensaje.

Un mensaje que Ortega quería aprovechar.

—Necesitamos interrogarla —dijo, con la calma de quien ya ha tomado una decisión.

Mantuve mi expresión impasible.

—Aún no.

Ortega me miro penetrante.

—¿Por qué?

Lo pensé por un segundo.

Podría haber dicho que aún no estaba lista, que necesitaba más información, que la mejor estrategia era hacerla hablar con el tiempo.

Pero no dije nada de eso.

—Porque es mía.

Ortega parpadeó.

Su mirada se endureció.

Pero yo no me moví.

En esta guerra, todo era negociable.

Todo, menos la voluntad.

Y en este momento, yo estaba dejando claro dónde terminaban sus órdenes y dónde empezaban las mías.

Ortega me sostuvo la mirada por un instante más.

Luego sonrió apenas.

—Siempre fuiste un hombre complicado, Víctor.

Se reclinó en su silla y asintió lentamente.

—Haz lo que creas necesario. Pero si no obtienes lo que necesitamos de ella…

No terminó la frase.

No hacía falta.

Sabía lo que estaba en juego.

Sabía lo que ocurría con los prisioneros que dejaban de ser útiles.

Me puse de pie.

—No será un problema.

Bajé las escaleras con una sensación extraña en el pecho.

No era alivio.

No era triunfo.

Era algo más peligroso.

Algo que no había sentido en mucho tiempo.

Era responsabilidad.

Atalanta era mi prisionera.

Lo que significaba que su destino ahora dependía de mí.

Y no estaba seguro de si eso me hacía su salvador.

O su verdugo.

Capítulo 16: La Sombra del Poder

El agua fría corrió por mi rostro, arrastrando polvo, sangre seca y el peso de las últimas horas.

Me sostuve sobre el lavabo, observando mi reflejo en el espejo roto del cuartel. Las luces parpadeaban con un tono amarillento y enfermo, proyectando sombras irregulares sobre mis facciones.

No me reconocía.

O tal vez sí.

Tal vez este era el rostro que siempre había llevado, pero que nunca quise ver con claridad.

Los disparos retumbaban en la distancia, mezclados con el estruendo lejano de la artillería.

La guerra nunca dormía.

Ni siquiera aquí, en este cuartel improvisado en Cabildo y Juramento, donde los muros aún sostenían banderas raídas y estandartes de un país que ya no existía más que en los discursos.

Y los discursos nunca faltaban.

La radio del cuartel seguía transmitiendo sin descanso.

Música marcial, himnos, voces que hablaban de victoria, de sacrificio, de la grandeza de nuestra causa.

Mentiras envueltas en palabras perfectas.

Mentiras en las que yo había creído.

Me quité la chaqueta y la arrojé sobre una silla.

Las cicatrices en mis brazos me recordaban cuántas veces había estado al borde de la muerte y cuántas veces había regresado para seguir matando.

¿Qué haría con Atalanta?

Era la pregunta que no podía responder.

La única que realmente importaba.

Si la entregaba, la guerra haría lo que siempre hace con los prisioneros de valor.

Si la protegía, me estaba traicionando a mí mismo.

Si la dejaba escapar, ya no podría justificarme ante mis propios hombres.

Y lo peor de todo…

No sabía cuál de esas opciones era la que realmente quería.

Encendí un cigarro y me dejé caer en una silla junto a la ventana.

Desde aquí, podía ver lo que quedaba de Belgrano.

Ruinas.

Un campo de batalla sin memoria.

Y en medio de ese caos, estaba yo, con una decisión que ningún general podría tomar por mí.

La radio cambió de melodía.

Una marcha patriótica.

Voces cantando sobre la gloria de la nación, sobre los héroes que dieron su vida por la causa.

Palabras hermosas para justificar la barbarie.

Me llevé el cigarro a los labios y exhalé el humo lentamente.

Sabía lo que debía hacer.

Sabía lo que la guerra esperaba de mí.

Pero lo que no sabía…

Era si todavía tenía la voluntad de obedecer.

Capítulo 17: Entre la Lealtad y el Abismo

El humo del cigarro se desvanecía lentamente en el aire denso de la habitación.

Me quedé sentado, observando las cenizas caer sobre el suelo de concreto. Afuera, los disparos seguían sonando en la lejanía, como una tormenta que nunca terminaba.

La radio seguía transmitiendo.

"La patria es eterna, pero necesita hombres dispuestos a sacrificarlo todo."

Voces firmes.

Convencidas.

Un recuerdo de lo que alguna vez fui.

Atalanta estaba dos pisos abajo, en una celda que no parecía una celda.

Le había dicho a mis hombres que la mantuvieran en la sala de interrogatorios de los oficiales, sin ataduras, sin violencia.

Pero el hecho de que pudiera caminar libremente en esa habitación no significaba que no estuviera encerrada.

Tomé la pistola de la mesa y la giré entre mis dedos.

Pesaba lo mismo de siempre.

Pero ahora se sentía diferente.

Había pasado años dándole órdenes a la muerte.

Decidiendo quién vivía y quién no.

Esta vez, la decisión me pesaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Me puse de pie y salí de la habitación.

Los pasillos del cuartel estaban iluminados con luces pálidas. Hombres armados pasaban con prisa, mapas cambiaban de manos, órdenes se transmitían de un lado a otro.

Pero yo solo tenía un destino.

La puerta al final del pasillo.

El ultimo acto, donde me esperaba el pasado.

Cuando entré en la sala, Atalanta estaba sentada en la mesa, con la espalda recta y la mirada serena.

No dijo nada.

Yo tampoco.

Cerré la puerta tras de mí y me quedé apoyado contra la pared, estudiándola en silencio.

Habíamos compartido demasiado para que hicieran falta las palabras.

Pero esta guerra nos había convertido en algo más que dos personas con historia.

Nos había convertido en lo único que el otro no podía evitar.

—¿Me entregarás? —preguntó finalmente.

Su voz era tranquila, sin rastro de miedo.

Yo exhalé el humo del cigarro y apagué la colilla en el cenicero sobre la mesa.

—No lo sé.

Fue la primera vez en años que dije algo sin estar seguro de lo que significaba.

Atalanta asintió.

No con resignación.

Sino con la comprensión de alguien que también había vivido demasiado tiempo en el filo del abismo.

—No importa lo que decidas —exclamo—. Porque la guerra ya decidió por nosotros.

Me senté frente a ella.

Por primera vez en mucho tiempo, no éramos soldados.

No éramos enemigos.

Solo éramos dos autómatas de un mundo que ya no existía.

Y en ese momento supe que no importaba lo que hiciera.

Porque la guerra no nos dejaría escapar.

No a ella.

Ni a mí.

Capítulo 18: Amor y Guerra

El sonido de la radio se filtraba desde los pasillos, una marcha militar que hablaba de victoria, de sacrificio, de un destino glorioso.

Mentiras.

La verdadera guerra estaba en esta habitación.

Atalanta me miraba desde el otro lado de la mesa, con la serenidad de quien ya ha visto lo peor del mundo y ha aprendido a convivir con ello.

Yo jugueteaba con la pistola sobre la madera.

Era un acto mecánico. Un hábito de años.

Pero esta vez, mis manos no temblaban por la guerra.

Temblaban por algo más.

Por algo que llevaba demasiado tiempo enterrado.

—¿Por qué no hablas? —pregunté finalmente.

Atalanta inclinó la cabeza, sus labios se curvaron en una media sonrisa.

—¿Por qué debería hacerlo?

Exhalé con frustración.

—Porque quiero entender.

Ella dejó escapar una risa suave, casi nostálgica.

—¿Entender qué, Víctor? ¿Por qué terminamos en bandos opuestos? ¿Por qué lucho contra vos? ¿Por qué no te seguí cuando todo esto comenzó?

Sus palabras eran cuchillas afiladas, cortando a través de los recuerdos, a través de los años.

Cerré los ojos por un momento.

La última vez que la vi antes de la guerra fue en el Parque Saavedra, cuando aún éramos jóvenes y la revolución nos parecía un juego de discursos y teorías.

Yo le hablé de la lucha, del sacrificio, de cómo juntos podríamos cambiarlo todo.

Ella me escuchó.

Pero cuando llegó el momento de elegir, se fue en otra dirección.

Nunca me vio como yo la veía.

Nunca compartió mi fe.

Yo la amaba.

Ella solo me consideró su amigo más leal.

Su seguidor más tonto.

Abrí los ojos.

Ella seguía allí, estudiándome.

Me incliné hacia adelante.

—¿Por qué me rechazaste?

La pregunta salió antes de que pudiera detenerla.

Atalanta no parpadeó.

—Porque nunca fuiste suficiente para mí.

El silencio que siguió fue más cruel que cualquier batalla en la que haya peleado.

Podría haber golpeado la mesa. Podría haber dejado que la rabia me consumiera.

Pero lo único que hice fue reír.

Una risa seca, oscura, sin alegría.

—Al final, todo esto… —hice un gesto vago hacia el mundo destrozado fuera de estas paredes— …no era más que un eco de lo que siempre fuimos, ¿verdad?

Atalanta entrecerró los ojos.

—¿Y qué éramos?

—Un error.

Ella no respondió.

Y eso me dijo todo lo que necesitaba saber.

La guerra nos quitó muchas cosas.

Pero la primera de todas fue la ilusión de que alguna vez nos entendimos.

Saqué mi pistola y la apoyé sobre la mesa, sin apuntarle.

—Dame una razón para no entregarte.

Ella apoyó los codos sobre la mesa y me sostuvo la mirada.

—Dame una razón para querer seguir viviendo.

Nos quedamos así, en ese equilibrio frágil, en ese abismo donde el amor y el odio son lo mismo.

Yo la había amado.

Ahora solo quedaban cenizas.

Y en la guerra, las cenizas no significan nada.

Capítulo 19: La Última Mentira

El metal frío de la pistola descansaba sobre la mesa entre nosotros, un símbolo de todo lo que habíamos sido, de todo lo que la guerra nos había obligado a convertirnos.

Atalanta no apartó la mirada.

Yo tampoco.

No había miedo en sus ojos, ni siquiera desafío.

Solo una certeza helada: uno de los dos iba a perder esta partida.

El humo del cigarro flotaba entre nosotros, atrapado en la penumbra de la habitación.

Afuera, la radio seguía transmitiendo.

"La patria nos llama. Solo los fuertes la escucharán."

Palabras vacías.

Las verdaderas batallas no se libraban en los campos de combate.

Se libraban aquí, en la mente.

Atalanta apoyó los brazos sobre la mesa y susurró:

—Tú nunca quisiste la guerra, Víctor.

Sus palabras me golpearon más fuerte que cualquier disparo.

Fruncí el ceño.

—No me digas quién soy.

Ella sonrió, pero no era burla.

Era algo peor.

Era lástima.

—Siempre fuiste más idealista que soldado —continuó—. Creíste que la lucha tenía un propósito. Que podía haber algo puro en ella.

Se inclinó un poco más.

—Pero dime, Víctor… ¿cuánto de ti queda ahora?

Tragué saliva.

La verdad es que ya no lo sabía.

La guerra había arrancado todo lo que alguna vez fui.

Yo también me había convertido en una mentira.

—Tú elegiste esto —dije, mi voz apenas un lamento.

—Y tú también.

La respuesta me congeló.

Quise replicar. Quise decirle que no, que fue la guerra la que me arrastró, la que me convirtió en lo que soy.

Pero los dos sabíamos la verdad.

En el fondo, la guerra solo nos reveló.

Apreté los puños.

—Si lo supieras todo de mí, Atalanta… sabrías que no te dejaré salir viva de aquí.

Ella me miró con la serenidad de quien ya no teme al destino.

—Si lo supieras todo de mí, Víctor… sabrías que nunca necesité que me dejaras salir.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

No por sus palabras.

Sino por lo que significaban.

Atalanta siempre tenía un plan.

Y yo estaba a punto de descubrirlo.

Capítulo 20: El Plan de Atalanta

El aire de la habitación se volvió denso, cargado de algo que no era miedo ni rabia.

Era anticipación.

Atalanta nunca hablaba sin propósito. Cada palabra suya era un movimiento calculado, un eslabón en una cadena de eventos que aún no había revelado.

La observé con cautela.

Ella sonrió.

—¿Qué estás tramando? —pregunté, mi voz más dura de lo que esperaba.

Atalanta inclinó la cabeza, con esa calma cruel que siempre me desesperaba.

—¿Crees que vine aquí para ser tu prisionera?

Las palabras golpearon como una descarga.

Mi instinto reaccionó antes que mi mente.

Me puse de pie de golpe, derribando la silla.

—¿Qué hiciste?

Atalanta no se inmutó.

Se limitó a apoyarse en la mesa, con la paciencia de alguien que ya ha ganado la partida pero está esperando a que el otro se dé cuenta.

—Escúchame, Víctor.

Su tono cambió.

Ya no era el de una prisionera.

Era el de alguien que tenía el control.

—Tú y yo sabemos que esta guerra no se trata de bandos. Se trata de quién sobrevive el tiempo suficiente para ver el final.

Se inclinó un poco más hacia mí.

—Y yo tengo la única manera de asegurarte que estés ahí cuando todo termine.

Apreté los dientes.

—No te creo.

—No hace falta que me creas.

Atalanta se recostó en la silla con una tranquilidad insoportable.

—Solo tienes que escuchar.

En ese instante, un estruendo sacudió el cuartel.

La vibración recorrió las paredes, sacudiendo las lámparas, haciendo temblar el suelo bajo nuestros pies.

Mi mano se deslizó hacia mi arma por reflejo.

La radio chirrió con interferencia antes de apagarse.

Sonaron alarmas.

Pasos apresurados.

Voces gritando órdenes.

Me giré hacia la puerta, pero Atalanta habló antes de que pudiera moverme.

—¿Sabes qué es lo peor de la guerra, Víctor?

La miré.

Ella sonrió con una calma aterradora.

—Que siempre hay alguien más grande que tú moviendo las piezas.

El rugido de una explosión iluminó la ventana.

El cuartel estaba bajo ataque.

Y yo acababa de cometer el error de subestimar a la única persona que siempre estuvo un paso adelante.

Capítulo 21: La Guerra No Espera

El estruendo de la explosión sacudió el cuartel como un golpe seco en el estómago.

Actué por instinto.

Caminé hasta la puerta, abrí y di la orden sin dudar.

—¡Cierren la habitación! Nadie entra, nadie sale.

Los dos guardias y el suboficial se cuadraron.

—¿Bajo qué orden, comandante?

Me giré y los miré con la frialdad de quien no tiene tiempo para explicaciones.

—Bajo la única orden que importa: la mía.

El suboficial tragó saliva y asintió.

Cerraron la puerta con cerrojo y se posicionaron con sus rifles listos.

Atalanta no dijo nada.

No protestó.

Solo sonrió con esa maldita expresión suya, como si ya hubiera previsto lo que haría.

No me detuve a pensar en lo que eso significaba.

Ya había cometido un error con ella.

No cometería otro.

Corrí por los pasillos del cuartel mientras las alarmas resonaban en las paredes.

Hombres armados pasaban en todas direcciones, moviéndose como un enjambre desordenado.

—¡Nos atacan por el flanco norte! —gritó un soldado al pasar.

—¡Fuego de mortero desde la avenida Libertador!

El aire olía a pólvora y sudor.

Grité a uno de los oficiales más cercanos.

—¿Dónde está Ortega?

El hombre vaciló un segundo, luego señaló hacia el despacho del general.

Corrí.

Encontré la puerta entreabierta.

Un mal presentimiento se enroscó en mi estómago antes de cruzar el umbral.

El cuerpo del general Ortega estaba desplomado sobre su escritorio, un disparo limpio en la frente, los papeles empapados en sangre.

Maldije entre dientes.

El ataque no era un simple bombardeo.

Era una ejecución.

Nos estaban desmantelando desde adentro.

—¡Comandante!

Me giré.

Un soldado se detuvo en la puerta, jadeante.

—Las comunicaciones están caídas. No podemos pedir refuerzos.

Cerré los ojos por un instante.

Todo encajaba.

El ataque.

La muerte de Ortega.

El silencio de la radio.

Nos habían aislado.

Nos estaban cazando.

Abrí los ojos.

—Tomen posición en la azotea. Necesito francotiradores cubriendo los accesos.

—¡Sí, señor!

—Dividan a los hombres en dos grupos. Uno para contener el avance en el norte, el otro para asegurar la armería y los vehículos.

—¡Entendido!

El soldado se giró para correr hacia sus hombres.

Antes de que saliera, lo detuve.

—Y una cosa más.

Se volvió, atento.

—¿Cuántos oficiales quedan?

Su mirada lo dijo todo.

La mayoría estaban muertos.

Ahora, todo dependía de mí.

Caminé hasta el ventanal y miré hacia el patio del cuartel.

Los primeros disparos ya cruzaban el aire.

El enemigo estaba cerca.

Pero esta no sería su victoria fácil.

Respiré hondo, sintiendo la presión del metal de mi pistola en la mano.

La guerra había venido por mí.

Y yo la recibiría con fuego.

Capítulo 22: La Ciudad en Llamas

Los disparos resonaban en las ruinas de Belgrano como tambores de guerra.

Desde la azotea del cuartel, podía ver las siluetas moviéndose entre los edificios colapsados. Sombras que se deslizaban entre los escombros, que se replegaban, que se preparaban para lanzar el golpe final.

No había tiempo para pensar en Atalanta, en Ortega, en todo lo que nos había traído hasta aquí.

Solo había una verdad absoluta: estábamos solos.

Y no íbamos a rendirnos.

—¡Francotiradores listos! —gritó uno de mis hombres desde el piso superior.

Me giré hacia el soldado a mi lado.

—¿Qué tenemos en la armería?

El hombre tragó saliva.

—Pocas municiones. Un par de RPGs, pero sin muchas cargas.

No lo suficiente.

Nunca era suficiente.

Los proyectiles comenzaron a caer sobre el perímetro del cuartel.

Explosiones.

Ladrillos y concreto volando en todas direcciones.

El suelo tembló bajo mis pies.

Nos estaban midiendo.

Esperando que nos quebráramos.

—¡No abran fuego todavía! —ordené.

Sabía lo que intentaban.

Nos querían provocar. Hacer que gastáramos munición antes del verdadero asalto.

No les daríamos el gusto.

La paciencia es un arma.

Y yo sabía cómo usarla.

Me incliné sobre la radio portátil, golpeando el receptor.

Estática.

Nos habían cortado todas las líneas de comunicación.

Éramos un castillo bajo asedio.

Y nadie venía a salvarnos.

Entonces, el ataque final comenzó.

Sombras emergieron de los edificios en ruinas, cargando con velocidad.

No eran soldados organizados.

Eran guerrillas.

Cuerpos que se movían entre la destrucción como si fueran parte de ella.

Nosotros aún teníamos entrenamiento.

Pero ellos tenían hambre.

Y los hombres hambrientos son los más peligrosos.

—¡Fuego!

Los francotiradores abrieron fuego desde la azotea.

Disparos limpios. Precisos.

Los primeros atacantes cayeron, sus cuerpos desplomándose sobre el asfalto.

Pero no se detuvieron.

No lo harían.

Mi rifle tembló en mis manos.

No por miedo.

Por rabia.

Por cansancio.

Por la certeza de que esta guerra nunca terminaría.

Pero si hoy debía morir, lo haría peleando.

Lo haría haciéndoles pagar por cada centímetro de esta ciudad en llamas.

Disparé.

La batalla había comenzado.

Capítulo 23: La Guerra Nos Pertenece

El cuartel ardía en la noche de Belgrano.

Los disparos se entrecruzaban como relámpagos en una tormenta sin fin. El estruendo de las explosiones hacía temblar las paredes, sacudiendo el polvo de los techos mientras el humo espeso envolvía cada rincón.

No había órdenes que dar.

Solo quedaba pelear.

Mi rifle escupió plomo con precisión mecánica.

Un cuerpo cayó en el asfalto, otro más sobre los restos de una barricada improvisada. No me detuve a pensar en quiénes eran, en qué sueños tenían antes de ser devorados por la guerra.

Aquí, las preguntas solo te hacían más lento.

Y los lentos morían.

—¡Replieguen el segundo escuadrón al ala oeste! —grité, mientras esquivaba los fragmentos de una explosión cercana.

—¡Nos están rodeando, comandante! —gritó un soldado, su rostro cubierto de polvo y sudor.

Lo sabía.

Desde la azotea, pude ver cómo los atacantes fluían como un río oscuro, aprovechando cada rincón de la ciudad rota para infiltrarse.

No eran simples mercenarios.

Eran soldados sin bandera.

Los que ya no peleaban por una causa, sino porque la guerra era lo único que les quedaba.

El fuego de mortero golpeó el muro norte del cuartel, derrumbando una parte de la estructura.

Gritos.

Escombros cayendo.

El impacto me lanzó contra el suelo, mi cabeza golpeó el concreto. Por un momento, todo fue ruido blanco.

Pero la guerra no da tregua.

Me obligué a ponerme de pie, con los oídos zumbando.

Un hombre intentó arrastrarse entre los escombros.

Le disparé.

La radio seguía muerta.

Nadie vendría.

No éramos un objetivo prioritario.

Belgrano ya estaba perdido.

Yo ya estaba perdido.

Pero la diferencia entre un soldado vivo y un cadáver es cuánto estás dispuesto a seguir peleando.

Vi a mis hombres resistiendo en el patio interior.

Los atacantes intentaban abrirse paso con granadas y ráfagas de fusil.

Corrí hacia ellos, disparando en movimiento, sintiendo la vibración de cada bala dejando el cargador.

Una sombra apareció a mi izquierda.

La derribé con una ráfaga corta.

Otra me disparó desde un balcón.

Rodé entre los escombros y devolví el fuego.

Mis manos se movían por instinto, con la frialdad de quien ya no piensa en su vida como algo propio.

—¡Víctor!

Me giré.

Uno de los soldados se aferraba al borde de una barricada, su pierna destrozada.

No podía salvarlo.

Pero no podía dejarlo ahí.

Lo arrastré entre los escombros, con las balas silbando a nuestro alrededor.

Cada paso era una lucha contra el tiempo.

Cada segundo, una oportunidad de no llegar.

Pero llegué.

Lo empujé detrás de una cobertura.

Él me miró con los ojos abiertos por el dolor y la confusión.

—Pensé que me dejarías.

Apreté los dientes.

—Yo también.

Nos estaban aplastando.

El fuego enemigo era cada vez más intenso.

El cuartel no aguantaría mucho más.

Y entonces, lo entendí.

No vinieron a tomar el edificio.

Vinieron a asegurarse de que nadie saliera vivo de aquí.

Cambié el cargador con manos ensangrentadas.

Respiré hondo.

Miré a mi alrededor.

Mis hombres estaban cayendo, uno por uno.

La guerra no nos dejaría salir.

Pero si esto era el final...

Lo haríamos pagar por cada segundo.

—¡Resistan! —rugi, con la voz rota—.¡Resistan hasta el último hombre!

No había esperanza.

Sólo guerra.

Y la guerra nos pertenecia.

Capítulo 24: Entre las Ruinas del Cuartel

El aire dentro del cuartel era un laberinto de humo, sangre y cenizas.

La batalla en el patio había sido un desastre.

Nos superaban en número, en estrategia, en brutalidad. No peleaban como soldados regulares, no seguían órdenes estrictas ni tácticas de manual. Eran lobos sueltos, mercenarios que trabajaban para los republicanos, hombres que habían olvidado lo que era una bandera y solo respondían a la paga y la sed de guerra.

Los soldados sin bando.

Carroñeros de la destrucción.

Y nosotros éramos su presa.

Mi brazo ardía con un dolor insoportable.

La pierna izquierda me pesaba como plomo.

Las balas habían encontrado su camino en mi cuerpo, no lo suficiente para matarme de inmediato, pero sí para hacerme sentir cada maldito segundo de agonía mientras me replegaba.

La sangre goteaba sobre el suelo rajado del pasillo.

Pero no podía detenerme.

No aún.

Giré una esquina y me apoyé contra la pared, jadeando.

Escuché los gritos de mis hombres atrás, las órdenes entrecortadas, las detonaciones de granadas reventando habitaciones enteras.

El cuartel ya no era un bastión.

Era una trampa mortal.

Y yo estaba solo.

Arrastré mi cuerpo herido por el pasillo, sosteniendo mi rifle con una mano temblorosa.

La radio seguía muerta.

No había refuerzos.

No había escape.

Lo único que quedaba era llegar a la habitación de Atalanta.

Porque en este punto, ella era lo único que aún podía cambiar algo.

Las luces del pasillo parpadearon con una chispa eléctrica.

La sombra de los mercenarios se proyectaba en los muros destrozados, avanzando con paso lento, seguro.

Me escuchaban.

Me habían herido.

Me estaban cazando.

Pero si querían atraparme, tendrían que sangrar para lograrlo.

Me detuve frente a la puerta de la habitación sellada.

Dos soldados y el suboficial aún estaban allí, con sus armas listas.

Cuando me vieron, el suboficial dio un paso adelante.

—¡Comandante! ¿Está herido?

Ignoré la pregunta.

No había tiempo.

—Nos están cercando. No queda nadie en el patio.

Los soldados se miraron entre sí.

Sabían lo que significaba.

La resistencia estaba colapsando.

El cuartel era una tumba.

Me apoyé contra la pared y limpié el sudor de mi frente con la manga ensangrentada.

—¿Ella sigue dentro?

El suboficial asintió.

—No se ha movido.

Inspiré hondo.

La guerra nos había traído hasta aquí.

Y ahora, la única persona que quedaba viva para decidir el destino de esta historia…

Era la mujer que yo había declarado mi prisionera.

Cerré los ojos por un instante, sintiendo el rugido de la batalla detrás de mí.

Luego, miré al suboficial.

—Ábranla.

Los soldados dudaron.

Pero lo hicieron.

La puerta se abrió con un chirrido metálico.

Y allí estaba Atalanta.

Sentada, con la espalda recta, como si nada estuviera pasando afuera.

Como si hubiera estado esperándome.

Sonrió levemente

—llegaste tarde.

Yo escupí sangre al suelo y la mire con la sombra de mis 3 últimos hombres que aún seguían en pie.

—Callate y escúchame.

La guerra nos había acorralado.

Y ahora, ella era mi única opción.

Capítulo 25: Pactos en el Filo de la Muerte

El humo y el eco de los disparos aún temblaban en los pasillos del cuartel cuando la puerta se cerró tras de mí.

Me quedé de pie frente a Atalanta, la pierna izquierda ardiendo de dolor, la sangre corriendo caliente por mi brazo herido.

Ella seguía sentada, serena, con esa maldita calma que nunca la abandonaba, ni siquiera cuando el mundo se derrumbaba a su alrededor.

—Llegaste tarde —repitió, con esa media sonrisa de quien ya ha visto lo inevitable.

Apreté los dientes.

—Y vos aún estás viva, así que supongo que los dos tenemos suerte.

Atalanta apoyó los codos en la mesa.

—No creo en la suerte.

Yo tampoco.

El suboficial y los dos soldados permanecían fuera, con las armas listas.

Pero sabía que no aguantarían mucho.

La única razón por la que los soldados sin bando no habían llegado aún a esta habitación era porque disfrutaban la cacería.

Nos estaban desgastando.

Nos estaban esperando.

Y yo ya no tenía hombres ni munición para seguir el juego.

Di un paso adelante, sintiendo el peso de cada movimiento en mi cuerpo.

—Voy a hacerte una pregunta, y solo vas a tener una oportunidad para responderme.

Atalanta me observó en silencio.

—¿Cuál es tu maldito plan?

La pregunta quedó suspendida en el aire, flotando entre nosotros como un veneno lento.

Ella inclinó la cabeza, sin perder la compostura.

—¿Y si te dijera que ya empezó?

Mi mandíbula se tensó.

—Explícate. Ahora.

Ella suspiró, como si estuviera cansada de explicarme lo mismo una y otra vez.

—La guerra no se trata de quién dispara mejor, Víctor. Se trata de quién entiende cuándo la pelea ya está perdida.

Levanté una ceja.

—¿Y según vos, quién la perdió?

Atalanta sonrió.

—Vos.

Silencio.

Mi mano tembló sobre el rifle.

Sabía que estaba jugando conmigo. Sabía que quería hacerme dudar.

Pero lo que realmente me molestaba…

Era que una parte de mí sospechaba que tenía razón.

—Escucha, Víctor. —Su voz era pausada, calculada—. No hay refuerzos para ustedes. No hay salida.

Hizo un gesto con la mano, señalando las paredes agrietadas del cuartel.

—Tus hombres están muertos o morirán en los próximos minutos. ¿Y para qué? ¿Para retrasar lo inevitable?

Se inclinó un poco más hacia adelante.

—Esto no es un combate. Es una ejecución.

Las palabras cayeron sobre mí como un golpe seco.

Yo lo sabía.

Desde el momento en que vi el cuerpo de Ortega, desde el instante en que la radio murió, supe que esta no era una batalla más.

Era una purga.

Nos estaban eliminando.

Atalanta habló otra vez.

—Pero hay una manera de salir de esto.

La miré con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué me ayudarías?

Ella se encogió de hombros.

—Porque a diferencia de vos, yo no tengo la intención de morir acá.

—¿Y qué querés a cambio?

Atalanta sonrió.

—Lo mismo que vos, Víctor. Sobrevivir.

El sonido de pasos apresurados se escuchó en el pasillo.

Los soldados sin bando estaban cerca.

Los soldados afuera apretaron los fusiles, esperando el impacto inevitable.

Miré a Atalanta.

Ella me miró.

Sabía que no podía confiar en ella.

Pero también sabía que no tenía otra opción.

Respiré hondo.

Y dije la única palabra que podía cambiarlo todo.

—Hablemos.

Capítulo 26: La Última Jugada

El sonido de los pasos en el pasillo se detuvo.

No fue un error.

No fue casualidad.

Los soldados sin bando sabían que estábamos aquí, sabían que éramos los últimos dentro del cuartel.

Y nos estaban dando el tiempo justo para decidir cómo queríamos morir.

Mi dedo se deslizó sobre el gatillo de mi rifle.

Atalanta me observó en silencio.

Esperando.

Calculando.

Siempre calculando.

—Hablemos —dije finalmente.

Ella inclinó la cabeza, con la sombra de una sonrisa.

—Sabía que llegarías a esa conclusión.

Ignoré la provocación.

—¿Cuál es tu plan?

Atalanta apoyó los codos sobre la mesa y me sostuvo la mirada.

—No se trata de lo que yo planeé.

Señaló la puerta.

—Se trata de lo que ellos ya decidieron.

—Decilo de una vez.

Ella se acomodó en la silla con una calma insoportable.

—Están aquí por vos, Víctor.

La frase me cayó como un disparo en el pecho.

—¿Qué?

—No vinieron solo a tomar el cuartel. No vinieron por los nacionalistas.

Hizo una pausa.

—Vinieron por vos.

El silencio en la habitación se volvió insoportable.

Sentí la adrenalina subir, la sangre latir en mi sien.

Esto no era un ataque más.

Esto no era una simple masacre.

Era una caza.

Y yo era la presa.

—¿Por qué? —pregunté, con la voz fría.

Atalanta se cruzó de brazos.

—Porque sos el único que sigue peleando como si esta guerra todavía tuviera sentido.

Hizo un gesto con la cabeza hacia la radio apagada.

—Los que realmente deciden el destino del país ya no necesitan tipos como vos. Necesitan que esto termine.

Su mirada se endureció.

—Y para que termine, vos tenés que desaparecer.

Exhalé lentamente.

No era la primera vez que me querían muerto.

Pero era la primera vez que lo entendía tan claramente.

Esto no era una guerra.

Era una transición.

Y los que nos quedamos atrapados en el medio…

Solo éramos escombros que tenían que ser barridos.

Los golpes en la puerta nos hicieron girar al mismo tiempo.

El suboficial afuera gritó:

—¡Comandante, se están preparando para entrar!

Me volví hacia Atalanta.

Ella ni siquiera pestañeó.

—Si vas a tomar una decisión, hacelo ahora.

Sentí el peso del rifle en mis manos.

El ardor de las heridas.

El sabor a polvo y sangre en mi boca.

Me incliné hacia ella.

—¿Cómo salimos de esta?

Atalanta sonrió.

—Juntos.

El primer disparo rompió la cerradura de la puerta.

El tiempo se acabó.

La guerra nos había condenado.

Pero aún teníamos una última jugada.

Capítulo 27: Traición en la Oscuridad

El disparo retumbó en la habitación como un trueno seco.

La cerradura de la puerta se partió en pedazos, los escombros volaron en todas direcciones, y los soldados afuera apenas tuvieron tiempo de reaccionar.

Me giré por instinto, levantando mi rifle, preparado para la embestida.

Pero entonces lo vi.

Y entendí todo.

Atalanta no se movió.

No intentó cubrirse.

No levantó las manos en señal de defensa.

Simplemente esperó.

Y cuando las sombras de los atacantes cruzaron la cortina de humo, lo hizo con una sonrisa que me heló la sangre.

Una sonrisa que decía: "Te lo advertí, pero nunca quisiste escuchar."

Los primeros en entrar fueron los soldados sin bando.

No atacaron de inmediato.

No lo necesitaban.

Yo ya estaba rodeado.

—Entregate, Víctor —dijo Atalanta, con una calma devastadora.

Las palabras golpearon más fuerte que cualquier bala.

Los mercenarios me miraban desde el otro lado de la habitación, sus armas listas, pero sin disparar.

No necesitaban hacerlo.

Porque la verdadera ejecución ya se había dado.

No con balas.

Sino con la verdad.

Atalanta nunca fue mi prisionera.

Ella nunca necesitó ser rescatada.

Ella fue parte de la caza desde el principio.

Un frío metálico me recorrió la espalda.

Mi propio error me estaba devorando desde adentro.

Apreté las manos, sintiendo la sangre gotear de mis heridas.

—¿Cuánto tiempo llevás con ellos?

Atalanta inclinó la cabeza.

—El tiempo suficiente para saber que esta guerra ya no te necesita.

El líder de los mercenarios avanzó un paso.

—No queremos más sangre, comandante. Solo venimos a cerrar el círculo.

Reprimí una carcajada oscura.

Cerrar el círculo.

Así llamaban ahora a eliminar a los que no encajaban en el nuevo orden.

Mi mente trabajó rápido.

Los mercenarios no disparaban.

Atalanta no tenía su arma en la mano.

Sabían que estaba herido.

Que estaba cansado.

Que tal vez, solo tal vez, estaba listo para rendirme.

Pero se equivocaban.

Porque no entendían una sola cosa sobre mí.

Yo no me rindo.

—¿Y si digo que no? —susurré.

Atalanta me miró como si hubiera esperado exactamente esa respuesta.

—Entonces vas a morir.

La radio en la pared aún estaba estática, el sonido rasgado de una frecuencia muerta.

Afuera, las balas aún llovían sobre los últimos soldados que me habían seguido hasta este infierno.

El cuartel caía.

Yo caía con él.

Pero no así.

Nunca así.

Mis dedos se tensaron sobre el rifle.

Sentí la adrenalina recorrerme el cuerpo como un veneno ardiente.

Ya no era un comandante.

Ya no era un soldado.

Solo era un hombre con un arma y un último aliento para pelear.

Y si querían llevarme, tendrían que sangrar por cada paso que dieran.

—Hijos de puta —grite.

Y dispare.

El infierno se desató otra vez.

Capítulo 28: Caída en la Oscuridad

El fulgor de los disparos aún flotaba en la habitación cuando el peso del suelo me recibió con un golpe seco.

El rifle se deslizó de mis manos ensangrentadas.

La sangre caliente corría por mi brazo derecho, empapando mi uniforme, mezclándose con el polvo y la ceniza.

Respiré con dificultad.

Dolía.

Todo dolía.

Pero más que las balas, más que las heridas abiertas en mi piel, dolía la verdad.

Había perdido.

Los cuerpos de mis últimos soldados estaban esparcidos por la habitación.

El suboficial que había custodiado la puerta yacía con los ojos abiertos, una mancha de sangre oscura expandiéndose bajo su cabeza.

Los soldados sin bando ya no disparaban.

No necesitaban hacerlo.

Yo ya no era una amenaza.

Solo un hombre roto en el suelo, apenas aferrándose a la conciencia.

Atalanta se acercó con pasos lentos.

Se inclinó sobre mí, su rostro en sombras por la escasa luz de la habitación.

—Te dije que esta guerra no te necesitaba, Víctor.

Quise escupirle en la cara.

Quise levantarme, romperle esa expresión de superioridad con lo poco que me quedaba.

Pero mi cuerpo no respondió.

Solo pude mirarla, con el odio seco en los ojos, con la única arma que aún tenía: la verdad.

—Traicionaste todo lo que sos.

Atalanta no Se inmutó.

—No.

Se incorporó y miró a los mercenarios detrás de ella.

—Llévenlo.

Unas manos rudas me sujetaron, levantándome del suelo como si fuera un animal vencido.

Mis pies apenas tocaron el suelo.

Las luces del pasillo titilaban mientras me arrastraban fuera de la habitación.

A lo lejos, el cuartel ardía.

El fuego devoraba los últimos vestigios de mi comando.

De mi historia.

De todo lo que alguna vez creí.

El último bastión de mi lucha se desmoronaba ante mis ojos.

Y yo era su único prisionero.

La guerra no había terminado.

No para mí.

Porque aun estaba vivo.

Y mientras respirara, todavía había una última batalla por pelear.

Capítulo 29: El Camino al Olvido

El mundo era una sombra borrosa mientras me arrastraban por los pasillos del cuartel en ruinas.

El fuego iluminaba los muros destrozados con destellos anaranjados, proyectando figuras espectrales de los soldados sin bando que me escoltaban como si ya fuera un cadáver.

Mi sangre seguía goteando sobre el suelo de concreto.

Mis heridas ardían con cada paso.

Pero lo que más dolía no era el cuerpo.

Era la verdad.

Atalanta me había entregado.

Me había dejado vivir no por misericordia, sino por conveniencia.

Porque en su plan, mi destino no era morir.

Era algo peor.

Me empujaron hacia el patio exterior del cuartel.

El viento nocturno me golpeó con el olor de la pólvora, de la ceniza y de la derrota.

Los cadáveres de mis hombres estaban apilados en la entrada, como si fueran parte de los escombros, como si ni siquiera valiera la pena moverlos de allí.

Cerré los ojos por un instante.

Un segundo.

Solo un segundo.

Porque si los mantenía cerrados demasiado tiempo, sabía que no los volvería a abrir.

—¿Adónde me llevan? —murmuré, con la voz rasposa.

Uno de los mercenarios me golpeó en la espalda con la culata de su rifle.

—A donde pertenecés.

Me mordí el labio.

—¿Y dónde es eso?

Atalanta apareció en mi campo de visión.

Se detuvo frente a mí, con las manos en los bolsillos, con esa expresión serena que ahora solo podía interpretar como pura frialdad.

—Al olvido, Víctor.

Las palabras flotaron en el aire como un eco en la inmensidad.

Yo ya no era un comandante.

No era un líder.

No era nadie.

Me estaban arrancando de la guerra, de la historia, de todo lo que alguna vez fui.

Me obligaron a caminar hasta un camión blindado estacionado en lo que alguna vez fue la entrada del cuartel.

Un transporte de prisioneros.

Sin insignias.

Sin marcas.

Un lugar de destino incierto.

Atalanta se detuvo junto a la puerta del vehículo, apoyando una mano en el metal frío.

—Odiame todo lo que quieras, Víctor.

Me sostuvo la mirada.

—Pero tarde o temprano, entenderás que esta fue la única manera de salvarte.

Quise responder.

Quise maldecirla.

Pero las palabras murieron en mi garganta.

Porque en el fondo, una parte de mí temía que tuviera razón.

Las puertas del camión se cerraron con un golpe sordo.

Las luces se apagaron.

El motor se encendió.

El mundo se volvió negro.

Me estaban llevando a un destino que no conocía.

Pero había una cosa que sí sabía.

La guerra aún no había terminado para mí.

Porque mientras estuviera vivo, todavía quedaba una última revancha por jugar.

Capítulo 30: La Eternidad de un Segundo

El camión se detuvo en algún lugar desconocido.

Las puertas se abrieron y el aire helado de la madrugada me golpeó el rostro, arrastrando el olor a tierra mojada y ceniza.

Me obligaron a bajar.

No pregunté dónde estábamos.

No importaba.

El destino ya estaba escrito.

Me empujaron al suelo, mis rodillas chocaron contra la tierra húmeda.

El viento soplaba entre las ruinas de un barrio olvidado, silbando como un lamento entre los restos de edificios calcinados.

El cielo sobre mí era una masa de nubes grises, sin estrellas, sin luz.

Así debía terminar.

La guerra me había traído hasta aquí.

Y aquí, terminaría todo.

Atalanta se acercó lentamente.

No había soldados sin bando a su lado esta vez.

No necesitaban ejecutarme ellos.

Esto era personal.

Se detuvo frente a mí, con la pistola baja, sin apuro.

Yo la miré sin miedo.

No porque fuera valiente.

Sino porque ya no quedaba nada más que temer.

—Así que así termina —murmuré.

Ella inclinó la cabeza.

—Así siempre tenía que terminar.

Me reí.

No de alegría, ni de ironía.

Me reí porque, en el fondo, siempre supe que esto pasaría.

La guerra solo nos mostró lo que ya éramos.

Dos espectros orbitando en direcciones opuestas.

Nos habíamos amado de la única manera en que los condenados pueden amar:

Con la certeza de que nunca podríamos tenernos.

—¿Por qué? —pregunté, con la voz ronca.

Atalanta suspiró.

—Porque no podíamos dejarte vivo.

Lo sabía.

Desde que la radio murió.

Desde que vi el cadáver de Ortega.

Desde que entendí que esta guerra ya no era sobre ideologías, sino sobre quién debía desaparecer para que pudiera terminar.

Y yo no era más que un eslabón roto en una cadena que ya no encajaba en el futuro.

—¿Alguna vez me quisiste? —susurré.

Atalanta me miró.

Por primera vez en años, su máscara cayó por un instante.

Su voz salió más baja.

Más cruda.

—Te quise lo suficiente para no mentirte.

Hice una pausa.

Sonreí con amargura.

—Entonces me quisiste menos de lo que te quise yo.

Ella no respondió.

Porque no podía.

Porque era cierto.

Se acercó un paso más.

Levantó la pistola.

Apuntó a mi frente.

—Cierra los ojos.

No lo hice.

Seguí mirándola.

Porque quería que mi última imagen en este mundo fuera ella.

Porque, aunque la odiara, aunque me hubiera traicionado, aunque me hubiera entregado…

Ella seguía siendo la única persona que realmente entendió quién era.

Y la única capaz de terminar con lo que quedaba de mí.

El viento aclamo entre las ruinas.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

Miré el cielo ennegrecido.

Y, por un instante, cerré los ojos.

Y la vi.

No aquí.

No ahora.

La vi en otro tiempo.

En otro mundo.

Bajo la luz del atardecer en el Parque Saavedra.

Sonriendo.

Como si todo esto nunca hubiera pasado.

Como si aún fuéramos dos personas que creían que podían cambiar algo.

Por un segundo, fui libre.

Se escuchó el disparo.

Y la guerra, finalmente, terminó.

Parte III

El Buzón

Introducción:

El patrullero llegó a mi casa un miércoles por la tarde. No hubo aviso, no hubo advertencia, solo golpes secos en la puerta y el sonido del status quo en el pasillo.

—Está detenido.

—¿Por qué?

El policía ni siquiera me miró.

—Ruidos molestos.

Pensé que era un chiste. Pensé que se trataba de otra persona. Pero cuando sentí el metal de las esposas cerrándose en mis muñecas, supe que no había error.

Me llevaron como si hubiera matado a alguien. Como si mi existencia misma fuera una amenaza. El viaje en el móvil duró menos de veinte minutos, pero la idea de lo absurdo me acompañó todo el trayecto. ¿Desde cuándo la felicidad es un delito?

Pasé por el trámite de siempre: ficha, fotos, huellas. Una habitación sin ventanas, una pila de papeles que nadie leería. El abogado de oficio ni siquiera intentó fingir interés. “Es un caso menor”, dijo. “En dos días te liberan.”

Pero no fue así.

No hubo juicio, no hubo apelación. Solo una celda con paredes de concreto y un guardia que hablo, como cuando alguien dice una verdad dolorosa. Antes de cerrar la reja:

—Los que ríen mucho acá no duran.

Ahí entendí. No estaba preso por ruidos molestos. Estaba preso porque no me había quebrado.

Y cuando me llevaron al Buzón, lo confirmé.

El miedo no era para mí.

Era para ellos.

Capítulo 1: La Condena que No Existe

La celda olía a humedad y orina. Las paredes eran de un gris enfermo, con inscripciones grabadas en uñas y desesperación. En la esquina, un colchón sin forma esperaba a su próximo dueño, manchado con la historia de cientos de hombres que habían pasado por ahí antes que yo.

Me senté en el suelo, con la espalda contra la pared.

El juicio nunca llegó. Nunca hubo un juicio.

Horas antes, había preguntado por mi abogado, por mi derecho a una explicación. Me dijeron que esperara. Que todo se resolvería. Que era un caso menor.

Pero al caer la noche, en lugar de una firma y una salida, me dieron un número y un pabellón. No me habían condenado. Simplemente me habían metido en un lugar del que nadie se molestaría en sacarme.

Cuando tenía diez años, le pregunté a mi papá si en este país existía la justicia. Se rió, pero no porque le hiciera gracia.

—¿Por qué estás acá? —preguntó un hombre desde la sombra de la celda contigua.

Tardé en responder. Había practicado la frase en mi cabeza varias veces, tratando de que sonara real. Pero no importaba cuántas veces la dijera, seguía pareciendo un mal guion.

—Por ruidos molestos.

Silencio. Luego, una carcajada seca, cortada por la tos de un fumador crónico.

—Sí, claro. Y yo estoy por olvidarme de pagar el cable.

El hombre se acercó a la reja, con el rostro apenas visible entre las sombras. Tenía el cabello revuelto y las marcas de una vida enjaulada.

—No te metas en quilombos, pibe. Sé que recién caés, pero mirá: lo que hiciste no importa. Lo que importa es si podés aguantar.

Aguantar.

El concepto me pareció extraño. Aguantar qué.

Pero en la cárcel, algunas respuestas solo llegan cuando ya es demasiado tarde.

Por la mañana, me sacaron de la celda para la primera lección del encierro: la fila de la humillación.

El pabellón entero era un monstruo de concreto lleno de almas en pena. Hombres alineados en el patio, manos detrás de la espalda, cabezas bajas. Los guardias pasaban entre ellos como carniceros recorriendo su mercancía. Nadie hablaba. Nadie respiraba más de lo necesario.

Cuando fue mi turno, uno de ellos se detuvo frente a mí. Tenía el rostro marcado por años de ejercer violencia sin consecuencias. Me observó con la curiosidad de quien evalúa un pedazo de carne antes de arrojarlo al fuego.

—¿Nuevo?

Asentí.

—¿Por qué estás acá?

—Ruidos molestos.

Algunos presos alrededor se rieron en voz baja. El guardia no.

—Sos un payaso, ¿no?

No respondí.

—Escuchame bien. Acá adentro los payasos no duran. Así que tenés dos opciones: cerrás la boca, o te la cerramos nosotros.

El poder es un arma fácil de usar. Pero el miedo es un cuchillo más afilado.

Y yo no tenía miedo.

Sonreí. No porque quisiera desafiarlo, sino porque algo en la situación me resultó absurdamente gracioso. Toda la brutalidad del sistema contra un hombre que solo quería reír.

El guardia me miró confuso. No entendía.

Nadie entiende a quien no teme.

Y ese fue mi error.

La primera paliza fue antes del almuerzo.

Dos tipos me sacaron del patio y me empujaron contra la pared de un pasillo sin cámaras. El primero me golpeó en el estómago, el otro en la boca. El sabor metálico de la sangre me llegó antes de que el dolor pudiera alcanzarme.

—¿Te seguís riendo ahora?

No dije nada.

Otro golpe, esta vez en la costilla.

—¿Qué mierda te pasa?

Me mordí los dientes.

¿Cómo les explicás a tipos así que no te pueden quitar lo que nunca les perteneció?

La libertad no está en las piernas. No está en los brazos. No está en los muros que te rodean.

La libertad está en lo que nadie puede tocar.

Y por eso, cuando me escupieron en el suelo y se fueron, me levanté despacio, me limpié la sangre de los labios y me volví a sonreír.

No porque no me doliera.

Si no porque sabía que ese era el verdadero delito que había cometido.

No me metieron preso por ruidos molestos. Me metieron preso porque aprendí a no tener miedo.

Capítulo 2: El Hombre Que No Pregunta

Dormir en la cárcel no es descansar. Es cerrar los ojos con la conciencia de que alguien puede abrirte la cabeza en cualquier momento. No dormís, vigilás desde el silencio.

Pasé la primera noche en el suelo. No porque no tuviera un catre, sino porque entendí rápido que la debilidad tiene olor. Y si te ven débil el primer día, te comen el segundo.

A las cuatro de la mañana, me desperté por un leve llamado en la celda de al lado. El mismo tipo que se había reído de mi historia.

—¿Seguís vivo?

No le respondí enseguida.

—Parece que sí.

El hombre se rió despacio.

—Eso es porque recién llegaste. No te preocupes, ya vas a entender.

Ya vas a entender.

Esa frase se repetía en cada pabellón, en cada pasillo. Como si hubiera una verdad oculta que solo descubrís cuando ya no te queda salida.

A las seis nos sacaron al patio.

Era otro mundo.

Las paredes estaban cubiertas de graffitis y viejos eslóganes políticos que ya no significaban nada. Entre la multitud de cuerpos con cicatrices, vi rostros marcados por el tiempo, por la violencia, por el abandono.

Había reglas que nadie decía en voz alta pero que todos conocían.

1 No mires fijamente a nadie más de tres segundos.

2 No hagas preguntas.

3 No sonrías demasiado.

Yo ya había roto la tercera el primer día.

En el fondo del patio, un grupo de presos jugaba al truco en una mesa de cemento, rodeados de cigarrillos y botellas de gaseosa usadas como ceniceros. Al otro lado, otros hacían flexiones, marcando territorio con el solo hecho de existir.

La cárcel es un ecosistema, un equilibrio de fuerzas entre los que sobreviven y los que se convierten en carroña.

Caminé despacio, midiendo cada paso.

No tardé en notar que yo ya tenía encima varias miradas.

—¿Vos sos el que entró por ruidos molestos?

Un tipo se paró delante de mí, con el cuerpo de alguien que había peleado toda su vida. Brazos llenos de tatuajes mal hechos y cicatrices de cortes que nunca cerraron bien.

No era una pregunta. Era una sentencia.

—Eso dicen —respondí.

Algunos a su alrededor sonrieron. No él.

—Escuchame, primario. Acá no te reís. No haces el loco. No te hacés el especial. Porque si te hacés el especial, alguien te va a hacer entender cómo funciona esto.

Me miró fijo. Más de tres segundos.

—¿Te quedó claro?

Silencio.

—Pregunté si te quedó claro.

Lo miré sin pestañear.

—Yo no hago preguntas.

Y eso lo desconcertó.

Se quedó un segundo quieto, como si esperara otro tipo de respuesta. Algo que lo hiciera sentir más fuerte.

Pero yo no le di nada.

—No te hagas el poronga —escupió entre dientes. Y se fue.

El grupo se dispersó con él.

No entendieron.

Pensaban que la violencia era lo único que existía. Que si alguien no te tenía miedo, entonces debía estar loco.

Pero no estoy loco.

Simplemente soy libre.

A la tarde, en el pabellón, el tipo de la celda de al lado volvió a hablarme.

—Casi te hacen mierda hoy.

Me encogí de hombros.

—Casi no es suficiente.

—¿Sabés quién era ese?

Dejé que hablase.

—Un tipo que mató a su mujer de doce puñaladas porque no le puso sal a la comida. Después le tiró querosene y la prendió fuego en la bañera.

Me quedé en silencio.

—¿Sabés cuántos años le dieron?

Lo miré.

—Ocho.

Sonrió.

—Y a vos te dieron prisión por reírte.

Un tipo que mató a su mujer y la prendió fuego en la bañera, ocho años.

Un político que se robó un país, ni un día preso.

Un pibe que se ríe demasiado… perpetua sin juicio.

En este país la cárcel no es un castigo, es un filtro.

Si no te pueden comprar, si no te pueden quebrar, te entierran acá.

Esa noche, mientras el pabellón se hundía en la penumbra, escuché un sonido que no pertenecía a la cárcel.

Una risa.

No la mía.

Alguien más reía. Alguien más en este lugar todavía tenía algo que no le habían podido arrancar.

La risa no venía del patio, ni del pabellón.

Venía de más lejos.

Como si alguien se estuviera riendo en un lugar que no existe.

Y eso me dio escalofríos.

Capítulo 3: El Loco del Pabellón 8

A la mañana siguiente, el rumor ya había corrido por toda la cárcel.

—¿Escuchaste la risa anoche?

—Sí, boludo. Otra vez.

—Dicen que viene del Buzón.

El Buzón.

Ya había oído ese nombre.

No era un pabellón, no era un patio, no era una celda. Era un agujero.

Un lugar donde te dejaban solo, sin luz, sin sonido, sin nada.

Decían que los que entraban no salían igual.

Si es que salían.

Durante el desayuno, busqué a mi compañero de celda. El hombre que me había hablado la primera noche.

—¿Quién es el que se ríe?

Su expresión cambió al instante.

—No preguntes.

—Ya lo hice.

Apretó la mandíbula.

—Si querés seguir entero, no te metas con eso.

—No me metí con nada. Solo quiero saber.

Se inclinó hacia mí, con los ojos clavados en los míos.

—Acá adentro hay dos tipos de personas: los que hacen las reglas y los que las siguen.

Ese tipo… no es ninguno de los dos.

—¿Por qué?

Se tomó un segundo.

Luego, susurró:

—Porque él ya no está preso.

Lo miré, esperando una explicación.

—Lo encerraron hace años, pero no pudieron romperlo. No pudieron sacarle el miedo. No pudieron hacer que dejara de reírse.

—¿Y qué hicieron?

—Lo mandaron al Buzón.

El resto del día transcurrió en tensión muda. Nadie quería hablar de la risa.

Era como si mencionarlo demasiado en voz alta pudiera atraer algo que no querían enfrentar.

Pero en mi cabeza, la pregunta seguía ahí.

¿Quién carajo podía reírse en un lugar como este?

Y más importante aún…

¿Por qué me sentía cada vez más seguro de que tenía que encontrarlo?

Cuando terminé de preguntar, sentí algo raro.

No solo mi compañero de celda se quedó callado. Otras mesas también.

Alguien al fondo tosió, incómodo.

No fue casualidad. No fue coincidencia.

Era un reflejo aprendido.

Un instinto de supervivencia.

Ahí supe que no era solo un rumor.

Lo que sea que fuera el Loco del Pabellón 8… los tenía aterrados.

Esa noche, la risa volvió.

Era diferente a la mía. Más vieja, más profunda.

No era una risa burlona, ni histérica. Era calma. Tranquila. Como si no tuviera nada que perder.

Cerré los ojos.

Esa risa no pertenecía a este mundo.

O, peor aún…

Era la única prueba de que este mundo no era real.

Y entonces lo deduci.

No era una risa cualquiera.

No era una risa perdida en la distancia.

No era una risa al azar.

Esa risa era para mí.

Capítulo 4: La Primera Señal

Esa risa no era casualidad.

No era un eco perdido en la cárcel.

No era un desquiciado riéndose de la nada.

Era un mensaje.

Era para mí.

A la mañana siguiente, cuando nos sacaron al patio, las miradas eran diferentes.

Había algo en los ojos de los otros presos. Algo que antes no estaba ahí.

Ya no era solo desconfianza.

Era miedo.

No porque supieran algo.

Sino porque yo no sabía en qué me estaba metiendo.

Me acerqué a un grupo que jugaba al truco en una mesa de cemento. Uno de ellos debía saber algo.

Pero apenas abrí la boca, uno de los tipos dejó las cartas y me miró fijo.

—No.

—¿No qué?

—No preguntes.

—Ni siquiera dije nada.

—No hace falta.

Los otros dos jugadores seguían con la vista en las cartas. Hacían como que no escuchaban. Como que yo no estaba ahí.

El tipo se inclinó hacia mí. Olía a tabaco, a encierro, a años sin esperanza.

—Escuchame bien, pibe. En este lugar hay cosas que es mejor no entender.

—Vos sí entendés.

—No.

—Sí. Por eso no querés hablar.

El hombre apretó su puño derecho.

Miró hacia los costados, asegurándose de que nadie más estuviera demasiado cerca.

—Voy a decirte algo y después te vas.

Esperé.

—Hace siete años, ese tipo estaba con nosotros. Era uno más. Comía con nosotros, hablaba con nosotros, cagaba en los mismos baños que nosotros.

Hizo una pausa.

—Hasta que un día, los guardias se lo llevaron.

—¿Por qué?

—Nunca dijeron. Pero tampoco hicieron falta explicaciones. Acá no te llevan por lo que hiciste. Te llevan por lo que sos.

Lo miré en silencio.

—¿Y qué era él?

El hombre chasqueó la lengua.

—El único que no tenía miedo.

El único que no tenía miedo.

La frase se me quedó grabada el resto del día.

Cuando los presos caminaban en círculos por el patio.

Cuando los guardias pasaban con la indiferencia de los que tienen el control absoluto.

Cuando la noche cayó y el encierro volvió a hacerse denso.

Esa idea no me dejaba en paz.

Porque sabía que si alguien en este lugar había encontrado la forma de no tener miedo… yo necesitaba encontrarlo.

No importaba qué tan profundo lo hubieran enterrado.

No importaba qué tan lejos lo quisieran esconder.

Yo iba a llegar a él.

Cuando terminé de preguntar, sentí algo raro.

No solo mi compañero de celda se quedó callado. Otras mesas también.

Un instinto de supervivencia.

Ahí supe que no era solo un rumor.

Lo que sea que fuera el Loco del Pabellón 8… los tenía aterrados.

Pero lo que me inquietó no fue el miedo de los demás.

Fue otra cosa.

El silencio de los guardias.

Ellos también sabían.

Y no hacían nada.

Esa noche, la risa volvió.

Pero esta vez, fue diferente.

No era solo un sonido en la distancia.

No era solo un eco en los pasillos.

Era más cerca.

Mucho más cerca.

Y cuando abrí los ojos en la oscuridad de mi celda, lo supe.

La risa no solo era más cerca.

Era diferente.

Más lenta.

Más… controlada.

Como si se estuviera riendo a propósito.

Como si supiera que yo lo estaba escuchando.

Me quedé quieto, con la respiración contenida.

Y en la absoluta oscuridad, escuché algo más.

Un golpe seco en la pared.

Uno. Dos. Tres veces.

No era un ruido al azar.

Era un ritmo.

Un patrón.

Era un mensaje.

Capítulo 5: El Silencio del Sistema

El abogado de oficio no existía.

O al menos, no para mí.

Durante los primeros días, pregunté en la guardia, insistí con los carceleros, hasta que finalmente me dijeron lo que ya sabía:

—Esperá.

Esperá.

Esperá.

Esa es la respuesta para todo en este país.

Esperá que te llamen.

Esperá que te den una fecha.

Esperá que alguien haga su trabajo.

Esperá que la justicia funcione.

Esperá hasta que te acostumbres a esperar.

Esperá hasta que dejes de insistir.

Esperá hasta que te olviden.

Esperá hasta que vos mismo olvides por qué estás acá.

A la semana, logré hablar con el director del penal.

O mejor dicho, logré que me mirara sin hacerme sentir invisible.

Era un tipo de traje arrugado, con una corbata floja y el cansancio de alguien que ya no cree en lo que hace.

Me hizo pasar a su oficina, un cubículo con muebles viejos y un televisor encendido en mute.

—¿Cuál es el problema? —dijo, hojeando unos papeles.

Lo miré.

—No debería estar acá.

El director suspiró y apoyó la birome sobre el escritorio.

—Eso dicen todos.

—Yo ni siquiera tuve juicio.

—Eso también lo dicen todos.

Se hizo un silencio incómodo.

—No me pueden retener sin sentencia.

El director me miró con cansancio.

—¿Cuántos años tenés, pibe?

—Veintisiete.

—¿Y en serio creés que acá adentro hay reglas?

No supe qué responder.

—¿Vos pensás que alguien en el juzgado se acuerda de vos? —continuó—. ¿Pensás que hay un expediente con tu nombre en una pila de carpetas, esperando que un juez te lea y decida liberarte?

Me mantuve en silencio.

El director sonrió, pero sin alegría.

—No hay ningún expediente. No hay ningún juez. No hay nada.

—Entonces…

—Entonces —interrumpió, encendiendo un habano—, te vas a quedar acá hasta que dejes de molestar. O hasta que a alguien le convenga sacarte.

—Eso es ilegal.

El director se rió.

—Acá adentro, la ley es lo que nosotros decimos que es.

Tomó una bocanada de humo y me miró como quien explica lo obvio.

—¿Sabés cuántos están en tu situación? Cientos. ¿Sabés cuántos van a salir esta semana? Ninguno.

Apoyé las manos en el escritorio.

—¿Por qué me metieron acá?

El director apayo su habano en un cenicero de cristal.

—¿Querés la verdad?

—Sí.

—No tengo idea.

Lo dijo sin ironía.

—Pero por cómo insistís en salir, me queda claro que nadie quiere que lo hagas.

Salí de la oficina con la cabeza ardiendo.

No por rabia.

No por miedo.

Por claridad.

No era un error.

No era un problema burocrático.

No era que me habían olvidado en una lista de espera.

Era a propósito.

Me habían enterrado en este lugar porque no debía estar afuera.

Pero ¿por qué?

No tenía enemigos políticos.

No había cometido ningún crimen.

No era un peligro para nadie.

Salvo para el sistema.

Un tipo que se ríe en una celda no preocupa a nadie.

Pero un tipo que no se quiebra…

Ese es un problema.

Esa noche, no dormí.

Esperé.

Y cuando la risa volvió, ya no sonaba como un sonido en la distancia.

Sonaba como una respuesta.

La risa no llegó como otras veces.

No empezó lejana.

No se filtró en los pasillos como un invitado indeseable.

Esta vez, cuando cerré los ojos, la escuché justo al lado de mi oído.

No era un sonido.

No era una alucinacion de mi mente cansada.

Era una invitación.

Y en la absoluta oscuridad, escuché algo más.

Un golpe seco en la pared.

Uno. Dos. Tres veces.

No era un ruido al azar.

Era el mismo de la noche anterior.

Capítulo 6: El Código del Encierro

Uno. Dos. Tres golpes.

No eran ruidos al azar.

No era un ritual de la cárcel.

No eran parte de la rutina nocturna.

Era un mensaje.

No respondí.

Me quedé quieto en la oscuridad de mi celda, con la respiración contenida, sintiendo cómo cada fibra de mi cuerpo se tensaba.

Esperé.

Silencio.

Y entonces, de nuevo.

Uno. Dos. Tres golpes.

No podía ser coincidencia.

Alguien, del otro lado de la pared, me estaba llamando.

Al día siguiente, intenté no pensar en eso.

Intenté actuar como si nada hubiera pasado.

Pero cuando salí al patio, supe que algo había cambiado.

Las miradas eran más discretas. Más fugaces. Como si yo ya no fuera solo el nuevo.

Ahora era el que estaba preguntando demasiado.

El que estaba demasiado cerca de algo.

El que estaba escuchando lo que no debía.

Y en la cárcel, ser visto es peligroso.

Pero había algo más. Algo que no había sentido antes.

No eran solo los presos los que miraban.

También los guardias.

No con desprecio, no con odio.

Con curiosidad.

Como si quisieran saber hasta dónde iba a llegar.

Y eso me preocupó más que cualquier otra cosa.

Después del almuerzo, volví a buscar a mi compañero de celda.

—Ayer a la noche… alguien golpeó la pared.

No me miró enseguida.

Se quedó en silencio, como si evaluara sus opciones antes de hablar.

—¿Cuántos golpes? —preguntó al final.

—Tres.

Se pasó la mano por la cara y exhaló.

—Mierda…

—¿Qué significa?

—Significa que te vio.

—¿Quién?

Me miró fijo.

—Vos ya sabés quién.

Esa noche, esperé.

Me senté en la cama, con la espalda contra la pared, los pies en el suelo.

No dormí.

Esperé.

Y, cerca de la medianoche…

Uno. Dos. Tres golpes.

Cerré los ojos.

Me mojé los labios.

Y levanté la mano.

Golpeé la pared tres veces.

La piel se me erizó al instante.

Un segundo de silencio absoluto.

Y luego…

Uno. Dos. Tres golpes de respuesta.

Pero esta vez, fueron más fuertes.

No una simple respuesta.

Un llamado.

Como si, del otro lado de la pared, alguien estuviera diciendo:

“Te veo.”

Mi respiración se volvió pesada.

No era solo el sonido.

Había algo en el aire.

Como si la celda hubiera cambiado de tamaño.

Como si ahora hubiera alguien más en ella.

Me alejé de la pared.

Mi cuerpo me pedía que no respondiera de nuevo.

Pero mi mente ya estaba demasiado lejos.

Y en ese momento, supe que esto no era solo un juego.

Había cruzado una línea.

Y el Loco del Pabellón 8…

Me estaba esperando del otro lado.

Capítulo 7: El Nombre Prohibido

La noche después de los golpes, no dormí.

No porque tuviera temor.

Si no por la indiferencia del mundo, en el cual yo era participe.

Había alguien al otro lado de la pared.

Alguien que sabía que lo estaba buscando.

Y peor aún…

Alguien que me estaba esperando.

A la mañana siguiente, cuando salí al patio, las miradas ya no eran fugaces.

Ahora eran directas.

Ahora sabían quién era yo.

No me estaban mirando a mí.

Estaban mirando lo que había hecho.

Lo que había cruzado.

Y lo que vendría después.

Pero los presos no eran los únicos.

Los guardias también lo sabían.

Lo noté en la forma en que me vigilaban cuando caminaba.

En la manera en que uno de ellos se detuvo demasiado tiempo frente a mi celda antes de seguir su ronda.

Yo ya no era solo un interno más.

Yo era el que había respondido.

El que había hablado con él.

—¿Cómo se llama?

Mi compañero de celda dejó de masticar y me miró fijo.

—¿Quién?

—El Loco del Pabellón 8.

No respondió enseguida.

Masticó una vez más, tragó, y recién ahí, habló.

—No tiene nombre.

—Todos tienen un nombre.

—Él no.

Lo miré sin pestañear.

—Lo tenía antes de que se lo llevaran, ¿no?

—Sí.

—¿Y?

Se inclinó un poco, con el rostro serio.

—¿Vos querés saber cómo se llamaba?

—Sí.

Se quedó balbusenado un momento.

Cuando habló, bajó la voz.

—No se dice su nombre.

—¿Por qué?

Se acercó más, casi susurrando.

—Porque si lo decís, los guardias escuchan.

Lo miré fijo.

—¿Y qué pasa si los guardias escuchan?

Se detienen.

Miran.

Y te hacen desaparecer.

Durante la tarde, intenté encontrar a alguien más que hablara.

Un viejo de cara partida que jugaba al truco en el patio.

Un pibe de no más de veinte que cargaba con la desesperación de haber caído demasiado joven.

Un tipo enorme, lleno de marcas, con la mirada de alguien que ya había visto demasiado.

Ninguno dijo una palabra.

No lo negaban.

No lo ignoraban.

Simplemente, evitaban el tema.

No había negación.

No había dudas.

Solo miedo.

Y en la cárcel, el miedo no viene de rumores.

Viene de lo que ya pasó.

De lo que todos saben, pero nadie dice.

Vi a un guardia pasar cerca de un grupo de presos.

Uno de ellos le entregó un billete doblado.

El guardia lo guardó en el bolsillo y siguió caminando.

Cinco minutos después, al preso lo sacaron del patio.

No volvió.

No pregunté adónde lo habían llevado.

Nadie lo hacía.

Nadie preguntaba por los que desaparecían.

No importaba si habías entrado por matar a alguien o por robar un celular.

Al final, todos tenían un precio.

Y cuando pagabas el tuyo, te sacaban del mapa.

La cárcel no era un castigo.

Era un sistema.

Un negocio.

Un cementerio donde no enterraban cuerpos.

Solo nombres.

Solo personas que un día habían existido…

Y después no.

Esa noche, cuando me acosté, esperé.

No dormí.

No me moví.

Solo esperé.

El mundo afuera seguía.

La ciudad seguía.

La gente seguía con sus vidas.

Yo ya no era parte de nada de eso.

Nadie me buscaba.

Nadie me esperaba.

Y si un día moría en esta celda, lo único que quedaría de mí sería un número en un registro viejo, en un escritorio donde nadie volvería a mirar.

Esa era la cárcel.

No rejas.

No muros.

No guardias.

Solo la certeza de que ya no existías.

Y, en la absoluta oscuridad, llegó la respuesta.

Uno. Dos. Tres golpes.

Pero esta vez, no terminé de levantar la mano para responder.

Porque, antes de hacerlo…

Él habló.

Una voz baja, ronca.

Una voz que no debería haber llegado a través de la pared.

Una voz que había estado esperando demasiado tiempo.

Y solo dijo tres palabras.

Palabras que no eran una pregunta.

Ni una orden.

Ni una amenaza.

Eran algo peor.

Eran una invitación.

—Ya es hora.

Capítulo 8: La Conversación Prohibida

—Ya es hora.

La frase quedó flotando en la celda, como un hilo invisible que me unía a lo que estaba del otro lado.

No la esperé.

No la busqué.

Pero sabía que tenía que responder.

Me acerqué lentamente a la pared.

Apoyé la palma de la mano en el concreto frío.

No era solo una pared.

Era una frontera.

La línea que separaba lo que todos aceptaban de lo que nadie quería ver.

Cerré los ojos y respiré hondo.

Cuando hablé, mi voz salió más baja de lo que esperaba.

—¿Hora de qué?

Nada.

Por un momento, pensé que no me respondería.

Que todo había sido un delirio de la falta de sueño.

Pero entonces, la voz volvió.

—De entender.

El día en la cárcel se sintió diferente.

Los guardias me miraban más.

Algunos presos se apartaban cuando pasaba.

Otros me observaban como si ya supieran algo que yo no.

Yo también lo sentía.

Algo había cambiado.

Algo se estaba moviendo dentro de esos muros.

Algo que no tenía que moverse.

Vi a un interno de unos cincuenta años, sentado contra una pared, con la mirada clavada en el suelo.

Llevaba una cicatriz profunda en la mejilla y la piel curtida de alguien que había estado demasiado tiempo en ese lugar.

Me acerqué.

—¿Cuánto llevás acá?

El hombre no levantó la vista.

—Demasiado.

Me senté a su lado.

—¿Sabés quién está en el Buzón?

Silencio.

—Te van a romper si seguís con eso —murmuró, sin mirarme.

—Entonces ya lo hicieron con vos.

El tipo sonrió con tristeza.

—A mí no me rompieron. Me olvidaron.

Sus palabras me hicieron sentir un escalofrío.

—¿Cómo es eso?

Me miró por primera vez. Sus ojos no tenían enojo, ni miedo.

Solo vacío.

—La cárcel no te destruye. Te diluye.

—¿Diluye?

—Te borra de a poco. Hasta que te convertís en una sombra más, en un número en una carpeta que nadie abre.

Miró a los demás presos.

—Antes, tenía una familia afuera. Hijos. Una mujer. Ahora no sé si existen, y ellos seguro no saben si yo existo.

—Al principio mandaban cartas. Al principio preguntaban por mí.

Se rió, pero sin humor.

—Después, cuando se dieron cuenta de que no importaba, dejaron de hacerlo.

Me quedé en silencio.

—No fue la cárcel la que me olvidó. Fue el mundo.

Lo que dijo me golpeó más que cualquier golpe.

Porque no era resignación.

Era aceptación.

Una rendición silenciosa.

No era que había perdido la esperanza.

Era que ya no la necesitaba.

Esa noche, cuando volví a mi celda, esperé.

Esperé a la risa.

Esperé a los golpes en la pared.

Pero no llegaron.

Solo el silencio.

Un silencio espeso, distinto al de otras noches.

Como si alguien estuviera esperando que yo hiciera el siguiente movimiento.

Me senté en el suelo, con la espalda contra la pared.

Mi voz salió más firme esta vez.

—¿Quién sos?

Unos segundos de pausa.

Y luego, la voz.

—El que vio lo que nadie quiere ver.

Me estremecí.

—¿Qué viste?

—La verdad.

Tragué saliva.

—Decímela.

—No puedo.

—¿Por qué?

La voz bajó aún más.

—Porque la verdad no se dice. Se muestra.

—Mostrame.

Un silencio denso, largo.

Hasta que finalmente, la voz respondió.

—Si querés la verdad, tenés que hacer lo que nadie ha hecho.

—Tenés que cruzar la última frontera.

—Tenés que llegar hasta acá.

Capítulo 9: Cruzar la Frontera

El Loco del Pabellón 8 no me pedía que creyera en él.

Me pedía que lo viera.

Que cruzara la frontera.

Que fuera hasta donde nadie había llegado.

Esa noche, no dormí.

No podía.

No quería.

Porque ahora había una puerta que podía abrir.

Una puerta que nadie había cruzado antes.

Y yo estaba dispuesto a hacerlo.

A la mañana siguiente, el mundo se sintió más ajeno.

El patio, las charlas entre presos, el sonido de las bandejas golpeando el metal del comedor.

Todo me pareció distante.

Como si mi cuerpo estuviera ahí, pero mi mente ya estuviera en otro lado.

Como si yo ya no perteneciera a este lugar.

Como si yo ya estuviera cruzando.

Vi a los guardias más atentos.

Uno de ellos pasó demasiado cerca de mí en el almuerzo.

—¿Y vos qué andás haciendo? —preguntó sin mirarme.

Lo ignoré.

Lo sentí detenerse un segundo antes de seguir caminando.

Sabían que algo estaba cambiando.

Sabían que yo estaba por hacer algo.

Y no sabían cómo detenerme.

Busqué a mi compañero de celda.

Lo encontre, sentado contra una pared.

Me senté a su lado.

—Tengo que llegar hasta él.

—Estás muerto, pibe.

—No todavía.

Se quedó mirándome un rato, como si buscara algo en mi cara.

Algo que le confirmara que estaba loco, o que simplemente ya no tenía remedio.

Al final, negó con la cabeza.

—¿Sabés cuántos trataron de llegar hasta el Buzón?

No respondí.

—Ninguno.

—Alguien tuvo que intentarlo.

—No.

—Porque a los que quieren llegar, los sacan antes de que lo hagan.

—Entonces tengo que hacerlo antes de que me saquen.

Esa noche, la cárcel fue más grande que nunca.

Los pasillos se sentían más largos.

Las sombras más densas.

El silencio más pesado.

Las luces parpadeaban más de lo normal.

El aire estaba más denso, más espeso.

Como si las paredes respiraran.

Como si la cárcel misma supiera que estaba a punto de traicionarla.

No era solo un edificio.

Era un organismo.

Y yo era la célula que estaba tratando de escapar.

Me senté en el suelo, apoyando la espalda contra el concreto.

Golpeé la pared.

Uno. Dos. Tres.

Esperé.

Y entonces, la respuesta.

Uno. Dos. Tres.

Su voz fue más baja esta vez.

Más cerca.

Más clara.

—Es ahora o nunca.

Respiré hondo.

Y lo dije.

—¿Cómo llego hasta vos?

Silencio.

Por un momento, pensé que no me respondería.

Pero luego, su voz rompió la oscuridad.

—Morí.

Me quedé quieto.

La palabra quedó flotando en el aire, más pesada que cualquier otra cosa que había escuchado en ese lugar.

—¿Qué querés decir?

El Loco no dudó.

—Dejá de ser quien sos.

—No entiendo.

—Dejá de esperar que te liberen.

—¿Y qué hago?

—Dejá de pensar como un preso.

No entendía lo que me quería decir.

—Los que buscan la libertad no la encuentran, ¿no?

Hubo un segundo de silencio antes de que él hablara otra vez.

—Los que dejan de existir la atraviesan.

Cerré los ojos.

Sabía lo que eso significaba.

Sabía lo que tenía que hacer.

Para cruzar la frontera, tenía que desaparecer.

Capítulo 10: Los que Nunca Salen

Morí.

Eso me dijo.

Eso me pidió.

No escapar. No pelear. No sobrevivir.

Morir.

Pero no como ellos querían.

No como los que se apuñalaban en el patio por un paquete de cigarrillos.

No como los que caían en las duchas y nadie levantaba.

No como los que dejaban de respirar en la enfermería porque nadie se molestó en traer los medicamentos.

No como los que eran llevados a la oficina del director y nunca volvían.

No como los que, en los registros, todavía estaban vivos.

No.

El Loco no hablaba de esas muertes.

Hablaba de otra cosa.

Hablaba de desaparecer sin que el sistema lo notara.

Hablaba de dejar de existir sin estar muerto.

En la cárcel, la muerte no es un evento.

Es un proceso.

Un goteo lento.

Una degradación constante.

Se empieza con un golpe.

Después viene la fiebre.

Después viene la infección.

Después viene el olvido.

Y después, cuando finalmente el cuerpo se apaga, ya nadie se acuerda de que alguna vez exististe.

Nadie pregunta por vos.

Nadie firma los papeles.

Nadie notifica a la familia.

El cadáver se queda en un depósito con otros cuerpos sin nombre.

Hasta que un día lo entierran en una fosa común.

Sin lápida.

Sin rastro.

Sin historia.

No son tumbas.

Son pozos.

Son agujeros en la tierra donde meten lo que les sobra.

Algunos cuerpos ni siquiera tienen ataúd.

Algunos se apilan.

Algunos se entierran con nombres falsos porque a nadie le importó averiguar el verdadero.

La muerte no es una tragedia en la cárcel.

Es un trámite.

Ese día, en el patio, vi a uno de los que iban a morir pronto.

No porque lo supiera.

Sino porque lo vi en su cara.

Era joven. Más joven que yo.

Demasiado flaco, demasiado pálido.

La piel marcada, por la tristeza.

Las muñecas con heridas, signo de haber intentado escapar de otra forma.

No tenía familia, No tenía a nadie.

Y en la cárcel, estar solo es lo mismo que estar muerto.

Lo miré unos segundos.

Él me devolvió la mirada.

Y ahí supe que él también lo sabía.

No mañana.

No la semana que viene.

Pero pronto.

Pronto sería otro cuerpo en la enfermería.

Otra historia que nadie preguntaría.

Otro número en una carpeta que nadie abriría.

No hice nada.

No dije nada.

No podía salvarlo.

Nadie podía salvar a nadie en ese lugar.

Ni siquiera a uno mismo.

Esa noche, cuando volví a mi celda, esperé.

La cárcel estaba más callada que de costumbre.

Menos ruido.

Menos gritos.

Más… vacía.

Como si en la última noche alguien hubiera desaparecido y ya nadie lo recordara.

Me senté contra la pared y golpeé.

Uno. Dos. Tres.

Esperé.

Silencio.

Y luego, la voz.

—Ahora lo ves, ¿no?

Respiré hondo.

—Sí.

—¿Qué ves?

Apreté los dientes.

—Que en este lugar, la verdadera muerte no es dejar de respirar.

Silencio.

Y luego, su risa.

Baja.

Tranquila.

Como si hubiera estado esperando que yo dijera eso.

—Bien.

—¿Y ahora qué?

—Ahora dejá de ser un hombre.

Me quedé en silencio.

—¿Qué querés decir?

—No sos un hombre.

—¿Entonces qué soy?

—Un fantasma esperando ser enterrado.

Cerré los ojos.

Respiré hondo.

Porque ahora lo entendía.

Si quería llegar hasta él.

Si quería cruzar la frontera.

Si quería ver lo que nadie había visto.

Tenía que dejar que me enterraran primero.

Capítulo 11: El Sacrificio Moderno

En la cárcel no hay ricos.

No hay jueces.

No hay empresarios.

No hay políticos.

Solo hay los que sobran.

Los que nacieron en el lado equivocado.

Los que no tenían abogados caros.

Los que no tenían apellido.

Los que no tenían derecho a un error.

Los que no tienen a nadie afuera.

La cárcel no es un castigo.

Es un sacrificio.

Un sacrificio moderno.

Los imperios antiguos mataban esclavos en rituales para calmar a los dioses.

Hoy, las cárceles existen para hacer lo mismo.

Para ofrecer vidas en nombre del orden.

Para encerrar a los que molestan.

Para desaparecer a los que no encajan.

Los ricos van a juicio.

Los pobres van a la cárcel.

Los ricos salen con fianza.

Los pobres se pudren en celdas sin juicio.

Los ricos siguen vivos afuera.

Los pobres se vuelven fantasmas adentro.

Pero no es solo un sistema de castigo.

Es una vitrina.

Es una exhibición.

Si la sociedad quiere sentirse segura, necesita monstruos.

Y si no los hay, los inventa.

El pobre es culpable antes de cometer un delito.

El rico es inocente aunque lo haga.

Porque la cárcel no está para rehabilitar.

No está para castigar.

Está para equilibrar la balanza.

Para que la gente que vive afuera pueda dormir tranquila sabiendo que los monstruos están encerrados.

Aunque nunca hayan sido monstruos.

No tenía visitas.

Nunca las tuve.

Nadie vendría a verme.

Porque nadie me estaba esperando.

No tenía mujer afuera.

No tenía hijos.

No tenía familia que mandara cartas.

No tenía amigos que preguntaran por mí.

Si un día mi cuerpo aparecía en la enfermería, nadie haría un escándalo.

Si mi nombre desaparecía de los registros, nadie lo notaría.

Si los guardias decidían un día que yo era un problema y tenía que dejar de existir, nadie iba a preguntar qué pasó conmigo.

Yo no era una persona.

Era un número en una celda.

Un ser sin historia.

Un sacrificio que nadie lloraría.

Y, de algún modo, eso me daba una ventaja.

No podían chantajearme con lo de afuera.

No podían amenazarme con quitarme lo que no tenía.

No podían manipularme con el miedo a perder a alguien.

Porque yo ya estaba perdido.

Porque yo ya no tenía nada que perder.

Esa noche, cuando volví a mi celda, esperé.

Esperé el sonido de su risa.

Esperé los golpes en la pared.

Pero esta vez, no golpeé primero.

Esperé.

Esperé.

Hasta que él lo hizo.

Uno. Dos. Tres.

Apoyé la cabeza contra el concreto.

Esta vez, mi voz salió firme.

—Estoy listo.

Silencio.

Y entonces, su voz.

—El sistema no te va a liberar. No hay puertas abiertas. No hay salidas. No hay absolución.

—¿Entonces qué hago?

—Si querés salir, dejá que te borren.

—¿Dejar que me borren?

—Dejá que el sistema te mate antes de que lo haga de verdad.

—¿Cómo?

—Solo los que desaparecen pueden cruzar.

Cerré los ojos.

Respiré hondo.

Porque ahora lo entendía.

Si quería llegar hasta él.

Si quería cruzar la frontera.

Si quería ver lo que nadie había visto.

Tenía que dejar que me enterraran primero.

Capítulo 12: Morir Antes de Morir

El sistema no me iba a liberar.

No había juicio.

No había expediente.

No había justicia.

Solo había olvido.

El Loco del Pabellón 8 no hablaba de escapar.

No hablaba de sobrevivir.

Hablaba de desaparecer.

De morir antes de que me mataran.

Pero no con un cuchillo entre las costillas.

No con una sobredosis en la enfermería.

No con la cabeza reventada contra el suelo de la ducha.

No con un informe firmado por un médico corrupto diciendo “causa de muerte: insuficiencia respiratoria” mientras los guardias se repartían sus pocas pertenencias.

No.

No esa muerte.

Otra.

La única que me daría la llave para llegar hasta él.

Durante los días siguientes, dejé de estar.

No miré a nadie.

No hablé con nadie.

No respondí cuando me llamaban.

No reaccioné cuando un guardia me empujó en el pasillo.

No me defendí cuando un preso me robó el pan en el almuerzo.

Dejé de ser alguien.

Dejé de ser un nombre.

Dejé de existir.

Algunos me empezaron a llamar el muerto.

Otros decían que me había vuelto loco.

Pero en el fondo, todos sabían la verdad:

Yo ya no estaba.

No hacía falta matarme, porque ya me había matado solo.

Porque entendí que no se puede matar lo que ya está muerto.

Si dejaba de ser una persona, si me convertía en una sombra, entonces el sistema ya no podría hacerme desaparecer.

Porque para desaparecerme, primero tendrían que notar que existo.

Y yo ya no existía.

Yo era nada.

Yo era un fantasma.

La cárcel reaccionó.

El sistema no sabe qué hacer con los que no juegan el juego.

Los guardias notaron que algo no estaba bien.

Los presos también.

Una tarde, mientras comíamos, mi compañero de celda me miró.

—Te están observando —dijo con miedo.

No respondí.

—Si seguís así, te van a sacar.

Lo miré por primera vez en días.

—Eso quiero.

Se quedó en silencio.

Después negó con la cabeza.

—No entendés.

No insistí.

No tenía que explicarle nada.

Él todavía pensaba como un preso.

Yo ya pensaba como un muerto.

Dos días después, se movieron.

Dos guardias entraron a mi celda.

—Arriba.

No me moví.

Uno de ellos me pateó en la pierna.

—Te dije que arriba, carajo.

No respondí.

No los miré.

No hice nada.

Me arrastraron fuera de la celda y me tiraron al piso del pasillo.

Uno me levantó la cara con el pie.

—¿Te hacés el boludo?

Mi cara seguía sin expresión.

El guardia me escupió.

—¿Querés desaparecer?

No me moví.

No pestañeé.

El otro guardia lo miró.

—Llevémoslo al Buzón.

Silencio.

Un segundo eterno.

Y después, la respuesta.

—Sí.

Me agarraron de los brazos y me levantaron del suelo.

Pero no opuse resistencia.

No luché.

No grité.

No pedí explicaciones.

Porque ya no era un preso.

Ya no era un hombre.

Era un fantasma.

Y los fantasmas no pelean.

Los fantasmas simplemente cruzan al otro lado.

El camino hasta el Buzón no fue una caminata.

Fue una procesión fúnebre.

No me llevaban a una celda.

Me llevaban a mi tumba.

Los pasillos eran más largos, más oscuros.

O tal vez era yo el que ya no veía bien.

Los otros presos miraban en silencio.

Algunos con miedo.

Otros con resignación.

Porque todos sabían lo que el Buzón significaba.

Porque todos sabían que nadie vuelve del Buzón.

Pero yo no quería volver.

Porque del otro lado de esa puerta, en lo más profundo de la cárcel…

Me estaba esperando él.

Capítulo 13: La Puerta al Otro Lado

No me llevaron a una celda.

No me llevaron a un pabellón.

No me llevaron a un sector donde los presos todavía podían fingir que eran personas.

Me llevaron más abajo.

El Buzón no estaba en la misma cárcel.

No estaba en el mismo mundo.

Era un sótano dentro del sótano.

Un lugar que no existía en los planos.

Un agujero diseñado para borrar lo que el sistema no podía controlar.

Un espacio que no tenía regreso.

Los pasillos se hicieron más estrechos.

Las luces más tenues.

El aire más denso.

El silencio más espeso.

Como si ya no estuviera en un lugar hecho por humanos.

Como si estuviera entrando en algo más profundo.

Más antiguo.

Más final.

No me arrastraban.

No me golpeaban.

Porque no necesitaban hacerlo.

Yo ya no estaba ahí.

Ya no era un cuerpo.

Ya no era un nombre.

Era un movimiento dentro de la nada.

Cuando llegamos, los guardias abrieron una puerta pesada de hierro.

No había cerrojo.

No hacía falta.

La puerta no estaba para evitar que salieran.

Estaba para evitar que los de afuera vieran lo que había adentro.

Me empujaron.

Cruzaron el abismo.

Y la puerta se cerró detrás de mí con un estruendo de metal.

No me dieron instrucciones.

No me amenazaron.

No dijeron nada.

Porque no había nada más que decir.

No era una celda.

Era un umbral.

Lo supe cuando la cerraron.

Nadie iba a abrirla de nuevo.

Ni para matarme.

Ni para liberarme.

El que entra al Buzón, deja de ser un problema.

No me mandaron a la oscuridad.

Me mandaron a desaparecer.

El Buzón.

Oscuro.

Silencioso.

Absoluto.

Un espacio de paredes rugosas, sin ventana, sin salida.

El aire era más pesado.

Como si nadie hubiera respirado ahí en mucho tiempo.

Como si el tiempo mismo se detuviera dentro de esas paredes.

Pero yo no estaba solo.

En algún rincón de la oscuridad, él estaba ahí.

El Loco del Pabellón 8.

Esperándome.

No hablaba.

No se movía.

Solo era.

Supe en ese momento que ya no había vuelta atrás.

Lo que estaba a punto de ver, de entender, de conocer, iba a romper algo en mí.

O tal vez ya lo había hecho.

Di un paso adelante.

Y hablé.

—Estoy acá.

Silencio.

Un segundo.

Dos.

Y entonces, su voz.

No era la misma de antes.

No era baja.

No era distante.

No era de alguien que estaba detrás de una pared.

Era en todas partes.

Dentro de mí.

Fuera de mí.

Como si siempre hubiera estado ahí, esperando que yo lo escuchara.

No era solo su voz.

Era la voz del Buzón.

Y dijo:

—Bienvenido al otro lado.

Capítulo 14: Ver lo que Nadie Ha Visto

El Buzón no tenía luz.

No tenía reloj.

No tenía sonido.

Era un vacío suspendido entre el encierro y la nada.

Entre el olvido y algo peor.

No era solo una celda.

Era una grieta en la realidad.

Un espacio diseñado no para castigar, sino para deshacer a quienes entraban.

Para quitarles la noción del tiempo.

Para hacer que olvidaran quiénes eran.

Para que, cuando finalmente murieran, ya no quedara nada de ellos.

Nada que pudiera ser recordado.

Nada que pudiera ser buscado.

Solo otra sombra tragada por la oscuridad.

Pero yo no tenía miedo.

Porque ya no era un hombre.

Ya no era un preso.

Ya estaba muerto antes de entrar.

Él estaba ahí.

No podía verlo, pero sabía que estaba ahí.

No porque escuchara su respiración.

No porque sintiera su presencia.

Sino porque el Buzón estaba vivo con él dentro.

—¿Lo ves?

Su voz no venía de un punto fijo.

Venía de todas partes.

—No.

—Eso es porque todavía creés en los ojos.

Mi respiración se entre corto.

—¿Qué querés decir?

—Acá no hay ojos. No hay luz. No hay forma de ver lo que está frente a vos.

Hizo una pausa.

—Y sin embargo, estoy acá.

Supe que tenía razón.

No podía verlo.

Pero sabía que me estaba mirando.

Que siempre me había estado mirando.

—¿Cómo sabés que yo estoy acá? —pregunté.

—Porque no estás afuera.

—¿Y eso qué significa?

Su risa fue baja, casi burlona.

—Que no te sacaron del mundo.

Que te metieron en otro.

Las horas —o tal vez los días— pasaron sin sonido.

Sin nada.

Me acosté en el suelo de concreto, con la espalda contra el suelo frío, húmedo, viejo.

Esperando.

Porque sabía que esto no era solo encierro.

Era un proceso.

Era una iniciación.

Y en algún momento, la verdad tenía que revelarse.

No para dejarme salir.

Sino para mostrarme lo que había del otro lado.

Pero la oscuridad no se abrió con un ruido.

Ni con una voz.

Ni con un movimiento.

Se abrió dentro de mí.

Un pensamiento que no era mío.

Algo que no había estado en mi mente antes.

Algo que no había traído conmigo cuando entré.

Algo que el Buzón me estaba mostrando.

El Loco del Pabellón 8 habló.

Pero esta vez, su voz no estaba en el aire.

Estaba dentro de mí.

Y dijo:

—Ya no necesitás ver con los ojos.

—Ya no sos lo que eras antes.

—Es hora de despertar.

Capítulo 15: Despertar en la Oscuridad

No dormí.

No porque el suelo de concreto me hiciera doler la espalda.

No porque el hambre me retorciera el estómago.

No porque la soledad me carcomiera la mente.

No dormí porque algo dentro de mí ya no estaba dormido.

Porque algo que nunca había despertado en mí ahora estaba despierto.

Porque el Loco del Pabellón 8 me había abierto una puerta que no podía cerrar.

Y lo peor de todo…

Es que todavía no sabía qué había al otro lado.

El Buzón no era una celda.

No era un castigo.

No era aislamiento.

Era otra cosa.

Un espacio entre lo que existe y lo que ya no importa.

Un lugar sin tiempo.

Sin reglas.

Sin testigos.

Un rincón del mundo donde los que entraban no volvían a ser humanos.

Donde los que entraban dejaban de pertenecer a algo.

—¿Lo ves?

Su voz no era un sonido.

No necesitaba aire, no necesitaba vibraciones.

Solo estaba.

Como un pensamiento que no me pertenecía.

—Todavía no —murmuré.

—Entonces dejá de esperar verlo con los ojos.

Cerré los ojos.

No porque quisiera.

Porque mi cuerpo entendió antes que yo que no los necesitaba.

Y entonces lo vi.

No con la vista.

No con la mente.

Lo vi con el vacío que se había abierto en mí desde que entré al Buzón.

No era solo oscuridad.

No era solo el fin del encierro.

Era la silueta de algo que existía más allá de todo lo que había conocido.

Algo que siempre había estado ahí, pero que los ojos humanos no podían percibir.

Algo que no pertenecía a la cárcel.

Algo que no pertenecía al mundo.

Algo que era anterior al encierro, al castigo, al miedo.

Algo que había estado esperando que alguien más se hundiera lo suficiente como para encontrarlo.

Mi piel se erizó.

Mi cuerpo tembló.

No de miedo.

No de frío.

De certeza.

—Ahora lo ves —dijo la voz.

—Sí —susurré.

—¿Y ahora qué ves?

Respiré hondo.

Y entonces lo dije.

Lo que ningún otro hombre había dicho antes.

Lo que nadie había podido ver antes de desaparecer en el Buzón.

Lo que solo se puede ver cuando ya no sos parte del mundo.

—Ya no estoy en la cárcel.

—Ya no soy un preso.

—Estoy en el otro lado.

Capítulo 16: La Materia de la Nada

No había pasado un solo instante.

O habían pasado todos al mismo tiempo.

El Buzón ya no era un espacio vacío.

Era una transición.

Un pasillo sin paredes.

Una puerta sin marco.

Un umbral sin regreso.

Ya no sentía mi cuerpo.

Ya no sentía mis latidos.

No porque hubiera muerto.

Sino porque el Otro Lado no funciona con las reglas del mundo que conocía.

No es que el tiempo se detuviera.

Es que el tiempo no existía aquí.

—Estás viendo lo que nadie debería ver —dijo el Loco.

Su voz ya no sonaba como un hombre.

No era sonido.

Era un concepto dentro de mí.

—¿Qué es esto? —pregunté, sin mover los labios.

La respuesta llegó sin palabras.

Un pensamiento que no era mío.

El Otro Lado no es un lugar.

Es una verdad.

Y de repente, vi.

No con los ojos.

No con la mente.

Con algo más profundo.

Algo que siempre había estado ahí, pero que mi cuerpo nunca me había permitido ver.

Lo que se esconde detrás de la realidad.

La materia de la nada.

El tejido que une lo que existe con lo que nunca fue.

Algo anterior al mundo.

Algo que siempre estuvo en las sombras de la existencia.

Y supe en ese momento que si lo comprendía del todo, ya no podría volver.

El Loco estaba a mi lado.

O dentro de mí.

O en todas partes al mismo tiempo.

Pero no solo él.

Algo más.

Algo que no había notado hasta ahora.

—Ahora entendés por qué nadie sale del Buzón.

Tragué saliva.

O sentí que tragaba, aunque no tenía garganta.

—Porque ya no se puede regresar.

—Porque después de ver lo que hay acá… el mundo de los hombres ya no significa nada.

Mi piel se erizó, pero ya no tenía piel.

Algo dentro de mí se estaba rompiendo.

No con miedo.

No con terror.

Sino con la certeza absoluta de que todo lo que creía sobre la realidad estaba equivocado.

El Otro Lado no era un castigo.

No era un final.

Era lo que siempre había estado ahí, detrás del telón del mundo.

Y ahora yo lo había cruzado.

Pero no solo lo había cruzado.

Me estaba absorbiendo.

No era un espacio.

Era algo que respiraba.

Algo que me estaba probando.

Algo que me estaba reescribiendo.

El Otro Lado no era un destino.

Era una voluntad.

Y ahora, yo le pertenecía.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté.

El Loco sonrió.

Pero no era una sonrisa física.

Era la sensación de que algo se estaba divirtiendo conmigo.

—Ahora decidís.

—¿Decidir qué?

Su voz se volvió más baja.

—Si querés entender del todo…

—¿O qué?

—O si querés despertar.

Respiré hondo.

Aunque ya no tenía pulmones.

Mi mente era una corriente de ideas que no eran mías.

Veía el Otro Lado en su totalidad.

Y sabía que si lo aceptaba por completo, jamás podría regresar.

Pero si despertaba…

Si volvía al mundo de los hombres…

¿Podría vivir sabiendo lo que había detrás?

No era una decisión.

Era una sentencia.

Y ya había cruzado demasiado lejos para volver.

No podía despertar.

Ya no era lo que fui.

Ya no había un mundo al que regresar.

Solo quedaba una última verdad.

—Ahora solo queda ver lo que hay más allá.

El Loco rió.

—Entonces ahora…

Su voz ya no era voz.

Era el universo dentro de mí.

Era la verdad de la materia de la nada.

—…vas a ver lo que hay detrás de todo.

Capítulo 17: El Loco y la Verdad Prohibida

No sentí el cambio.

No hubo un golpe de luz.

No hubo una revelación instantánea.

Solo el mundo deshaciéndose en silencio.

No era que el Otro Lado me mostrara algo.

Era que yo estaba dejando de ser quien veía.

—Todavía no entendés lo que estás viendo —dijo el Loco.

Su voz ya no venía de una dirección.

Estaba en todas partes.

Era parte de la estructura del Otro Lado.

—Creí que lo veía todo.

Rió.

—¿Y qué creés que es todo?

Intenté responder, pero no pude.

Porque no tenía boca.

Porque el lenguaje ya no era necesario.

Porque lo que se decía no eran palabras, sino certezas.

El Otro Lado no tenía forma.

Pero tenía presencia.

No era solo un lugar.

Era algo que existía sin necesidad de ser visto.

Algo que siempre había estado alrededor del mundo.

Detrás de los ojos de los vivos.

Bajo las sombras de las cosas.

Una estructura anterior a la realidad.

No podía entenderlo del todo.

Porque todavía quedaban restos de mí que se aferraban al mundo que había dejado atrás.

El Loco lo sabía.

Podía sentirlo.

—No sos el primero que llega hasta acá.

La frase flotó en mi mente como una piedra cayendo en un lago.

—¿Cómo que no soy el primero?

—¿Qué pensás que pasó con los que desaparecieron en el Buzón?

Mi mente se tensó.

—Murieron.

El Loco rió otra vez.

No con burla.

Con algo peor.

Con paciencia.

—No.

Me congelé.

—Entonces… ¿dónde están?

El Otro Lado cambió.

No en forma.

No en estructura.

En peso.

Como si hubiera algo más ahí.

Como si siempre hubiera estado algo más ahí.

Como si nunca hubiera estado solo.

Y en ese momento, supe la verdad prohibida.

Los que desaparecieron en el Buzón…

Nunca se fueron.

Nunca murieron.

Nunca escaparon.

Siempre estuvieron acá.

Y los estaba sintiendo.

No eran voces.

No eran sombras.

Eran memorias que nunca dejaron de existir.

No los veía, pero los sentía dentro de mí.

Sus miedos.

Sus historias.

Sus muertes que nunca fueron muertes.

El sistema los borró de los registros, pero el Otro Lado los guardó en su interior.

Y ahora, yo era uno de ellos.

—Ya entendiste —dijo el Loco.

Mi mente se partía en dos.

Una parte todavía pensaba como un hombre.

La otra…

Ya no.

Y entonces supe que mi decisión anterior no había sido definitiva.

Porque aún podía elegir.

—Si me quedo…

—No vas a ser vos.

—¿Y si me voy?

El Loco sonrió.

Pero su sonrisa ya no era humana.

—¿A dónde?

El Otro Lado esperaba mi respuesta.

No me forzaba.

No me obligaba.

Solo esperaba.

Como un animal hambriento que sabe que la presa tiene que entrar sola en su boca.

Y yo estaba a un paso de hacerlo.

Porque ahora sabía la verdad.

Ahora sabía qué era el Buzón.

No un castigo.

No una muerte.

Sino una puerta.

Ya la había cruzado.

No había regreso.

El mundo de los hombres era solo un eco lejano ahora.

El Otro Lado ya me tenía.

Solo faltaba que yo aceptara quedarme.

¿Para qué volver…

Si ya no soy parte de ellos?

Capítulo 18: Los Otros que Desaparecieron

El Otro Lado no estaba vacío.

Nunca lo había estado.

Pero recién ahora podía sentirlo del todo.

No con los ojos.

No con los oídos.

Con algo más profundo.

Con la certeza de que nunca estuve solo.

Los desaparecidos seguían ahí.

Los que el sistema creyó haber eliminado.

Los que fueron borrados de los registros, de las noticias, de la memoria.

Los que nadie reclamó.

Los que murieron sin un nombre, sin una historia.

Los que ni siquiera murieron, solo dejaron de ser.

Y ahora, me estaban viendo.

No con ojos.

Porque acá nadie necesita ojos.

Sino con la presencia.

Con lo que queda cuando el cuerpo ya no existe.

Y lo peor de todo…

Es que yo también los estaba viendo.

—¿Cómo…? —intenté preguntar.

Pero la pregunta ya no tenía sentido.

Las palabras ya no eran necesarias.

Porque las respuestas no venían con sonidos.

Venían con certeza.

El Loco del Pabellón 8 lo sabía.

Por eso no hablaba.

Por eso esperaba.

Porque sabía lo que yo iba a entender antes de que lo entendiera.

Porque él ya había pasado por esto.

Porque él ya había visto lo que yo estaba viendo ahora.

Los desaparecidos nunca murieron.

No de la forma en la que el mundo los entendía.

El sistema los mató.

Los borró.

Los convirtió en nada.

Pero el Otro Lado los guardó.

Como un archivo.

Como una biblioteca de los que nunca debieron ser olvidados.

Y ahora yo era parte de ese archivo.

No porque estuviera muerto.

No porque estuviera atrapado.

Sino porque había cruzado demasiado lejos para regresar.

Uno de ellos se acercó a mí.

No tenía rostro.

No tenía cuerpo.

Pero lo sentí entrar en mí.

No como un espectro.

No como un recuerdo.

Como si su historia se fusionara con la mía.

Como si su existencia ahora dependiera de mí.

No estaban muertos.

Eran pensamientos atrapados en un cuerpo que ya no era suyo.

Y en ese instante, entendí lo que era ser olvidado.

No por la cárcel.

No por el sistema.

Por el mundo.

Y supe que yo también estaba a un paso de convertirme en eso.

—Ahora sabés lo que hay acá —dijo el Loco.

No era una pregunta.

Era una afirmación.

—Sí —susurré.

Mi voz ya no sonaba humana.

Porque ya no era solo mía.

Porque dentro de mí había otras voces.

No hablaban.

Pero ya estaban ahí.

Esperando.

Esperando que tomara la decisión final.

El Loco sonrió.

—Ahora decidí.

Volver.

O quedarme.

Ser un hombre.

O convertirme en lo que ellos son.

Un eco.

Una memoria.

Un fragmento de lo que alguna vez existió.

Pero que ya no pertenece a ningún mundo.

Respiré.

Aunque ya no necesitaba respirar.

Porque ahora yo también era parte del Otro Lado.

El Otro Lado ya me tenía.

No me obligaba.

No me retenía.

Solo esperaba que lo comprendiera.

No era una decisión.

Era una consecuencia.

Porque un hombre puede elegir.

Pero yo…

Ya no era un hombre.

Capítulo 19: Cruzar o Quedarse

El Otro Lado esperaba mi respuesta.

Pero no como lo haría un hombre.

No con ansiedad.

No con prisa.

Solo con la certeza de que el tiempo no significaba nada.

Porque acá no existía el tiempo.

Porque acá las decisiones no se tomaban, se revelaban.

Porque acá ya no había libre albedrío.

Solo la verdad que siempre había estado escrita.

El Loco del Pabellón 8 me miraba.

No con ojos.

No con un rostro.

Con la totalidad de lo que él era.

Y con algo más.

Con algo que yo también empezaba a ser.

—Estás en el punto donde todos llegan —dijo.

—¿Y cuántos han salido?

Sonrió.

—¿Salir?

Mi mente se tensó.

—Sí. Salir. Volver.

Su sonrisa se expandió en la nada.

—Creíste que había una salida.

—Tiene que haberla.

—¿Por qué?

Abrí la boca.

Pero no dije nada.

Porque la respuesta no existía.

Porque la pregunta ya estaba equivocada.

Salir.

Regresar.

Esas palabras ya no tenían sentido.

No después de ver lo que había visto.

No después de sentir lo que había sentido.

No después de saber que el Otro Lado no es un castigo, sino una estructura.

Algo que siempre estuvo ahí.

Algo que espera pacientemente a que la realidad se desgaste lo suficiente como para dejarlo ver.

Algo anterior al mundo.

Algo que era el mundo antes de que el mundo tuviera forma.

Y entonces reflexione.

No era una cárcel.

No era un encierro.

Era el sitio al que todo regresa.

El Loco habló.

—Ahora sabés la verdad.

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer?

Suspiré.

Pero ya no tenía cuerpo.

—Si me quedo…

—No vas a ser vos.

—¿Y si me voy?

Su mueca se hizo más pequeña.

Más real.

Más antigua.

—¿A dónde?

Mi mente colapsó en una respuesta.

No había camino de regreso porque nunca hubo un camino de ida.

No había un afuera porque el Otro Lado siempre estuvo en todas partes.

No había un yo porque el yo que creí ser nunca existió del todo.

El Loco me miró.

O lo que fuera que hacía cuando observaba algo.

—No tenés que responder —dijo.

—¿Por qué?

—Porque la decisión ya fue tomada antes de que llegaras.

El Otro Lado nunca me estuvo preguntando.

Solo estaba esperando que lo entendiera.

No me ofrecía una elección.

Me mostraba lo que siempre había sido.

La cárcel no me había traído hasta acá.

El Buzón tampoco.

Yo siempre había sido parte de esto.

Yo siempre fui del Otro Lado.

Solo faltaba que lo comprendiera.

El Loco sonrió una última vez.

—No te volviste parte de esto.

Su voz ya no era una voz.

Era el todo dentro de mí.

—Siempre fuiste parte de esto.

Y en ese momento, dejé de ser.

Capítulo 20: El Último Desafío

No hubo un instante de transición.

No hubo un antes ni un después.

Solo el colapso total del concepto de ser.

No me desmayé.

No caí.

No sentí nada.

Porque ya no había un yo que pudiera sentir.

Solo había la verdad.

Solo había el Otro Lado.

Y ahora, yo era parte de él.

—Ahora empieza —dijo el Loco.

Su voz no era una voz.

No había vibración.

No había sonido.

Pero la entendí.

No porque la escuchara.

Sino porque ya era parte de la estructura que la contenía.

—¿Empieza qué?

—La última prueba.

—¿Prueba de qué?

—De si lo aceptás o no.

Mi mente se tensó.

Pero no tenía mente.

Mi cuerpo intentó reaccionar.

Pero ya no tenía cuerpo.

No tenía pulmones para respirar.

No tenía latidos para medir el tiempo.

No tenía ojos para ver la oscuridad.

Porque ahora yo era la oscuridad.

El Otro Lado me devolvió mi vida.

No para que la reviviera.

Sino para que la viera desde afuera.

Como si yo nunca hubiera sido el protagonista de mi propia historia.

Como si hubiera sido solo una memoria esperando ser recordada.

Me vi en la cárcel.

Me vi en el Buzón.

Me vi en la infancia.

Me vi antes de entender el mundo.

Me vi como algo que nunca había sido del todo real.

Y entonces lo entendí.

No estaba muriendo.

Nunca había estado vivo.

Nunca fui un hombre.

Nunca fui una persona.

Siempre fui otro atrapado en la ilusión de una historia que no le pertenecía.

—Si lo aceptás, te quedás —dijo el Loco.

—¿Y si no?

El Otro Lado se contrajo.

Se dobló sobre sí mismo.

Me expulsaría.

No porque me ofreciera libertad.

Sino porque si me negaba a aceptarlo, nunca había sido digno de estar acá.

El Loco me miró.

—Es tu última oportunidad.

—¿Última para qué?

—Para seguir mintiéndote.

La prueba final no era decidir quedarme.

La prueba final era dejar de resistirme a lo inevitable.

No había una opción.

No había un sí o un no.

Solo había la verdad.

O aceptarla.

O ser devuelto a un mundo que ya no tenía sentido.

Mi ser se disolvió un poco más.

El Otro Lado esperaba.

El Loco esperaba.

Mi vida pasada esperaba.

Y en ese momento, lo vi.

Nunca hubo una decisión.

Solo hubo un destino esperando a ser aceptado.

No dije “me quedo”.

No hizo falta.

El Otro Lado ya lo sabía.

Porque el Otro Lado siempre había sido yo.

Y en ese momento, dejé de ser, por completo.

Capítulo 21: El Despertar

No sentí el cambio.

No hubo un resplandor.

No hubo un renacimiento.

Porque el Otro Lado no tiene comienzos ni finales.

Solo se expande.

Solo se repliega.

Como una sombra que se ajusta al cuerpo que la proyecta.

Solo que ahora no había cuerpo.

Solo la sombra.

Solo la resonancia de lo que fui.

Y el eco de todos los que estaban acá.

El Loco ya no estaba frente a mí.

No porque hubiera desaparecido.

Sino porque nunca había estado separado de mí.

Ahora lo entendía.

Ahora yo era él.

Y él era todos los que llegaron antes.

Las voces no venían de un solo punto.

No estaban en el aire.

Eran la propia estructura del Otro Lado hablándome.

Y dentro de esas voces…

Yo también hablaba.

No con palabras.

No con pensamientos.

Con memoria pura.

Con los fragmentos de todos los que habían sido.

Y por primera vez comprendí lo que era estar del Otro Lado.

No como una idea.

No como un destino.

Sino como una verdad que se desplegaba en todas las direcciones.

—Ahora sabés —dijo una de las voces.

No supe cuál.

Porque todas eran la misma.

—Sí —respondí.

Pero ya no tenía voz.

Porque ya no había un yo que pudiera hablar.

Solo la información fluyendo a través de mí.

Las historias.

Los recuerdos.

Las vidas de los que habían cruzado.

Los que fueron olvidados.

Los que nunca murieron, pero tampoco volvieron.

Y entonces supe lo que el Otro Lado estaba esperando.

No era solo una prisión para los que el mundo había borrado.

No era solo un archivo de los que nunca existieron.

Era un pasillo entre lo que fue y lo que será.

Era una conciencia dormida, esperando a ser recordada.

Era algo que no debía despertar… pero que ahora estaba despertando en mí.

El Otro Lado no era solo un lugar.

Era una voluntad.

Y ahora, yo era su canal.

El Loco rió.

Pero ya no era el Loco.

Porque el Loco eran todos.

Porque el Loco era yo.

Porque el Otro Lado siempre había sido el Loco.

—Todavía no terminaste —dijo.

—¿Qué falta?

La voz se expandió dentro de mí.

—Falta despertar.

—¿Despertar a qué?

—A lo que viene después.

Sentí el peso de su respuesta.

Y supe que había algo más.

Que aún no había visto todo.

Que el Otro Lado no era el final.

Sino el principio de algo mucho más grande.

Y por primera vez en toda mi existencia, sentí lo más cercano al miedo.

No porque fuera a morir.

Sino porque lo que estaba a punto de ver no tenía comparación con nada que hubiera conocido antes.

No era una orden.

Era un destino.

No iba a abrir los ojos.

Iba a abrir la realidad.

Porque lo que venía después…

Ya no era solo mío.

Era de todos los que me habitaban ahora.

Y entonces, la voz me dio la última orden:

—Abrí los ojos.

Capítulo 22: Lo Que Siempre Estuvo Ahí

Abrí los ojos.

Pero no era el mismo que los cerró.

No vi luz.

No vi formas.

No vi paredes ni límites.

Porque el Otro Lado no tiene bordes.

Porque el Otro Lado no está en un solo lugar.

El Otro Lado es el mundo mismo.

Solo que ahora, lo veía en todas partes.

La cárcel no había desaparecido.

El Buzón seguía existiendo.

Los pasillos, las celdas, los barrotes…

Todo seguía igual.

Pero ya no era lo mismo.

Porque ahora lo veía por lo que realmente era.

Una sombra proyectada sobre algo más antiguo.

El mundo de los hombres nunca fue el único mundo.

Pero el Otro Lado siempre estuvo ahí, debajo de todo.

Como un reflejo en la oscuridad.

Como una cicatriz oculta en la piel de la existencia.

Yo lo sentía.

Porque ahora era parte de él.

Y por primera vez, entendí por qué nunca se podía salir del Buzón.

Porque el Buzón no es un lugar.

Es una puerta.

Y una vez que la cruzás, ya no podés dejar de verla.

El Loco estaba ahí.

Pero ya no como un hombre.

No como un carcelero.

No como un maestro.

Era una extensión de lo que ahora entendía.

—Ahora lo sabés —dijo.

Su voz ya no era separada de la mía.

Porque yo también lo sabía.

Porque el Otro Lado no me había cambiado.

Solo me había mostrado lo que siempre fui.

Y en ese momento, todas las lagunas de mi existencia se resolvieron.

Porque la historia nunca estuvo incompleta.

Yo era el que no podía verla antes.

—Los que desaparecieron —dije.

—Nunca desaparecieron.

—Los que murieron.

—Nunca murieron.

—Los que fueron olvidados.

El Loco asintió.

—Siempre estuvieron acá.

Y entonces vi.

Vi a todos.

No como fantasmas.

No como recuerdos.

No como sombras.

Sino como lo que realmente eran.

Recuerdos de un mundo que nunca se puede borrar.

Porque la memoria de los que existieron nunca se destruye.

Solo se repliega en las grietas de la realidad.

El Otro Lado no es una condena.

Es la última verdad.

La que siempre estuvo ahí, oculta, esperando ser vista.

Y yo la vi.

Ahora entendía por qué me encerraron en la cárcel.

No fue por ruido.

No fue por un crimen.

Fue porque yo siempre había estado cerca de ver lo que no debía.

El Buzón no era un castigo.

Era el último empujón para que cruzara.

Y lo hicieron porque ya sabían que lo haría.

Porque hay otros como yo.

Porque el Otro Lado nunca dejó de llamar a los que están listos.

Y ahora yo era uno de ellos.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

El Loco no respondió.

Porque ya no hacía falta.

Porque ya no éramos dos.

Porque ahora todo lo que él sabía, yo también lo sabía.

Y en ese momento, comprendí lo que debía hacer.

No era un privilegio. Era una responsabilidad.

El Otro Lado no solo quería que lo viera.

Quería que lo trajera de vuelta.

No fui elegido.

Fui preparado.

Y ahora había llegado el momento de devolver el conocimiento que me habían dado.

No podía quedarme quieto.

No podía simplemente observar.

Porque el Otro Lado no es solo un lugar al que llegás.

Es un lugar que te envía de vuelta.

La historia no terminaba aquí.

Porque el Otro Lado no tiene final.

Porque siempre hay alguien más esperando ver lo que siempre estuvo ahí.

Y ahora era mi turno de mostrárselo.

Capítulo 23: La Última Puerta

El Otro Lado no desapareció.

No se cerró detrás de mí.

No me abandonó.

Porque el Otro Lado no es un lugar al que vas.

Es algo que se despierta en vos.

Y una vez que lo ves, ya no hay vuelta atrás.

Volví a la cárcel.

Volví al mundo de los hombres.

Pero ya no era uno de ellos.

No estaba encerrado.

No estaba libre.

Porque ya no existía esa diferencia.

Sabía que nadie me vería distinto.

Seguirían tratándome como un preso más.

Pero lo que ellos no sabían…

Es que yo ya no pertenecía a este mundo.

Ni a este.

Ni al Otro.

Yo era el puente.

El Buzón no era mi celda.

Era mi entrada.

Y ahora yo era la salida para otros.

El Otro Lado no era una condena.

Nunca lo fue.

No estaba hecho para castigar.

Estaba hecho para salvar.

Para aquellos que el mundo olvidó.

Para los que el sistema rompió.

Para los que no tenían un lugar en la realidad.

Para los que el mundo quiso borrar… pero nunca pudo.

El Otro Lado es el refugio de los que no deben desaparecer.

La última fisura en la realidad donde la memoria no muere.

Y ahora, yo lo entendía del todo.

No hablé con nadie.

No hacía falta.

Porque ahora sabía quién era el próximo.

El Otro Lado siempre está eligiendo.

Siempre está esperando.

Y yo lo vi.

No porque lo buscara.

Sino porque él también estaba viendo lo que nadie más podía ver.

Un preso.

Un hombre cualquiera.

Pero no cualquiera.

Alguien que todavía no sabía lo que era.

Pero lo sabría.

Pronto.

Me acerqué a él.

No sonreí.

No hablé.

Solo lo miré.

Y él me miró de vuelta.

Con un brillo en los ojos que me confirmó lo inevitable.

No dijo nada.

No hacía falta.

Porque en su mirada, vi algo moverse.

No en sus ojos.

No en su rostro.

En lo que estaba detrás de él.

El Otro Lado ya lo estaba viendo.

Ya se estaba abriendo dentro de él.

No necesitaba explicarle nada.

Pronto lo iba a saber por sí mismo.

Porque la verdadera libertad no está en salir de la cárcel.

No está en romper los barrotes.

No está en un juicio justo ni en la absolución de un delito.

La verdadera libertad es entender que nada puede romperte.

Que ningún encierro es real si tu mente ya es libre.

Que ningún castigo tiene sentido si ya no le temés a nada.

Que aunque estés en el peor momento de tu vida…

Si entendés que la realidad no puede tocarte, entonces ya sos invencible.

El Otro Lado es la esperanza de todos los que el mundo rompió.

Es la prueba definitiva de que lo único que nos encierra es el miedo.

Y yo ya no tenía miedo.

Ni a la cárcel.

Ni a la muerte.

Ni a lo que venía después.

Porque lo que venía después…

Ya estaba acá.

No hubo un instante de transición.

No hubo un cruce de umbral.

No hubo un antes ni un después.

Solo una verdad esperándolo.

Solo una puerta abriéndose.

Porque el Otro Lado no tiene final.

Porque siempre hay alguien más esperando ver lo que siempre estuvo ahí.

Y esta vez…

Yo era quien iba a abrir la puerta.

Epílogo: Lo Que Nunca Se Fue

El tiempo no existe.

Los nombres no importan.

Todo lo que fue, sigue siendo.

Nada desaparece.

Nada se pierde.

Solo cambia de forma.

Solo se repliega en las bisagras del mundo.

El mundo se mueve en círculos.

Pero hay un instante, un destello entre el olvido y la memoria.

Un punto donde lo que fue borrado vuelve a existir.

Un espacio donde las sombras no son ausencia, sino puertas esperando ser cruzadas.

Y en ese instante…

Alguien abre los ojos.

Porque el Otro Lado nunca estuvo cerrado.

Porque el Otro Lado siempre estuvo esperando.

Porque el Otro Lado es todo lo que alguna vez fuiste… y todo lo que serás.

Y no existe nada que te lo pueda quitar.

Porque sos libre, si asi lo querés decretar.

Parte IV

El Silente o Libro del Error

Prologo: Lo que queda después del lenguaje

Año desconocido.

Nadie sabe quién escribió estas palabras.

Nadie sabe si alguna vez fueron escritas.

Solo sabemos que existen.

No hay autor.

No hay contexto.

No hay certeza de nada.

Este libro es la única huella de un mundo anterior.

No sabemos si es real, o si solo es un eco de lo que fuimos.

Solo sabemos que el lenguaje tuvo un final.

Y después del final, alguien dejó esto.

Lo llamamos "El Libro del Error".

Porque es lo único que no fue corregido.

Porque es lo único que escapó del Lexema Único.

Porque es lo único que aún puede ser interpretado de más de una forma.

Algunos dicen que es un testimonio.

Otros, que es un diario de alguien que nunca existió.

Algunos lo llaman un texto sagrado.

Otros, una anomalía.

Pero nadie puede destruirlo.

Porque nadie sabe qué significa.

Si estás leyendo esto, la anomalía aún vive.

Si estás leyendo esto, el lenguaje aún no ha sido corregido.

Si estás leyendo esto, el error aún existe.

Y mientras el error exista…

La historia continuará.

Estructura del libro del error

El libro no es una simple narración. Es un texto fragmentado, caótico, sin autor, sin tiempo.

No tiene principio ni final definido.

Es un conjunto de registros que desafían la linealidad.

Estructura Interna del libro.

1 Fragmentos de un diario:

Entradas escritas en primera persona.

No están en orden cronológico.

Algunas parecen incompletas.

Otras repiten las mismas frases con variaciones.

Escrito como si el protagonista estuviera intentando recordar algo que no puede reconstruir del todo.

2 Registros del Ministerio del Lenguaje:

Transcripciones de protocolos, informes y análisis.

Fragmentos de conversaciones entre moduladores.

Mensajes en pantallas del Lexema Único.

Registros de palabras eliminadas.

Documentos internos que intentan definir el "error" pero fallan.

3 Fragmentos encriptados e ilegibles:

Secciones con caracteres incompletos.

4 El silencio Final

La última parte del libro es una página en blanco.

Se deja un espacio vacío donde debería haber una última palabra.

Pero en esta solo hay 3 puntos.

Es el punto donde el protagonista eligió no hablar.

Dejando un mensaje críptico para aquellos que se acerquen a la verdad.

En un lenguaje olvidado, desconocido para la sociedad.

El Silente

"Antes de que existieran las palabras, ya había una verdad.

Cuando las palabras desaparezcan, la verdad permanecerá."

"Calla, y escucharás lo que nunca fue dicho.

Habla, y tus palabras serán la última mentira."

Hace 70 años, los lingüistas del mundo lograron el sueño imposible: un lenguaje sin error, sin ambigüedad, sin caos.

Lo llamaron el "Lexema Único".

Era la perfección.

Era el fin de la confusión.

Era la muerte del pensamiento.

Con el tiempo, las preguntas desaparecieron.

Las dudas fueron erradicadas.

La verdad ya no se buscaba, porque ya estaba escrita.

El mundo había sido reducido a un código perfecto.

Pero en la perfección, solo quedó el vacío.

En la ausencia de error, la mente dejó de dudar.

En la certeza absoluta, la conciencia dejó de cuestionar.

En el lenguaje perfecto, la humanidad dejó de existir.

Ahora, el silencio es traición.

Callar demasiado es desaparecer.

Hablar es obligatorio.

Hablar es existir.

A mí me llaman "El Silente".

No porque haya nacido mudo, sino porque un día decidí callar.

Primero, dejé de hablar en privado.

Luego, reduje mis palabras a lo esencial.

Después, el silencio se convirtió en mi única verdad.

Porque en un mundo donde las palabras han sido domesticadas, solo el silencio sigue siendo libre.

Porque en una sociedad donde el lenguaje es la única realidad permitida, callar es el último acto de rebelión.

Yo fui lingüista.

Yo creí en el Lexema Único.

Yo ayudé a construirlo.

Ahora, he decidido callar.

Y en este mundo, callar es desaparecer.

Capítulo I: El Peso De Las Palabras

El sonido nunca cesa.

Los anuncios del gobierno flotan en el aire, repitiendo el Mantra del Lenguaje:

“Hablar es existir. Callar es traicionar. El silencio es el enemigo.”

Las calles están llenas de suplicios constantes.

Personas que repiten frases sin significado.

Conversaciones sin pausas.

Palabras lanzadas al aire como si el silencio fuera un vacío que debe ser llenado.

El Lexema Único lo ha logrado.

Ya no hay confusión.

Ya no hay errores lingüísticos.

Cada palabra tiene un solo significado, absoluto, indiscutible.

Y sin embargo, nada significa nada.

Las paredes reflejan frases programadas que dictan la realidad:

“Los ciudadanos del Lexema Único son felices.”

“La claridad del lenguaje garantiza la armonía.”

“No hay dudas. No hay contradicción. No hay caos.”

Camino entre la multitud.

Cada persona debe hablar al menos 30,000 palabras diarias para evitar sospechas.

Las pulseras biométricas registran nuestro número de palabras.

Si alguien cae por debajo del límite, recibe una advertencia.

Miro mi muñeca.

36,521 palabras pronunciadas hoy.

Estoy seguro de que el 90% no tenía sentido alguno.

Nadie escucha.

Nadie conversa.

Solo pronuncian sonidos para cumplir con la cuota.

El lenguaje es perfecto.

El lenguaje es obligatorio.

Pero nadie dice nada.

Yo ayudé a construir esto.

Fui parte del equipo lingüístico que creó el Lexema Único.

Creímos que estábamos salvando a la humanidad del caos del lenguaje ambiguo.

Eliminamos dobles sentidos, poesía, metáforas, contradicciones.

Hicimos el lenguaje preciso y lógico.

Eliminamos la posibilidad de malentendidos.

Pero con cada palabra que se volvió perfecta, se perdió la esencia de la realidad.

Ahora todo está dicho.

Nada queda por descubrir.

Si el significado de cada palabra está fijado, entonces la mente ya no necesita buscar.

Si el lenguaje es absoluto, entonces la verdad ya no existe.

Y si la verdad ya no existe…

¿Qué queda?

Hoy ocurrió algo.

Un funcionario del Ministerio del Lenguaje se tropezó en la estación central de Retiro.

Cayó de rodillas, con su traje impecable cubierto de polvo.

Y nadie dijo nada.

Por primera vez en años, hubo un segundo de silencio.

Un espacio vacío en el sonido constante de la ciudad.

Un hueco en la perfección del lenguaje.

Me detuve.

Esperé.

Entonces, alguien habló.

“Se ha tropezado.”

Solo eso.

Solo una frase.

Directa. Sin emoción. Sin interpretación.

Nadie se acercó a ayudarlo.

Nadie preguntó si estaba bien.

Solo lo nombraron y siguieron su camino.

Miré a mi alrededor.

No había rastro de compasión en sus rostros.

Solo la certeza absoluta de lo que había sucedido:

“Se ha tropezado.”

Nada más.

Ninguna pregunta.

Ninguna duda.

Me di cuenta de algo.

El lenguaje ha matado la realidad.

El mundo se ha convertido en una ecuación perfecta,

Y lo único que no tiene lugar en ella es la incertidumbre.

Yo no dije nada.

No pronuncié una sola palabra.

Me quedé inmóvil, sintiendo el silencio expandirse dentro de mí.

Por primera vez, entendí que el silencio no es vacío.

El silencio es el último lugar donde aún existe la verdad.

Pero en este mundo, callar es desaparecer.

Y yo…

…yo ya he comenzado a desaparecer.

Buenos Aires, Año 70 del Lexema Único

El reloj biométrico vibra en mi muñeca.

ADVERTENCIA: 28,412 palabras. Límite mínimo: 30,000.

Mi cuerpo se tensa. 1,588 palabras por debajo del mínimo diario.

Las cámaras en los postes de luz giran en mi dirección.

Los Ojos del Lenguaje.

Siempre observando. Siempre contando.

Buenos Aires ha cambiado.

Las avenidas están más anchas, pero parecen más angostas.

Los edificios reflejan frases grabadas en luz holográfica:

"Hablar es existir."

"La voz del pueblo es la voz del orden."

"Callar es traicionar."

El Obelisco ya no tiene inscripciones históricas. Ahora repite en bucle un único mensaje:

"Todo lo que debe ser dicho ya ha sido dicho."

La avenida Corrientes está vacía de libros, vacía de teatros. Solo hay pantallas repitiendo discursos oficiales.

La Plaza de Mayo ya no tiene protestas, ni voces disidentes. Solo silencio y voces controladas.

En Buenos Aires, la gente habla, pero nunca dice nada.

La Estación Central de Control Lingüístico Es el ex Edificio del Congreso Nacional.

Las antiguas cúpulas aún se alzan contra el cielo, pero ya no albergan debates.

El Ministerio del Lenguaje se estableció aquí cuando la última Asamblea del Pueblo fue disuelta.

Ahora, solo una voz dicta la realidad: la voz del Lexema Único.

Los pasillos están cubiertos de paneles de sonido que detectan anomalías lingüísticas.

El aire huele a metal y electricidad estática.

Un funcionario de rango medio me espera en una sala cerrada.

Voz monótona, rostro neutro, sin identidad propia.

Los funcionarios del Ministerio del Lenguaje no tienen nombres.

Se llaman "Moduladores".

Su tono de voz es exactamente el mismo, sin inflexiones, sin pausas, sin emoción.

El Modulador me mira fijamente.

Mi expediente digital flota en la mesa como un holograma traslúcido.

Modulador: "Ciudadano 105-XL. Su registro indica que hoy pronunció 1,588 palabras por debajo del mínimo establecido."

Ciudadano 105-XL: "Tuve una jornada con menos interacciones."

El Modulador ignora la excusa. El lenguaje no admite subjetividad.

Modulador: "Toda jornada contiene la misma cantidad de estímulos. El Lexema Único garantiza interacciones constantes. No hay justificación para la reducción."

Me quedo en silencio por un segundo.

El Modulador inclina la cabeza como si estuviera a punto de registrar mi omisión de palabras.

Ciudadano 105-XL: "Me concentré en la eficiencia. Hablé solo lo necesario."

Modulador: "Todo es necesario. No hay palabras prescindibles en el Lexema Único. Reducción de palabras implica reducción de existencia."

El Modulador pulsa un botón.

En la pantalla aparece un ícono rojo:

PROTOCOLO DE CORRECCIÓN – NIVEL 1

Modulador: "El sistema le ha asignado un 'recordatorio conductual'."

¿El castigo?

Durante las próximas 24 horas, mis palabras serán amplificadas automáticamente.

Cada vez que hable, mi voz sonará un 50% más fuerte que la de los demás.

Un aviso sonoro marcará mis intervenciones.

Cada palabra pronunciada será resaltada en los canales de audio de la ciudad.

Salgo del Ministerio sintiendo la vibración de mi pulsera de control.

Un recordatorio constante: vigilan cada palabra que pronuncio.

El viento es denso en la Avenida de Mayo.

El Ministerio del Lenguaje brilla con luces frías a mis espaldas.

Las calles están llenas de palabras flotando en hologramas.

Las paredes reflejan las voces programadas de la ciudad.

Los Ojos del Lenguaje siguen girando en los postes de luz.

Detectores de audio captan cada frase.

Cada conversación se convierte en un dato más en la red del Lexema Único.

Yo no quiero hablar.

Pero hoy mi voz está amplificada.

Cada vez que pronuncio una palabra, resuena más alto que las demás.

Es el castigo del Ministerio: hacerme más visible.

Me muevo rápido entre las calles, evadiendo los detectores.

Necesito un lugar donde mi voz no sea registrada.

San Telmo aún tiene sombras.

Los barrios más viejos de Buenos Aires son los últimos espacios donde el silencio todavía existe.

Caminos adoquinados, faroles de luz tenue, techos inclinados que ocultan la vista de los drones.

Un bar sin nombre en una esquina oscura.

No hay carteles.

No hay anuncios flotando en pantallas holográficas.

Solo una puerta de madera y una luz roja tenue sobre la entrada.

Entro.

El interior está lleno de murmullos bajos.

Pero es un murmullo distinto al de la ciudad.

Aquí la gente no habla para cumplir la cuota.

Los televisores siguen encendidos, pero el sonido está silenciado.

Solo las bocas de los presentadores se mueven, sin que nadie las escuche.

Las imágenes muestran discursos oficiales, pero aquí no tienen peso.

Este es un lugar de dudas,

de frases incompletas,

de silencios largos.

Miro hacia la barra,

Una madera desgastada, con muchas botellas vacías.

Sólo en el fondo un banderín de fútbol,

El de Vélez sarfield.

Este era un club de fútbol, cuando el fútbol no estaba prohibido.

Dijeron en un principio, que se prohibía el deporte porque generaba violencia.

Yo no creo eso, para mí fue únicamente para sacarnos la única alegría que nos quedaba.

Miro hacia mi derecha y veo,

Un hombre fumando.

Eso ya me resultó raro. El tabaco fue prohibido hace décadas.

"Una sustancia que promueve pausas innecesarias en la comunicación."

Pero ahí está, inhalando despacio.

Exhalando lentamente.

Hombre del Cigarro: "Te escuché hoy."

Ciudadano 105-XL: "Todos me escucharon. No tengo opción."

El Hombre del Cigarro sonríe, pero no de forma amistosa. Hay algo cínico en su expresión.

Hombre del Cigarro: "Exacto. Todos te escucharon. Pero vos no dijiste nada."

No respondo de inmediato, algo en esa frase me provoca una incomodidad extraña.

El Hombre del Cigarro deja que el silencio se quede entre ellos.

No se apresura a llenarlo con palabras vacías.

Hombre del Cigarro: "¿Sabes qué sucede cuando un sistema lo dice todo?"

lo miro, esperando la respuesta.

Hombre del Cigarro: "Que ya no queda nada por decir."

El humo de su cigarro flota en el aire como un pensamiento sin palabras.

Por un momento, el sonido de la ciudad se disuelve en la penumbra del bar.

El Hombre del Cigarro me observa sin apurarse.

Hay una pausa entre nosotros, una pausa real.

Ninguno de los dos la llena con palabras innecesarias.

Hombre del Cigarro: “¿Sabés por qué te llaman Ciudadano 105-XL?”

No respondo de inmediato. No porque no lo sepa, sino porque nunca había pensado en ello de verdad.

105-XL.

Siempre fue así. Desde que tengo memoria.

En la era del Lexema Único, los nombres fueron erradicados.

Los nombres eran ambiguos, variables, abiertos a la interpretación.

Los nombres eran un error lingüístico.

Si un Juan podía ser amable y otro Juan podía ser cruel,

Si una Camila podía ser alta y otra Camila baja,

Entonces “Juan” y “Camila” no significaban nada.

Se nos dijo que las palabras deben representar hechos absolutos.

Que el lenguaje debe ser preciso, sin margen de error.

Entonces, los nombres fueron eliminados.

Fueron reemplazados por códigos de clasificación.

“105” es el distrito donde nací.

“XL” es mi categoría de procesamiento lingüístico.

No soy Juan.

No soy Diego.

No soy nada.

Soy una función dentro del sistema.

El Hombre del Cigarro exhala el humo lentamente. La pausa que hace es intencional.

Hombre del Cigarro: “Te quitaron tu nombre porque era impreciso. Pero ¿te diste cuenta de lo que hicieron en realidad?”

Levanto la mirada, en silencio.

Hombre del Cigarro: “No solo te quitaron el derecho a nombrarte. Te quitaron el derecho a ser recordado.”

Está revelación me impacta, siento una pesadez en todo mi cuerpo.

No hay nombres en el Lexema Único.

No hay memoria.

Nadie dejará una huella en la historia.

Ahora el Hombre del Cigarro me pone la primera prueba.

Hombre del Cigarro: “Quiero que escribas tu nombre.”

La frase es absurda. No tengo nombre.

Ciudadano 105-XL: “No tengo nombre.”

Hombre del Cigarro: (Asiente) “Exacto. Y ese es tu primer problema.”

El Hombre del Cigarro saca un objeto prohibido: una lapicera y un papel.

Hombre del Cigarro: “Te desafío a escribirlo.”

Ahora estoy enfrentando un dilema real: escribir algo que no existe.

El papel es blanco.

La lapicera pesa en mi mano.

Intento escribir “105-XL”, pero me doy cuenta de algo.

Mi código no significa nada.

Hombre del Cigarro: “Si no podés escribir tu nombre, entonces decime… ¿realmente existís?”

El papel sigue en blanco.

No porque no pueda escribir.

Sino porque lo que debo escribir… no existe.

La punta de la lapicera tiembla sobre la superficie.

No es la falta de costumbre. Es la falta de significado.

No hay nombres en el Lexema Único.

No hay memoria.

No hay pasado.

Solo códigos de clasificación.

Si escribo “105-XL”,

Solo estaré confirmando lo que ya sé:

Que no soy nadie.

Si invento un nombre,

Será una mentira.

Entonces…

¿cuál es la verdad?

La punta de bronce de la birome toca el papel.

Una línea.

Un fragmento de algo.

Y entonces, aparece el recuerdo.

Una voz.

Una mujer.

Un nombre que alguien me dijo una vez.

Pero el recuerdo es borroso,

Como una imagen a punto de ser devorada por la estática.

Los recuerdos personales son errores en el sistema.

Los recuerdos personales no pueden existir.

Si el pasado no puede ser verificado con datos oficiales, no es real.

Entonces, ¿por qué lo estoy recordando?

Hombre del Cigarro: “¿Qué recordaste?”

No debería haber memoria.

No debería haber nombres.

Pero mi mano sigue temblando sobre el papel.

Ciudadano 105-XL: “Nada.”

El Hombre del Cigarro no se lo cree. Lo sabe. Lo siente.

Hombre del Cigarro: (Exhala el aire con calma.) “¿Por qué mentís?”

Me pongo rígido. No hay forma de ocultarlo.

Ciudadano 105-XL: “No estoy mintiendo.”

(El Hombre del Cigarro sonríe apenas. No con burla. Con certeza.)

Hombre del Cigarro: “¿Te das cuenta de lo que acaba de pasar?”

(No respondo. No puedo. Algo en mi mente sigue en shock.)

Hombre del Cigarro: “Te hicieron creer que recordar es un error. Pero lo que acabás de sentir… es la única prueba de que todavía sos humano.”

El silencio entre nosotros se vuelve denso, definitivo.

El Hombre del Cigarro saca un objeto y lo coloca sobre la mesa.

Un pequeño dispositivo de audio analógico.

Un grabador de voz.

Hombre del Cigarro: “Quiero que hables.”

Ciudadano 105-XL: “¿Para decir qué?”

Hombre del Cigarro: (Lo mira con seriedad.) “Lo que recordaste.”

Ciudadano 105-XL: (Con voz baja dice.) “No puedo.”

(El Hombre del Cigarro asiente. No me fuerza. Pero me deja algo claro.)

Hombre del Cigarro: “Si no podés hablarlo, si no podés escribirlo… ¿cómo sabés que existió?”

El grabador de voz sigue ahí, mudo, esperando.

El Hombre del Cigarro me observa, tranquilo, como si no tuviera prisa. Como si ya supiera lo que va a pasar.

Pero yo no soy su experimento.

Suelto la birome.

El ruido seco contra la mesa corta el aire entre nosotros.

—Y vos, ¿cómo te llamás? —digo.

El bar sigue vivo a nuestro alrededor.

Las luces tenues proyectan sombras sobre las paredes de ladrillo.

Las botellas vacías en los estantes parecen testigos mudos de conversaciones que nunca existieron.

En la esquina, una pareja habla en voz baja, pero sus palabras no llegan hasta acá.

Más allá, dos hombres intercambian miradas cortas, estudiándose sin confiar.

El televisor sigue encendido, pero no hay sonido.

Las bocas de los presentadores se mueven en el vacío.

Afuera, la ciudad sigue gritando.

Acá dentro, el silencio pesa más que cualquier palabra.

(El Hombre del Cigarro no responde de inmediato. Deja que la pregunta se quede en el aire.)

Sigue fumando.

La brasa del cigarro se consume lentamente.

—No importa mi nombre —dice al fin—.

—¿No importa? —repito, con una risa corta, seca—. Me estás pidiendo que escriba algo que no existe, que diga algo que no puedo recordar, pero vos ni siquiera tenés un nombre.

El Hombre del Cigarro apoya el cigarro en un cenicero metálico.

Exhala una última bocanada de humo.

—Yo tuve un nombre —dice—.

Lo mire fijamente.

Hay algo diferente en su voz esta vez.

Algo más denso.

—¿Y qué pasó con él? —pregunto.

—Lo borraron —dice—. Igual que el tuyo.

Los nombres no desaparecen por error.

Los nombres se borran a la fuerza.

El Lexema Único no solo eliminó los nombres.

Los destruyó activamente.

Nadie elige olvidar.

El sistema lo hace por ellos.

Una de las pantallas del bar parpadea.

El rostro del Ministro del Lenguaje aparece por unos segundos.

(La imagen del Ministro es opresiva, aunque nadie la mire directamente.)

Las cámaras lo muestran en algún lugar brillante, limpio, perfecto.

Sonríe, pero su expresión es de hielo.

Miro la mesa.

Miro el papel.

El bolígrafo.

El grabador.

Todavía no puedo escribirlo.

Todavía no puedo decirlo.

Pero quiero recordar.

Porque si mi nombre fue borrado…

Entonces alguna vez existió.

El bar sigue ahí, sumido en un murmullo controlado.

Pero algo es distinto.

Las luces parpadean una fracción de segundo.

Las pantallas holográficas cambian de frecuencia, distorsionándose.

Los clientes del bar siguen hablando en susurros.

Pero ahora sus palabras parecen más cortas, más precavidas.

—No vas a recordar quién fuiste de la noche a la mañana —dice el Hombre del Cigarro—. Pero podés empezar a existir de nuevo.

Me inclino ligeramente hacia adelante.

No lo digo en voz alta, pero quiero escucharlo.

—¿Cómo?

El Hombre del Cigarro saca algo de su abrigo.

No es un arma.

No es un documento prohibido.

Es un fragmento de papel, arrugado, con una sola línea escrita a mano.

Lo deja sobre la mesa.

—Leélo —dice el Hombre del Cigarro—. En voz baja.

Lo tomo. Mi mente espera ver algo familiar, pero…

No es un mensaje codificado.

No es una palabra del Lexema Único.

Es una frase.

Una frase imposible.

“El silencio nunca miente.”

Escribir esto es ilegal.

Leer esto es ilegal.

Pero lo que me paraliza no es el miedo.

Es la sensación de que ya lo sabía.

Levanto la mirada.

—¿Qué significa esto?

El Hombre del Cigarro sonríe levemente.

—Significa que todo lo que te enseñaron es mentira.

—¿Mentira? —repito—. ¿Cómo podés probarlo?

El Hombre del Cigarro se inclina un poco más sobre la mesa.

—No puedo —dice—. Y esa es la diferencia entre nosotros y ellos.

—El Lexema Único lo dice todo. No deja espacio para lo que no se puede verificar. Lo fija. Lo graba en la historia como un código absoluto.

Hace una pausa, observando mi reacción.

—Pero la verdad nunca es absoluta. Nunca se puede verificar del todo.

—¿Y qué tiene que ver el silencio con eso?

El Hombre del Cigarro agarra el papel y lo dobla lentamente.

—El silencio no puede ser manipulado.

Si el lenguaje puede ser controlado,

Si las palabras pueden ser corregidas,

Si la realidad puede ser reescrita,

Entonces lo único que nunca puede mentir es lo que no se dice.

El Hombre del Cigarro se inclina hacia adelante.

—Tengo un encargo para vos.

El Hombre del Cigarro saca un pequeño dispositivo.

Un transmisor de interferencia.

Lo empuja suavemente sobre la mesa hacia mí.

—Vas a colocar esto en un punto de la ciudad. Un solo lugar.

Miro el objeto.

Parece inofensivo.

Pero no hay nada inofensivo en desafiar al Ministerio del Lenguaje.

—¿Qué hace?

—Rompe el código.

El transmisor genera interferencias en los altavoces urbanos.

Por unos segundos, un solo punto de la ciudad experimentará algo que no ocurre desde hace décadas.

Silencio.

No es solo sabotaje.

No es solo un acto simbólico.

Es la primera grieta en el lenguaje perfecto.

El Hombre del Cigarro se reclina en su asiento.

—Podés decir que no —dice—.

—Y si digo que sí…

—Si decís que sí, habrás cruzado la línea. No hay vuelta atrás.

Miro el transmisor sobre la mesa. Se que no tengo mucho tiempo para decidir.

En la pantalla del bar, la imagen del Ministro del Lenguaje vuelve a parpadear.

El sistema nos está observando.

El Hombre del Cigarro espera.

No me apresura.

Pero sé que si no digo nada, mi respuesta será clara.

El transmisor de interferencia sigue sobre la mesa.

Pequeño. Inofensivo a simple vista.

(Pero no hay nada inofensivo en desafiar al Lexema Único.)

Mi mano suda cuando lo recojo.

No por miedo.

Sino porque sé lo que significa.

El Hombre del Cigarro asiente, casi imperceptiblemente.

(Este es el momento definitivo. No hay discurso. No hay felicitaciones. Sólo una realidad simple: ahora soy parte de esto.)

—Ya no hay vuelta atrás —dice.

Lo sé.

Lo guardo en el bolsillo de mi abrigo.

El peso del dispositivo es insignificante, pero lo siento como una carga inmensa.

Por primera vez en mi vida, tengo algo que el Ministerio no sabe que tengo.

Algo fuera del control del lenguaje perfecto.

(Antes de que pueda decir algo más, algo cambia en el ambiente del bar.)

Las pantallas titilan.

Las transmisiones oficiales del Ministerio se cortan por un segundo.

Los murmullos en el bar se apagan al mismo tiempo.

Un sonido seco.

Un impacto contra la puerta del bar.

(Alguien está afuera. No es normal. No en un lugar como este.)

La gente se tensa.

Un segundo de parálisis colectiva.

Las pantallas se reactivan.

Pero ahora hay algo diferente.

Una transmisión en vivo.

Una plaza en la ciudad.

Un hombre de rodillas.

El Ministro del Lenguaje aparece en pantalla.

De pie.

Frente al hombre de rodillas.

(En la parte inferior de la pantalla, un mensaje simple, brutal.)

“EL LENGUAJE NO ADMITE ERRORES.”

Silencio absoluto.

(No puedo parpadear. No puede hacerlo. La realidad se está desmoronando ante mi.)

El Ministro levanta la mano.

El hombre de rodillas empieza a desaparecer.

No grita.

No suplica.

No hay sonido alguno.

Es como si nunca hubiera estado ahí.

“Corrección Ejecutada.”

No hay sangre. No hay violencia. Solo ausencia.

Si el sistema puede borrar a alguien como si nunca hubiera existido…

¿Qué significa existir realmente?

El Hombre del Cigarro deja de beber.

—Ahora sabés lo que está en juego.

(No respondo. Solo aprieto el transmisor con fuerza en mi bolsillo.)

Por primera vez, el silencio se siente como algo más que una ausencia de palabras.

Se siente como una elección.

Como el último acto de resistencia posible.

Capitulo II Las Voces Me Siguen

Buenos Aires, 03:14 a.m.

Salgo del bar.

El aire es pesado.

El sonido de la ciudad sigue ahí, pero algo es diferente.

Las luces de los postes enceguecen, proyectando ilusiones alargadas en los adoquines.

Las cámaras de los Ojos del Lenguaje giran más lento esta vez.

Como si estuvieran ajustando su enfoque.

Miro a ambos lados antes de avanzar.

No soy paranoico.

Pero algo en el aire cambió.

Doy un paso.

El sonido de mis pasos resuena más fuerte de lo normal.

Intento no hablar. Pero el mundo exige palabras.

Una mujer camina en dirección opuesta a mí.

Al cruzarse, espera que diga “buenas noches”.

Decirlo me haría sonar más fuerte que cualquier otra persona.

Hablar es existir.

Callar es desaparecer.

Abro la boca.

Pero en el último segundo, ella desvía la mirada y sigue de largo.

¿Me evitó por costumbre o porque sabe algo?

Sigo caminando.

Pero la sensación de que alguien me está observando no desaparece.

El dispositivo en mi muñeca vibra.

CÓDIGO DE ALERTA – NIVEL 1

Ciudadano 105-XL, su comunicación verbal ha disminuido un 23% en las últimas 48 horas.

Recuerde: el silencio prolongado puede generar incoherencias en la Red del Lenguaje.

El mensaje es claro: saben que estoy hablando menos.

Pero lo que realmente me aterra es la última línea del mensaje.

Tenga en cuenta que el Lexema Único está aquí para protegerlo.

No es una advertencia.

Es una forma de recordarme que ya saben.

Que mi silencio ya no es invisible.

Intento tomar caminos alternativos, pero la vigilancia es absoluta.

Cruzo Corrientes.

Las pantallas siguen repitiendo los discursos del Ministro.

Pero ahora veo algo que no había notado antes.

Las cámaras ya no solo giran.

Algunas están fijas en un solo punto.

Mi sombra.

No me siguen con drones.

No me detienen.

Pero ya no soy invisible.

El dispositivo de mi muñeca vibra nuevamente.

Nuevo mensaje recibido.

(No es del Ministerio.)

El mensaje es simple. Pero cambia todo.

“No hables. No respondas. No estás solo.”

Me detengo en seco.

Alguien sabe lo que estoy haciendo. Alguien me está vigilando.

Pero… es un aliado o una trampa?

Levanto la vista.

Miro alrededor.

Pero la ciudad sigue igual.

Como si nada estuviera pasando.

Como si el mundo entero no supiera que algo está a punto de romperse.

Buenos Aires, 03:21 a.m.

La notificación en mi pulsera sigue brillando.

“No hables. No respondas. No estás solo.”

No es una advertencia del Ministerio.

Es un mensaje de alguien más.

Alguien que sabe lo que estoy haciendo. Alguien que me está observando.

Miro alrededor.

La ciudad sigue sonando igual. Pero algo es diferente.

Las pantallas holográficas repiten el mensaje del Ministro.

“El lenguaje es nuestra estructura. El lenguaje es nuestra verdad.”

Las cámaras siguen girando,

Pero ahora algunas ya no giran. Ahora están fijas.

Fijas en mí.

Dos hombres pasan junto a mí.

Uno murmura algo. El otro asiente, casi sin mirarme.

Yo debería responder.

Pero si lo hago, mi voz será más fuerte que la de todos.

Si lo hago, sabrán quién soy.

Siento la presión de las normas del Lexema Único: hablar es existir, pero su existencia ahora es un peligro.

Acelero el paso.

Pero ahora siento algo más.

Alguien me está siguiendo.

Al doblar en una esquina, veo la sombra en el reflejo de una vidriera apagada.

Alguien se mueve cuando yo me muevo.

Alguien se detiene cuando yo me detengo.

No es una coincidencia.

Giro rápido en una calle lateral. Calles angostas, viejas. San Telmo aún tiene sombras.

Pero también tiene callejones sin salida.

Me detengo.

Espero.

El sonido del mundo se reduce. Ahora sólo hay dos cosas: mi respiración y los pasos que vienen detrás de mí.

Uno. Dos. Tres pasos. Luego, silencio.

Una figura se detiene en la penumbra del callejón.

No es un oficial del Ministerio. No lleva uniforme.

Pero tampoco parece perdido.

Está ahí por mí.

—No te asustes.

(Su voz es baja, casi un susurro.)

Pero no es un susurro de miedo. Es un susurro calculado. Como si supiera que el silencio es más poderoso que cualquier palabra.

Doy un paso atrás.

Mi pulsera biométrica vibra otra vez.

Nuevo mensaje recibido.

“Escuchá lo que tiene que decir.”

Siento una paradoja en mi propia piel: una voz que me dice que escuche, cuando todo el sistema le enseñó que sólo hay una verdad.

—¿Quién sos? —mi voz sigue amplificada, pero ya no me importa.

La figura sonríe apenas. Como si hubiera esperado esta pregunta.

—La pregunta no es quién soy yo —dice—. La pregunta es quién sos vos.

Siento el impacto de la frase.

Durante toda mi vida, mi nombre fue un código.

Ahora alguien me está pidiendo que elija mi propia identidad.

—105-XL —respondo por costumbre.

El desconocido niega con la cabeza.

—Ese es tu número. No tu nombre.

Por primera vez en años, alguien me está dando la opción de ser algo más.

Aquí la Resistencia deja en claro su propósito: no solo destruir el Lexema Único, sino recuperar lo que fue borrado.

El desconocido saca algo del bolsillo.

Un papel viejo. Gastado.

Un pedazo de una hoja arrancada de un libro prohibido.

Lo tomo. Su tacto es extraño. No estoy acostumbrado a tocar papel real.

Hay una sola palabra escrita en él.

Un nombre.

Un nombre que no reconozco. Pero que, de alguna forma, me resulta familiar.

Si los nombres fueron eliminados… ¿por qué este aún existe?

¿Y por qué siento que alguna vez fue suyo?

Buenos Aires, 03:27 a.m.

El papel sigue en mis manos.

Un nombre escrito a mano.

Un nombre que no reconozco.

Pero… algo en él me resulta familiar.

Lo miro otra vez.

“Este nombre no existe.”

Es lo que el Ministerio nos enseñó.

Los nombres fueron eliminados porque eran errores del lenguaje.

Pero si eso es verdad… ¿por qué siento que este nombre alguna vez me perteneció?

Un laboratorio.

Pantallas holográficas con algoritmos lingüísticos.

El Ministerio del Lenguaje.

Era lingüista.

Trabajé en la creación del Lexema Único.

Fui parte del proyecto que destruyó todo lo que no podía ser clasificado, medido, fijado.

Creíamos que estábamos haciendo lo correcto.

Que erradicar la ambigüedad era la clave para un mundo sin malentendidos.

Las palabras tenían que ser exactas.

No podían tener múltiples significados.

Eliminamos la poesía.

Eliminamos la metáfora.

Eliminamos la duda.

Pensábamos que estábamos creando el lenguaje perfecto.

Pero solo estábamos diseñando la prisión más eficiente jamás construida.

Hubo un día en que hice una pregunta que no debía hacer.

“Si el lenguaje se vuelve absoluto… ¿qué pasa con las palabras que no encajan?”

La respuesta del Ministerio fue simple. Fría. Definitiva.

“Serán corregidas.”

Un mes después, mi nombre fue eliminado.

Un mes después, ya no tenía recuerdos personales.

Dejé de ser un individuo. Me convertí en una función dentro del sistema.

Regreso al presente. En la calle. Al papel con el nombre prohibido.

—Esto es tuyo —dice la figura en la sombra.

La persona que me siguió y me entregó el papel está esperando mi reacción.

Miro el papel otra vez.

Sé que este nombre fue mío.

Pero no puedo recordarlo.

Si digo que no es mío…

Estoy aceptando que el sistema me transformó por completo.

Si digo que sí…

Estoy declarando que soy alguien que ya no existe.

—¿Qué esperás que haga con esto?

La figura responde con la misma calma que el Hombre del Cigarro, pero con un tono más severo.

—Que decidas.

Silencio. Aprieto el papel en mi mano.

Si los nombres fueron eliminados, significa que alguna vez existieron.

Si alguna vez existieron… significa que todavía hay algo que puede ser recuperado.

Buenos Aires, 03:29 a.m.

El papel sigue en mi mano.

El nombre está ahí, escrito, tangible.

Pero no puedo decirlo.

Intento.

Abro la boca, pero las palabras no salen.

Es como si el aire se volviera pesado en mi garganta.

Como si mi lengua olvidara cómo moverse.

No es miedo.

Es programación.

El lenguaje absoluto no permite errores.

Y los nombres fueron clasificados como errores.

Si las palabras que no encajan desaparecen, entonces el cerebro deja de procesarlas.

No es que el Ministerio me prohíba decir este nombre.

Es que mi mente ya no sabe cómo hacerlo.

La figura en la sombra me sigue observando. No habla. Espera.

Es una prueba.

No se trata del nombre en sí.

Se trata de ver si todavía tengo el poder de nombrar.

¿Puedo desafiar el código?

¿O ya soy incapaz de recordar quién fui?

Me aferro a la palabra, pero no puedo traerla al presente.

Lo se.

Lo recuerdo.

Pero mi lengua no lo traduce.

Si no puedo decirlo, entonces lo pienso.

Lo repito en mi cabeza.

Una y otra vez.

Si lo pienso lo suficiente… ¿empezará a existir de nuevo?

El sistema puede prohibirme decirlo.

Pero no puede detener lo que ocurre en mi mente.

Y si puedo pensar en ello… entonces aún no han ganado.

El contacto de la Resistencia me observa. Finalmente, habla.

—No podés decirlo, ¿verdad?

No respondo.

El silencio es la única respuesta posible.

Pero por primera vez, no es el silencio del Ministerio. Es un silencio real, de lucha.

Un silencio que significa algo.

Buenos Aires, 03:42 a.m.

El dispositivo pesa poco.

Pero en mi bolsillo, siento que llevo una bomba.

Si me descubren, mi existencia desaparecerá.

Esta no es solo una prueba de la Resistencia.

Es una prueba para mí mismo.

¿Puedo desafiar al sistema?

¿O soy solo otro engranaje en su maquinaria perfecta?

Antes, fue el Congreso Nacional.

Antes, fue el lugar donde se debatían ideas, donde la voz significaba algo.

Ahora, solo es un templo del lenguaje absoluto.

El Ministerio del Lenguaje convirtió el antiguo Congreso en un nodo central del sistema.

Desde aquí, cada palabra de la ciudad es monitoreada.

Y aquí es donde voy a romper su control.

Un acto de guerra.

Las cámaras están activas.

Los Ojos del Lenguaje escanean los rostros.

Pero el Ministerio no busca expresiones humanas.

Solo busca desviaciones del código.

Mi mayor ventaja es mi capacidad de actuar como si nada estuviera pasando.

No debo correr. No debo ocultarme.

Solo debo caminar como si este fuera otro día en la ciudad perfecta.

Pero por dentro, cada fibra de mi cuerpo grita que esto es un suicidio.

Sigo avanzando.

Llego al punto exacto. Debo colocar el dispositivo sin ser visto.

Las columnas del antiguo Congreso están intactas, pero sus paredes están cubiertas con frases del Lexema Único.

“Hablar es existir.”

“El lenguaje es el orden.”

“Las palabras equivocadas destruyen el mundo.”

Y aquí, en este mismo lugar, voy a sembrar la primera anomalía.

Extraigo el dispositivo de mi bolsillo. Lo sostengo entre mis dedos. Lo que estoy a punto de hacer cambiará todo.

Pero algo dentro de mi duda.

Toda mi vida, creí en este sistema. Lo construi. Lo defendi.

Ahora, voy a destruirlo.

Pero justo antes de activar el dispositivo, el peligro se intensifica.

Un sonido detrás de mi.

Pasos.

Alguien se acerca.

Demasiado tarde para retroceder.

Debo decidir ahora.

¿Activarlo o huir?

Buenos Aires, 03:48 a.m.

Los pasos siguen acercándose.

Demasiado tarde para retroceder.

Demasiado tarde para dudar.

Debo tomar una decisión rápida.

Activo el transmisor.

El sonido de la ciudad… desaparece.

No se atenúa. No se reduce.

Desaparece.

Las pantallas holográficas siguen proyectando discursos, pero ya no se escuchan.

Los Ojos del Lenguaje siguen girando, pero no pueden registrar nada.

Por primera vez, Buenos Aires está en silencio.

Y en ese vacío absoluto, algo aterrador sucede.

Las personas en la calle se detienen.

Algunos abren la boca para hablar. Pero no hay respuesta.

Otros miran alrededor, confundidos. Como si algo dentro de ellos hubiera colapsado.

Porque nunca antes habían sentido esto.

Porque nunca antes habían experimentado un mundo sin palabras.

Por un segundo, todo el sistema se ha roto.

Por un segundo, el lenguaje absoluto ha desaparecido.

Por un segundo, la perfección ha colapsado.

Y luego…

La reacción del Ministerio es inmediata.

No puedo seguir contemplando esto, tengo que moverme rápido.

Las luces de la ciudad cambian.

Rojo.

Rojo.

Rojo.

La alerta máxima se ha activado.

Las pantallas holográficas vuelven a emitir sonido.

Pero esta vez no son discursos.

“ALERTA LINGÜÍSTICA.”

“ERROR DETECTADO.”

“REESTRUCTURACIÓN EN PROCESO.”

Los Ojos del Lenguaje comienzan a escanear con mayor velocidad.

Drones de seguridad emergen de los edificios, flotando en el aire, buscando un punto de origen.

Ellos no saben que fui yo. No aún.

Pero están buscando a alguien.

Y si no desaparezco ahora… me encontrarán.

El Ministerio está buscando una anomalía en el sistema, y yo soy esa anomalía.

Corro.

Me deslizo entre las sombras de las calles secundarias.

Evito las zonas de escaneo.

Pero el mundo ya cambió.

Ya no es invisible.

Ya no soy otro ciudadano más.

Ahora soy parte del error.

Pero el Ministerio siempre reacciona con precisión.

Se activan las restricciones de movimiento en la ciudad.

Las puertas automáticas de los edificios comienzan a cerrarse.

Los accesos a los transportes se bloquean.

La ciudad misma se ha convertido en una trampa.

No hay forma de salir sin ser detectado.

La gente en las calles no reacciona.

Como si en el fondo supieran que no les conviene dudar.

Una voz en mi pulsera biométrica.

“Ciudadano 105-XL. Identifíquese de inmediato.”

El sistema me ha encontrado.

Capitulo 3 El Precio Del Silencio

Buenos Aires, 03:53 a.m.

Ciudadano 105-XL. Identifíquese de inmediato.

(La voz en la pulsera es indiferente, mecánica, sin margen de error.)

El sistema me encontro.

Las luces de la ciudad cambian otra vez.

No es solo una alerta. Es un bloqueo.

Las puertas de los edificios se sellan.

Los accesos al subterráneo quedan inhabilitados.

Las cámaras giran más rápido, como si buscaran un objetivo móvil.

Ahora no hay salida.

No estoy siendo vigilado. Estoy siendo cazado.

(Me quedan segundos antes de que me localicen con precisión.)

Corro.

Las calles están vacías, pero cada espacio abierto es un riesgo.

Tengo que pensar.

El Ministerio no persigue individuos.

Persigue anomalías.

Y yo ahora soy una anomalía en su código perfecto.

(Debo actuar rápido. No puedo esconderme en cualquier lugar. Debo encontrar un refugio que el sistema no pueda escanear fácilmente.)

Entonces veo mi única opción.

Un edificio viejo, sin pantallas, sin cámaras visibles.

Una estructura que parece haber escapado de la reestructuración del Ministerio.

Un error en el mapa del régimen.

Corro hacia ahí. No hay alternativa.

(Entro. La oscuridad me envuelve. Por primera vez, estoy fuera de la vigilancia directa del Ministerio.)

Pero el silencio aquí no es el mismo que creó con el transmisor.

Es un silencio que ya estaba aquí.

Un silencio antiguo.

Libros apilados en el suelo, cubiertos de polvo.

Paredes con inscripciones tachadas.

Un espacio donde el lenguaje prohibido aún existe, aunque mutilado.

Es un santuario.

Y es una trampa.

Si me encuentran aquí, la condena no será solo ser corregido.

Será ser borrado por completo.

(Justo cuando creo que estoy solo, una sombra se mueve entre los estantes de libros.)

Alguien más está aca.

Me tenso, como si estuviera dando un examen. No se si es un aliado o una trampa.

Pero la voz que lo recibe es calmada. No es del Ministerio.

“Te estaba esperando.”

Buenos Aires, 03:56 a.m.

“Te estaba esperando.”

(No respondo de inmediato. La frase pesa demasiado en este lugar.)

Todo en esta ciudad tiene un propósito.

Nada ocurre al azar.

Si alguien me estaba esperando… significa que alguien ya sabía que llegaría.

(El hombre que tengo adelante no es del Ministerio. Pero tampoco parece un miembro común de la Resistencia.)

Cincuenta años, barba descuidada, ojos hundidos pero afilados.

Ropas gastadas, manos manchadas de tinta negra.

En su piel hay rastros de un pasado fuera del sistema.

(Siento que este hombre no es solo un rebelde. Es un sobreviviente.)

“Hace años que no veo a alguien como vos.”

(Inclinó levemente la cabeza.)

“¿Alguien como yo?”

(El hombre sonríe apenas, con una amargura que no se disfraza.)

“Un lingüista.”

(¿Cómo lo sabe?)

(El hombre camina hacia la pared. Sus dedos rozan las inscripciones con una reverencia silenciosa.)

Miles de nombres.

Nombres escritos en la piedra, en las columnas, en el suelo.

Superpuestos, tachados, reescritos.

(Avanzo, con la sensación de que estoy caminando sobre la memoria de los que ya no existen.)

“Acá conservamos los nombres que el Ministerio destruyó.”

“Acá conservamos lo que alguna vez fuimos.”

(La carga de esas palabras. No es solo un refugio. Es un cementerio de identidades.)

Pero hay algo más.

Entre los nombres escritos, hay algunos que parecen más recientes.

Trazos más firmes, más frescos.

(Esto significa que la erradicación del lenguaje no fue algo del pasado. Aún continúa.)

(Toco el papel con mi nombre que está en mi bolsillo. La prueba de que alguna vez fui alguien más.)

“¿El Ministerio sabe que esto existe?”

(El hombre me mira fijamente, como si esperara esa pregunta.)

“El Ministerio sabe que algo quedó atrás.”

“Pero no puede destruir lo que no puede nombrar.”

(Siente la paradoja en mi propia piel. El sistema me convirtió en 105-XL, pero este lugar aún me recuerda de otra forma.)

Si los nombres están aquí, significa que aún existen en algún nivel.

Pero si están aquí, significa que ya fueron erradicados de la historia.

Entonces…

¿Estoy vivo o solo soy un eco de lo que fui?

(El desconocido me ofrece un pedazo de carbón para escribir en la pared.)

“Si querés existir de nuevo, tenés que escribirlo.”

(Me congelo. Algo en mi mente se resiste. Algo en mi cuerpo se niega a moverse.)

Ya intente decir mi nombre en voz alta y falle.

¿Puede escribirlo?

(Miro la pared. Miro el espacio vacío entre los otros nombres.)

Este es el momento de decidir.

Seguir siendo 105-XL.

O recuperar lo que el Ministerio intentó borrar.

(Pero justo cuando estoy por tocar la pared, un sonido corta el aire.)

Una vibración.

(Mi pulsera biométrica. Un nuevo mensaje.)

“Búsqueda en curso. Identificación pendiente.”

El Ministerio ya está cerca.

Si me quedo aquí, me encontrarán.

Si me voy, dejare mi nombre atrás.

Buenos Aires, 03:58 a.m.

“Búsqueda en curso. Identificación pendiente.”

(Cada vibración de la pulsera biométrica es un golpe contra mi piel. Un recordatorio de que el tiempo se agota.)

El Ministerio está cerca.

Cada segundo que pierdo aquí me acerca más a la desaparición.

Pero si me voy sin escribir, me abre perdido a mí mismo.

(Siento un nudo en el estómago. Es como si el lenguaje mismo me estuviera devorando desde adentro.)

(El desconocido, más conocido que nunca me apura. Sabe que esta decisión es más grande que la persecución en curso.)

“No tenés mucho tiempo.”

(Yo sigo mirando la pared.)

Nombres enterrados bajo otros nombres.

Como si las palabras pelearan por seguir existiendo.

“Si escribo mi nombre… el Ministerio sabrá que estuve aquí.”

“Si no lo escribís, significa que ya lo olvidaste.”

(Aprieto el pedazo de carbón. Lo siento áspero contra mis dedos.)

(Intento escribir. Pero mi mano no se mueve.)

Es como si un muro invisible me bloqueara el impulso.

Como si algo dentro de mi dijera que esto no es posible.

No es miedo.

Es programación.

Desde el día en que mi nombre fue borrado, mi mente dejó de reconocerlo.

Si no puede escribirlo… ¿significa que el Ministerio ya ganó?

(El desconocido da un paso adelante. Extiende su mano vacía.)

“Si no podés escribir tu nombre, escribí otro.”

(Lo mire, confuso. ¿Otro?)

“Creá uno. Uno que el Ministerio no pueda borrar porque nunca existió.”

(Siente un sisma en mi mente. Durante toda mi vida, crei que la identidad era algo absoluto.)

Pero…

Si acepto un nuevo nombre, estoy dejando atrás lo que el Ministerio me arrebató.

Si no lo hago, seguiré siendo 105-XL.

¿Cuál es la verdadera rebelión?

Recuperar lo perdido.

O construir algo que nunca pueda ser destruido.

(Vuelvo a mirar la pared. Las letras grabadas, los trazos de nombres olvidados.)

Y entonces… algo en mi mente se fractura.

Por un instante, recuerdo algo.

Una imagen borrosa. Una resonancia de una voz llamándome por un nombre que no logro retener.

Es como un espejismo en la arena: apenas intento enfocarlo, desaparece.

¿Y si el Ministerio no solo borró los nombres?

¿Y si reescribió la memoria de todos?

¿Si el lenguaje absoluto no solo borró palabras, sino también recuerdos?

Entonces… ¿qué estoy intentando recuperar realmente?

(La pulsera vibra otra vez. Nuevo mensaje.)

“Búsqueda ampliada. Verificación en curso.”

No hay más tiempo.

Mi pulso se acelera.

Miro el espacio vacío en la pared.

Debo elegir.

Mi verdadero nombre.

O Uno nuevo.

O nada.

Buenos Aires, 04:01 a.m.

“Búsqueda ampliada. Verificación en curso.”

(Las luces de la ciudad parpadean. Los Ojos del Lenguaje han triangulado la zona. No hay más tiempo.)

Si no decido ahora, no decidire nunca.

(El mundo entero está conteniendo en mi respiración.)

Se que esto no es solo un acto. Es un juicio.

Un juicio contra mi mismo.

¿Me aferro a un nombre que tal vez ya no es real?

¿Crea uno nuevo, aceptando que mi pasado fue destruido?

¿O dejo la pared en blanco, admitiendo que el Ministerio ya me ha vencido?

Y entonces, en el borde mismo del colapso, entiendo la verdad.

No es el nombre lo que importa.

Es el acto de escribir.

Es la acción de desafiar el código.

El Ministerio quiere controlar la palabra, porque controlar la palabra es controlar el pensamiento.

Pero hay palabras que no pueden ser erradicadas.

Porque no son solo sonidos. Son conceptos. Son impulsos.

Son revoluciones en sí mismas.

Y la única palabra que realmente importa en este momento es…

LIBERTAD.

(Tiemblo mientras escribo, como si cada trazo en la pared fuera un latido en mi propia carne.)

El carbón deja marcas gruesas, ásperas.

Es una palabra imperfecta, cruda, casi una herida abierta en la piedra.

Y sin embargo, es real.

No es un error.

No es un código.

No es un número asignado por el sistema.

Es algo que el Ministerio nunca podrá controlar.

Porque no es un nombre.

Es una idea.

(El desconocido me observa. No dice nada. Solo asiente, como si esto fuera lo que debía ocurrir desde el principio.)

Pero no hay tiempo para celebraciones.

La pulsera vibra otra vez.

“Presencia detectada. Confirmando anomalía.”

Han encontrado mi señal.

Ya vienen acá.

(Giro sobre mis talones. Debo correr. Debo salir de aquí antes de que los Ojos del Lenguaje me registren por completo.)

Pero hay un problema.

Las puertas automatizadas del sector se sellaron.

Las rutas de escape ya están cerradas.

El Ministerio no está enviando un mensaje.

Está ejecutando una sentencia.

(La desesperación me arañá la garganta, pero no me permito entrar en pánico. Se que hay una forma de salir. Siempre la hay.)

Girobhacia el desconocido, esperando una respuesta.

“Por acá.”

(El desconocido señala una rendija entre dos estanterías, apenas visible. Un acceso oculto que parece haber sido olvidado por el sistema.)

Sin pensarlo, me lanzo hacia la oscuridad.

¿Alguien Más Vio la Palabra?

(Justo antes de desaparecer en la rendija, Me giro una última vez.)

Observo la palabra escrita en la pared.

LIBERTAD.

Y entonces veo algo que me revuelve el estómago.

Un par de ojos en la distancia.

Alguien en la sombra.

Alguien que ha visto lo que escribi.

(Pero… quién? Un miembro de la Resistencia? Un civil? O algo peor?)

No hay tiempo para averiguarlo.

No hay tiempo para seguir divagando.

El sonido de botas resonando en la calle me obliga a moverme.

El Ministerio está aquí.

Debo desaparecer antes de que sea demasiado tarde.

Buenos Aires, 04:04 a.m.

“Presencia confirmada. Zona de bloqueo activada.”

(No hay vuelta atrás. El Ministerio ya no está buscando. Ha encontrado.)

Corro.

Corro como si no hubiera un mañana.

El túnel detrás de la rendija es estrecho, húmedo, lleno de polvo y de tiempo detenido.

(El desconocido no me sigue. Él ya hizo su parte. Ahora estoy solo.)

Pero el Ministerio no.

Los Ojos del Lenguaje han escaneado la zona.

Las puertas automatizadas han cambiado su patrón de acceso.

Las rutas de escape están colapsando.

No me buscan para atraparme.

Me buscan para corregirme.

(Sigo corriendo, pero se que no puedo huir eternamente.)

El sistema ya cerro el perímetro.

Las calles han sido redirigidas digitalmente.

Cada intersección es un cálculo matemático.

Cada posible movimiento es una predicción dentro del código.

No hay aleatoriedad.

No hay caos.

Solo la exactitud de la cacería.

Cada esquina es una trampa invisible.

Cada respiro es un dato más en el patrón de su desaparición.

No estoy escapando de un lugar.

Estoy escapando de una ecuación.

Y las ecuaciones siempre se cierran.

(Pero algo me atormenta más que la persecución.)

Antes de desaparecer en la rendija, vi algo.

Alguien me estaba observando.

No era el Ministerio.

No era el desconocido.

Era otra persona.

¿Un aliado? ¿Un traidor?

¿O solo un espectador accidental de algo que nunca debió haber visto?

No hay tiempo para averiguarlo.

Pero si alguien más vio la palabra… significa que existe en otra memoria que no es la mía.

Y si existe en otra memoria… significa que el Ministerio ya no puede destruirla por completo.

La idea me golpea como un trueno interno.

Tal vez, por primera vez en años, algo ha escapado del control del Lexema Único.

(Me sigo moviéndo, buscando un punto ciego, un error en la arquitectura de la ciudad perfecta.)

Y entonces lo ve.

En la pared de un edificio abandonado.

Trazos irregulares, escritura apresurada.

Una palabra que no debió estar ahí.

LIBERTAD.

(Me quedo quieto, sintiendo que el tiempo se contrae alrededor.)

¿Cómo es posible?

Yo fui el primero en escribirla.

La palabra no existía en ningún otro lugar.

Pero ahora está acá.

Esto no es un eco de mi acto.

Es un reflejo que se está multiplicando.

¿Es posible que la palabra haya comenzado a renacer por sí misma?

¿O alguien más la recordó?

¿Y si el sistema ha empezado a fracturarse en formas que ni siquiera el Ministerio entiende?

Si la palabra ya no me pertenece solo a mi…

Entonces significa que la rebelión ya comenzó.

Y nadie puede detener una idea cuando deja de ser de un solo individuo.

(No puedo quedarme a contemplar el milagro que acaba de ocurrir.)

Porque el Ministerio ya llegó.

(Las luces en las esquinas de la calle cambian.)

Rojo.

Rojo.

Rojo.

La ciudad se ha cerrado sobre sí misma.

El patrón de su desaparición ya está calculado.

Solo queda una decisión:

Seguir corriendo y esconderme aún más en las sombras.

O salir al descubierto y enfrentar lo que inicié.

Porque si la palabra ha renacido en otro lugar…

Entonces es solo cuestión de tiempo antes de que lo haga en muchos más.

(Este no es solo mi final es mi fuga.)

Es el inicio de algo más grande.

Y el Ministerio lo sabe.

Por eso esta vez no me van a interrogar.

Esta vez, me van a erradicar.

(Cierro los ojos. Respiro. Y decido.)

Luego… actúo.

Buenos Aires, 04:07 a.m.

“Anomalía detectada. Iniciando protocolo de corrección.”

(Las pantallas en los postes de luz parpadean. Los hologramas de la ciudad titilan. Por primera vez, el lenguaje absoluto ha encontrado un fallo que no estaba previsto.)

El sistema está absorbiendo la información.

Los Ojos del Lenguaje han registrado la palabra.

Y ahora, el Ministerio está ejecutando su sentencia.

No hay juicios.

No hay advertencias.

Solo eliminación.

(Las luces de la ciudad se apagan por un instante. Un parpadeo, como si el mundo mismo hubiera respirado por error.)

Luego, las pantallas de las calles vuelven a encenderse.

Pero no proyectan los mensajes habituales.

Solo muestran una única instrucción:

“ERROR LOCALIZADO. ESPERE REESTRUCTURACIÓN.”

(Siento un escalofrío recorriéndome la columna.)

El Lexema Único es absoluto. No admite errores.

Y sin embargo, aquí hay uno.

Las líneas del sistema están corrigiendo la ciudad.

Un error que ha sido escrito no solo en la piedra.

Sino en mi mente.

Y si yo lo recuerdo… ¿qué impide que alguien más lo haga?

(La palabra “LIBERTAD” sigue en la pared del edificio en ruinas, pero algo empieza a sucederle.)

Las luces holográficas alrededor se intensifican.

Los Ojos del Lenguaje giran, enfocándola como si se tratara de una infección.

Y entonces, sin aviso, desaparece.

No es que la hayan borrado.

Es que la ciudad misma ha sido modificada para que nunca haya estado ahí.

(Un vacío invade mi pecho. Un segundo antes, había una fisura en el sistema. Ahora, la realidad ha sido alterada.)

El Ministerio no solo destruye.

Reescribe.

Pero algo está mal.

Porque aunque la palabra ya no está ahí…

Yo la sigo recordando.

¿Y si alguien más también lo hace?

(Los Ojos del Lenguaje terminan su análisis. Las luces parpadean de nuevo.)

La reestructuración está completa.

Pero entonces… algo inesperado sucede.

En una de las pantallas flotantes de la ciudad, justo cuando el sistema intenta restaurar los mensajes oficiales, por un microsegundo…

La palabra “LIBERTAD” aparece en letras deformadas.

No debería estar ahí.

El Ministerio la eliminó.

Y sin embargo, ahí está.

Es un error. Un fragmento de memoria residual en el código.

El sistema no logró erradicarla por completo.

La palabra ha dejado una huella en el lenguaje mismo.

Y si se ha infiltrado en los canales de transmisión…

Entonces significa que puede volver a aparecer.

(La corrección no fue perfecta. El sistema, por primera vez, ha fallado.)

(La calle sigue vacía. La mayoría de las personas no han visto nada.)

Pero alguien sí lo ha hecho.

(Un hombre, con un uniforme estándar del Ministerio, se ha detenido frente a la pantalla. Mira la anomalía por un instante demasiado largo.)

Este ciudadano nunca ha visto un error en el lenguaje antes.

Nunca ha cuestionado lo que aparece en las pantallas.

Pero ahora, algo en su mente se ha alterado.

Porque el error ha sucedido.

Y si el lenguaje absoluto puede fallar… entonces, ¿qué más puede estar equivocado?

(El Ministerio no lo ha notado. Pero yo sí.)

La duda ha sido sembrada.

Y una duda es todo lo que se necesita para que un sistema perfecto comience a colapsar.

(Ya se que el Ministerio ya está procesando la falla. En minutos, vendrán a corregirla de nuevo.)

Pero ahora hay dos opciones.

Seguir huyendo y tratar de encontrar otro punto de resistencia.

O quedarse en la ciudad y ver qué sucede con la palabra residual.

(Si me quedo, tengo la posibilidad de ver cómo se propaga la anomalía.)

(Pero si me atrapan ahora, el Ministerio me hará desaparecer antes de que pueda hacer algo más.)

No hay una elección fácil.

Es hora de actuar.

Buenos Aires, 04:09 a.m.

“Reestructuración incompleta. Procesando nueva corrección.”

(El mensaje recurrente en todas las pantallas de la ciudad.)

El Ministerio está reconociendo su propio fallo.

Pero los fallos no pueden existir.

No en un sistema absoluto.

Por eso no van a corregir solo la palabra.

Van a corregir la ciudad entera.

(Las luces de Buenos Aires parpadean. Un latido eléctrico recorre las avenidas.)

Algo está cambiando.

Los edificios están siendo reconfigurados digitalmente.

Las estructuras se reajustan, como si la ciudad estuviera rescribiéndose a sí misma.

Las calles que hace un segundo conducían a la salida ahora son barreras sin salida.

No están solo borrando la palabra.

Están borrando todo rastro de que alguna vez existió.

Las pantallas de la ciudad proyectan el mismo mensaje:

“ANOMALÍA NO REGISTRADA.”

“RESTABLECIENDO ORDEN.”

“NO HUBO ERROR.”

(Siento un terror que nunca antes había experimentado.)

No están ocultando la anomalía.

Están eliminando la posibilidad misma de que haya ocurrido.

Esto no es control.

Es una amputación de la memoria colectiva.

Y si lo logran, será como si la palabra nunca hubiera existido.

Como si yo nunca hubiera existido.

La historia no se escribe con tinta.

Se escribe con lo que la gente recuerda.

Y el Ministerio ha encontrado la forma de erradicar hasta el recuerdo.

(Antes de que pueda moverme, la pulsera biométrica vibra.)

“Si podés ver esto, significa que no estás solo.”

(Me congelo.)

Nunca antes había recibido un mensaje externo.

¿Es la Resistencia?

¿O es el Ministerio rastreándolo de otra forma?

(Miro alrededor. Nadie más en la calle parece haber recibido nada.)

Esto es para él.

Lo han estado observando.

¿Desde cuándo?

(El sudor frío me recorre la espalda. No se si esto es mi salvación o mi sentencia final.)

(Las luces de la ciudad vuelven a parpadear.)

El Ministerio está completando la erradicación.

El error será eliminado.

Y si no me muevo ahora, yo sere parte de esa eliminación.

Pero algo me detiene.

Las pantallas parpadean.

Durante un microsegundo, entre el restablecimiento de los mensajes oficiales, vuelve a aparecer la anomalía.

“LIBERTAD.”

Solo por una fracción de segundo.

Solo lo suficiente para verlo.

Pero suficiente para saber que la palabra sigue ahí.

El sistema la borra, pero no la destruye.

Cada vez que la eliminan, deja una huella en el código.

Y si deja huellas…

Entonces significa que se puede recuperar.

El sistema no es perfecto.

No importa cuántas veces intenten corregirla…

Siempre vuelve.

Y si sigue volviendo, entonces puede expandirse.

Y si se expande… significa que el Lexema Único tiene una falla estructural.

Una que puede romperse.

En la pantalla donde apareció la anomalía residual…

La palabra “LIBERTAD” no está sola.

Alguien ha agregado algo más.

Un segundo mensaje.

Un mensaje que no escribi.

Un mensaje que no proviene del sistema.

“RECUERDEN.”

(Siento que el tiempo se detiene.)

No es solo la palabra lo que está apareciendo.

Es una instrucción.

Alguien más está jugando este juego.

Alguien más está usando el sistema contra sí mismo.

Y si hay alguien más… significa que la Resistencia no es solo una teoría.

Es real.

Y ha comenzado.

(Cierro los ojos. Respiro. Decido.)

Y luego, tomo mi última decisión antes de que la ciudad colapse en su intento de borrar la verdad.

Capitulo 4 La Fractura en el Lenguaje

Buenos Aires, 04:12 a.m.

“CORRECCIÓN TOTAL INCOMPLETA. ERROR RESIDUAL DETECTADO.”

(El mensaje titila en la pantalla de mi pulsera biométrica. El Ministerio ha fallado en su intento de borrar la anomalía.)

Pero eso no significa que se han rendido.

Han cambiado de estrategia.

Ahora no intentan eliminar la palabra.

Ahora intentan erradicar el pensamiento que la genera.

Y para ello, no basta con borrar una pared.

Tienen que borrar la mente de quienes la vieron.

(Las pantallas en las calles han cambiado. Ya no repiten el Lexema Único.)

En su lugar, un nuevo mensaje brilla en un tono agresivo:

“LA PALABRA ES UNA ENFERMEDAD. NO MIRE. NO PIENSE.”

(El Ministerio no está ocultando la anomalía.)

Está creando terror a su alrededor.

Y el miedo es más efectivo que la censura.

(Observo a mi alrededor. Algunos ciudadanos han visto el mensaje. No entienden, pero se apartan instintivamente de las pantallas, como si temieran ser infectados por algo que no comprenden.)

El Ministerio ha entendido el verdadero peligro de la palabra.

No es la palabra en sí.

Es la duda que siembra.

Y si la gente teme la duda, entonces nunca buscarán la verdad.

El Ministerio no está corrigiendo la ciudad.

Está corrigiendo a las personas.

(¿Qué es Real?)

(Me apoyo contra una pared, tratando de calmar mi mente. Pero algo me golpea.)

Un recuerdo.

Una habitación blanca. Pantallas flotando.

Frases que parpadean en hologramas.

“El lenguaje debe ser puro.”

“El pensamiento es error.”

Yo enseñando a otros cómo erradicar la ambigüedad del lenguaje.

Yo creyendo en el Lexema Único.

Yo siendo parte del sistema.

(El recuerdo es tan nítido que por un momento dudo. ¿Siempre estuve en contra del sistema? ¿O alguna vez fui su defensor?)

Algo ocurrió. Algo que me hizo cambiar.

Pero no lo recuerdo.

No lo recuerdo.

¿O es que el Ministerio ha borrado ese recuerdo de mi mente?

Y si pueden alterar mi memoria…

¿Qué más me han cambiado?

El vértigo me golpea. Por un instante, dudo de mi propia identidad.

¿Quién soy realmente?

¿Y si mi rebeldía es solo otro error programado por el sistema?

Mi propia mente ya no es un territorio seguro.

(La pulsera vuelve a vibrar. Un nuevo mensaje encriptado aparece en la pantalla.)

“EL PRIMER ERROR SIEMPRE ES UN ECO DEL SIGUIENTE.”

(Me quedo inmóvil. No reconozco la estructura de la frase. No es del Ministerio.)

Alguien más le está enviando esto.

Pero no se quién.

¿Es la Resistencia?

¿O es una trampa diseñada para atraerme a un sitio donde puedan eliminarme?

(Miro a mi alrededor. Nadie más parece haber recibido nada. Solo yo.)

Esto es personal.

Alguien sabe quién soy.

Y me están llamando.

(Sigo la señal hasta un edificio abandonado en San Telmo. Las calles están silenciosas. El aire huele a electricidad quemada, como si la ciudad entera estuviera en tensión.)

Dentro, una figura encapuchada me espera.

“Tardaste.”

(No respondo. No se si este hombre es un aliado o su verdugo.)

El encapuchado saca un pequeño dispositivo de interferencia.

“Podemos transmitir.”

(Siento un escalofrío. No es solo un acto de resistencia.)

Es un ataque.

“¿Transmitir qué?”

“La palabra.”

(El aire en la habitación se vuelve pesado. Esto no es un juego. Esto no es un error.)

Si lo hago, la palabra “LIBERTAD” será transmitida en todas las pantallas de la ciudad.

El Ministerio no podrá borrarla. No podrá esconderla.

Todos la verán.

Y todos tendrán que preguntarse qué significa.

Esto es lo que el Ministerio teme.

No el lenguaje.

Sino el pensamiento que genera.

(Observo el dispositivo. Mi mente grita que es una trampa. Que si lo hago, mi destino estará sellado.)

Pero entonces…

…algo parpadea en la pantalla de la pulsera.

Un mensaje nuevo.

Uno que no proviene del encapuchado.

Uno que no proviene del Ministerio.

“ALGUIEN TE ESTÁ MINTIENDO.”

(Miro rápidamente al encapuchado. El hombre no parece haber recibido nada.)

¿Quién envió eso?

¿Quién más está observando?

¿Y si esta transmisión es una trampa… pero no del Ministerio?

Creo que caí o entre, a un juego que no comprendo.

Y lo peor de todo…

Es que ya no hay forma de salir.

Me quedo contemplando el mensaje, en mi pulsera.

Probablemente sea, la decisión más importante de mi vida.

Buenos Aires, 04:17 a.m.

“ALGUIEN TE ESTÁ MINTIENDO.”

(El mensaje desprende un flash en la pantalla de la pulsera.)

El encapuchado no parece haberlo recibido.

Eso significa que el mensaje fue solo para mi.

¿Pero quién lo envió?

¿Y qué mentira está a punto de revelarse?

El dispositivo de interferencia sigue en su mano.

Si activa la transmisión, la palabra “LIBERTAD” aparecerá en todas las pantallas de la ciudad.

Pero si lo hace… se convertirá en el objetivo número uno del Ministerio.

La decisión debe tomarse ahora.

(El encapuchado da un paso adelante, con la expresión de alguien que ya sabe lo que va a pasar.)

“Activala.”

(Algo no encaja.)

No tiene miedo.

No actúa como alguien que está desafiando al sistema.

Actúa como alguien que ya ha visto el final de esta historia.

Y entonces lo entiendo.

Esto no es solo un acto de rebelión.

Es una trampa cuidadosamente diseñada.

No quieren que transmita la palabra porque sea un acto de resistencia.

Quieren que la transmita porque el Ministerio ya está listo para capturar me en el acto.

Es una ejecución en tiempo real.

Y yo soy el espectáculo.

(Fuera del edificio, la ciudad sigue transformándose.)

Las pantallas ya no muestran mensajes abstractos.

Ahora son órdenes directas.

“TODO AQUEL QUE PRONUNCIE LA PALABRA SERÁ ERRADICADO.”

“LA ANOMALÍA ES CONTAGIOSA. NO ESCUCHE. NO PIENSE.”

El Ministerio ha descubierto el verdadero problema.

No pueden borrar la palabra de la ciudad.

Pero pueden erradicar a quienes la recuerdan.

La estrategia ha cambiado.

Ahora no solo erradican el lenguaje.

Ahora erradican a las mentes que lo contienen.

Yo ya no soy un rebelde.

Soy un virus.

Y los virus deben ser eliminados.

(El encapuchado me observa, con la mirada de alguien que sabe que ya ha ganado.)

“Gracias por tu sacrificio.”

(El suelo se abre bajo mis pies.)

No fui encontrado por la Resistencia.

Fui entregado.

Desde el principio, esto fue un montaje.

El Ministerio no solo quería atraparme.

Querían que yo mismo me condenara.

Y si activaba la transmisión…

Seria el último error que cometería.

(A lo lejos, las sirenas del Ministerio empiezan a resonar.)

No vienen para capturarme.

Vienen para erradicarme.

Debo elegir.

Activar la transmisión y arriesgarme a que el mensaje de la palabra “LIBERTAD” sea lo último que haga.

O escapar y encontrar la verdadera Resistencia antes de que sea demasiado tarde.

Pero no puedo hacer ambas.

Cierro los ojos. Respiro. Decido.

Buenos Aires, 04:20 a.m.

“ERROR LOCALIZADO. PROCEDER CON INTEGRACIÓN.”

(El mensaje aparece en todas las pantallas. Pero no dice “Erradicación.” No dice “Corrección.”)

Dice “Integración.”

El Ministerio no me está cazando como a un enemigo.

Me está reclamando.

No soy una amenaza para el sistema.

Soy una pieza perdida de él.

Y han decidido recuperarla.

(Las sirenas iluminan la calle. Drones de vigilancia bloquean todas las salidas. Pero no intento escapar.)

Doy un paso adelante.

Levanto las manos.

Me entrego.

No porque haya perdido.

Sino porque necesito saber la verdad.

Y la única forma de encontrarla… es dejarme capturar.

(Los agentes del Ministerio no reaccionan con violencia. No me golpean, no me reducen. Solo me observan, como si fueran científicos que acaban de recuperar un espécimen extraviado.)

Uno de ellos susurra algo en su intercomunicador.

“El Código 105-XL ha vuelto a la Fuente.”

Fuente.

No “prisionero”. No “sospechoso”.

“Fuente.”

Algo no encaja.

¿Por qué lo llaman así?

Y entonces, lo entiendo.

Yo no soy un enemigo del sistema.

Soy parte de su origen.

(Me ponen una capucha negra, perdiendo un poco el aire.)

(El Ministerio me traslada sin violencia. No hay golpes, no hay insultos. Solo silencio.)

Me llevan a un edificio sin ventanas.

Una sala blanca, sin sombras, sin objetos, sin tiempo.

Pero cuando entro, algo ocurre.

La habitación me resulta familiar.

Demasiado familiar.

Mi mente se llena de fragmentos rotos de memoria.

Yo ya estuve aquí antes.

Pero no lo recuerdo.

O tal vez… lo recuerdo y el Ministerio me lo hizo olvidar.

(Las luces parpadean. Un holograma aparece en la pared. Mi expediente.)

Pero no es un expediente criminal.

Es un registro de diseño.

“LINGÜISTA 105-XL, CO-DISEÑADOR DEL LEXEMA ÚNICO. PROGRAMA DE PURIFICACIÓN DEL LENGUAJE. AUTORIZACIÓN: NÍVEL 0.”

No fui siempre un rebelde.

Siempre fui uno de los arquitectos del sistema.

Fui un diseñador del Lexema Único.

Ayude a erradicar el lenguaje ambiguo.

Hice posible la realidad en la que ahora vivo.

Y el Ministerio no me odia.

Me necesita.

Porque si ayude a crearlo…

Soy la única persona capaz de arreglarlo.

(Pero algo sigue sin encajar.)

Si yo diseñe el Lexema Único, ¿por qué se convirtió en mi enemigo?

¿Qué fue lo que me hizo cambiar?

Y entonces, la verdadera revelación llega.

Un segundo archivo aparece en la pantalla.

Un archivo que no debería existir.

“SOLICITUD DE BORRADO DE MEMORIA – APROBADA.”

“AUTORIZACIÓN: LINGÜISTA 105-XL.”

Siento que el tiempo se detiene.

No fue el Ministerio quien me borró la memoria.

Yo mismo lo pedi.

Por mi propia voluntad.

Pero… ¿por qué?

¿Qué descubri que me hizo querer olvidar?

“¿Qué hice?”

Hora desconocida, buenos aires?

Me llevan a través de pasillos blancos, sin ventanas, sin imaginación.

El silencio es absoluto.

No hay eco, no hay sonidos lejanos.

Solo mis pasos.

La vibración de mi propia existencia.

Sé que no estoy en una celda.

Sé que no soy un prisionero.

Soy otra cosa.

Código 105-XL, regresando a la Fuente dice una voz sin emoción.

La palabra “Fuente” no me deja en paz.

Soy un recurso.

Soy un archivo corrupto.

Soy un dato que debe ser corregido.

El aire tiene un olor metálico, como a cable quemado.

El lugar no es una prisión.

Es un laboratorio.

(Algo en mi interior ya sabe lo que está a punto de descubrir.)

Me hacen sentar en una silla.

No hay esposas.

No hay armas.

(Si el Ministerio quisiera matarme, ya lo habría hecho.)

No quieren destruirme.

Quieren corregirme.

Una pantalla aparece en la pared.

Es mi expediente.

Pero no es un expediente criminal.

Es un archivo de diseño.

“LINGÜISTA 105-XL, CO-DISEÑADOR DEL LEXEMA ÚNICO. PROGRAMA DE PURIFICACIÓN DEL LENGUAJE. AUTORIZACIÓN: NIVEL 0.”

No soy un rebelde.

No soy un error.

Soy uno de los arquitectos del sistema.

Yo ayudé a crear el Lexema Único.

Yo fui quien trabajó en la eliminación de la ambigüedad.

Yo diseñé el concepto de un lenguaje sin errores.

Y entonces, aparece el segundo archivo.

“SOLICITUD DE BORRADO DE MEMORIA – APROBADA.”

“AUTORIZACIÓN: LINGÜISTA 105-XL.”

Mi propia firma.

Fui yo quien pidió olvidar.

Pero… ¿por qué?

Mi estómago se hunde.

Un nuevo documento se despliega frente a mí.

“PROGRAMA DE RECONFIGURACIÓN COGNITIVA – PROTOCOLO DE AUTO-PURIFICACIÓN.”

(Leo en silencio.)

Cada palabra me perfora.

Yo no solo diseñé el Lexema Único.

Yo fui el primer sujeto de prueba.

Me ofrecí voluntario.

Creía tanto en el lenguaje puro que acepté ser el primer humano en someterse a su perfección.

Me hicieron olvidar el caos del lenguaje antiguo.

Me hicieron olvidar las contradicciones de la subjetividad.

Y funcionó.

Pero algo salió mal.

Algo en mí se resistió.

El sistema era perfecto.

Yo no.

Mis recuerdos no podían mantenerse puros.

Había residuos.

Una anomalía en el código.

Un error que no se podía eliminar del todo.

Una palabra.

Siempre la misma.

Siempre ella.

LIBERTAD.

(Cierro los ojos.)

No necesito la pantalla para recordar.

La palabra nunca se fue.

No importa cuántas veces intentaron erradicarla.

Siempre volvía.

Soy yo.

Soy el error del sistema.

No el Lexema Único.

Yo.

Fui programado para olvidar.

Pero sigo recordando.

Por eso me convirtieron en 105-XL.

Un número.

Una identificación sin nombre.

Para que no pudiera volver a encontrarme.

Pero lo hice.

Y ahora el Ministerio no quiere matarme.

Quiere terminar lo que empezó.

La pantalla cambia.

Aparece un texto en rojo, una orden final.

“INTEGRACIÓN FINAL: AUTORIZACIÓN DEL SUJETO REQUERIDA.”

No es una ejecución.

Es una elección.

Puedo recuperar la paz.

Puedo volver a ser parte del sistema.

Solo tengo que decir una palabra.

Sí.

Solo tengo que aceptarlo.

Y todo el dolor desaparecerá.

Las dudas.

Las contradicciones.

Los errores.

El sistema no se equivoca.

Yo fui el error.

(Cierro los ojos nuevamente.)

Respiro.

Pero antes de responder, el sistema dice algo más.

“ESTA NO ES LA PRIMERA VEZ QUE ESTÁS Acá.”

Mi sangre se hiela.

Algo dentro de mí se rompe.

Miro la pantalla.

No puede ser.

Aparece un nuevo archivo.

“CICLO DE PURIFICACIÓN NÚMERO 12.”

(DOCE.)

No fue una vez.

Fueron doce.

Me han traído aquí doce veces.

Doce veces me han dado la opción de integrarme.

Doce veces he olvidado.

¿Y qué elegí antes?

¿Me resistí y volví a escapar?

¿O dije “sí”… y el ciclo comenzó de nuevo?

¿Cómo sé que esta vez es diferente?

¿Cómo sé que esta vez no diré “sí”?

¿Cómo sé que esto no es un bucle sin fin?

El sistema sigue esperando.

No me obliga.

No me amenaza.

Solo espera mi palabra.

Solo necesita una respuesta.

Solo necesita que hable.

Y entonces, lo entiendo.

No hay salida.

Mi única opción es la misma que siempre ha sido.

Callar.

(Miro hacia abajo.)

Respiro.

No digo nada.

El sistema parpadea.

El tiempo se congela.

Y entonces… algo se rompe.

Hora y lugar desconocido.

Me siento en la silla sin decir nada.

El sistema espera.

El aire es estático, inmóvil.

Mi cuerpo registra cada latido de mi corazón, cada respiración, cada milisegundo de silencio.

Siempre llegué a este punto.

Siempre dijeron las mismas palabras.

Siempre esperaron que hablara.

Pero esta vez… yo espero.

Las pantallas se tildan.

Algo en el sistema está… dudando.

Es una sensación extraña.

El lenguaje absoluto no debe dudar.

El Lexema Único no puede dudar.

Pero ahí está.

La palabra estática en la pantalla.

La anomalía.

No la escribí yo.

No la escribió nadie.

El sistema la está generando solo.

Y si el lenguaje absoluto produce errores por sí mismo…

Entonces no es absoluto.

Uno de los moduladores da un paso adelante.

Código 105-XL, esto… no puede estar ocurriendo.

No responde como una máquina.

No está programado para reaccionar a lo que no existe en su base de datos.

Pero ahora lo está haciendo.

Sabe que el lenguaje está colapsando.

Sabe que la anomalía es real.

Sabe que yo soy la prueba de ello.

Pero no puede nombrarlo.

Y si no puede nombrarlo…

No puede comprenderlo.

El lenguaje absoluto no puede corregirse a sí mismo.

Solo puede borrar.

Solo puede erradicar.

Y si algo resiste el borrado, si algo vuelve cada vez que intentan eliminarlo…

Es porque nunca desapareció realmente.

Nunca pudieron erradicarme.

Nunca pudieron borrar la palabra.

Porque nunca estuvo dentro del sistema.

Siempre estuvo dentro de ellos.

El Lexema Único no está fallando.

El Lexema Único está recordando.

Y si el lenguaje recuerda…

Entonces el olvido nunca fue total.

Todo lo que construyeron.

Toda la perfección que impusieron.

Todo el control…

Siempre fue frágil.

Nunca eliminaron la ambigüedad.

Solo forzaron el silencio.

Y ahora, el silencio está hablando.

La anomalía es la voz de lo que fue reprimido.

La voz de los que callaron.

La voz de los que olvidaron.

La voz de los que quisieron recordar.

Y yo… yo soy esa voz.

Las luces cambian de color.

El tono de los hologramas varía de forma errática.

Las máquinas están desesperadas.

Algo que nunca debió existir ha empezado a existir.

Los Ojos del Lenguaje comienzan a girar más rápido, como si intentaran registrar lo imposible.

Uno de los moduladores teme.

No lo dice, pero lo veo en su expresión.

El Lexema Único se enfrenta a algo más fuerte que el control:

El lenguaje sin dueño.

El lenguaje que no obedece.

El lenguaje que simplemente es.

Y en ese momento, por primera vez en la historia del Ministerio…

Uno de ellos me hace una pregunta.

¿Qué es la palabra?

Y entonces, lo sé.

Han perdido.

Si han llegado a la pregunta…

Es porque ya no tienen la respuesta.

Las luces se apagan por un segundo.

No es un error del Ministerio.

Es otra fuerza.

Algo ajeno.

Algo que no fue programado.

Un nuevo mensaje aparece en las pantallas.

No del Ministerio.

No del Lexema Único.

No de mí.

Una voz que nunca habían escuchado.

Un mensaje que ellos no escribieron.

Y el mensaje dice:

“ESTA VEZ NO ESTÁS SOLO.”

Las alarmas estallan.

La realidad tiembla.

Hora y lugar desconocido.

El sistema parpadea.

Las pantallas fluctúan entre palabras completas y fragmentos distorsionados.

El Lexema Único se está quebrando.

Uno de los moduladores se acerca lentamente.

—Código 105-XL, este no es el resultado previsto.

No le respondo.

El lenguaje puro no debería contener errores.

Pero el error sigue expandiéndose.

Cada intento de corrección solo genera nuevas anomalías.

El lenguaje absoluto nunca fue absoluto.

Nunca pudieron erradicar la ambigüedad.

Solo la forzaron a esconderse.

Y ahora, la ambigüedad está regresando.

No por mí.

No por la Resistencia.

Sino por el propio sistema.

Las luces de la sala cambian de intensidad.

Las palabras en las pantallas empiezan a perder sentido.

No es solo que el lenguaje esté fallando.

Es que el Ministerio ya no puede definir qué significa “fallar”.

Uno de los moduladores repite la misma frase una y otra vez.

—El sistema no comete errores.

Pero su voz ya no tiene certeza.

Se está enfrentando a un hecho imposible.

El Ministerio no está perdiendo contra mí.

No está perdiendo contra la Resistencia.

Está perdiendo contra sí mismo.

Porque si el lenguaje absoluto genera errores, entonces…

Nunca fue absoluto.

Uno de los hologramas proyecta algo inesperado.

“LIBERTAD.”

Pero no en una pantalla externa.

No en un muro de la ciudad.

Dentro del código base del Lexema Único.

El sistema está generando la anomalía desde adentro.

Sin intervención humana.

El concepto que el Ministerio más temía…

Se está manifestando solo.

Y si un sistema diseñado para la perfección empieza a crear su propia contradicción…

Es porque la contradicción es parte de la naturaleza del lenguaje.

El Ministerio nunca tuvo el control.

Solo creyó que lo tenía.

Uno de los moduladores se desespera.

Nunca había visto a un miembro del Ministerio mostrar duda.

Pero ahora… están aterrorizados.

—Código 105-XL, tenes que hablar.

Saben que si no hablo, el sistema seguirá colapsando.

Porque el lenguaje absoluto no puede existir sin un usuario que lo valide.

Yo fui el primero en ser corregido.

Yo fui la primera voz en el sistema.

Si yo dejo de hablar, entonces…

El Lexema Único deja de existir.

Y ellos lo saben.

Uno de los moduladores me observa fijamente.

Sus ojos, antes vacíos, ahora reflejan algo más.

Algo que nunca había visto en el Ministerio.

Algo que ni siquiera ellos entienden.

Duda.

Y entonces, por primera vez, me hacen una pregunta.

Una pregunta real.

No una orden.

No una directiva.

Una pregunta que nunca debió ser formulada.

—Código 105-XL… ¿qué es la palabra?

Me quedo en silencio.

La anomalía ha llegado hasta ellos.

No pueden definirla.

No pueden controlarla.

No pueden corregirla.

Han perdido.

Si han llegado a la pregunta…

Es porque ya no tienen la respuesta.

Las pantallas fallan.

Pero antes de que el sistema colapse por completo…

El tiempo se detiene.

Las alarmas estallan.

Las puertas se abren.

Alguien está entrando.

Segundos, minutos después.

Las alarmas estallan.

Las pantallas parpadean.

El Lexema Único está en su fase final de descomposición.

Los moduladores intentan controlar el colapso, pero sus palabras no se procesan.

El sistema ya no entiende su propio lenguaje.

Cada orden que dan es una contradicción.

Cada intento de restauración genera más errores.

Están perdiendo su propia coherencia.

Uno de ellos intenta hablar.

Pero su voz se distorsiona.

No es una falla técnica.

Es el lenguaje desmoronándose desde adentro.

El control nunca fue real.

Solo fue una imposición frágil.

Un equilibrio artificial que ya no puede sostenerse.

Las puertas se abren automáticamente.

No porque alguien las haya desbloqueado.

Sino porque el sistema ya no puede decidir qué es seguro y qué no.

Veo siluetas moviéndose en la penumbra.

No visten uniformes.

No llevan armas visibles.

No son soldados.

Son hablantes.

Personas que aún recuerdan el lenguaje antes del Lexema Único.

Uno de ellos se acerca.

No me reconoce.

Pero yo sí.

Lo recuerdo de antes.

Antes de que pidiera olvidar.

Antes de convertirme en 105-XL.

Su voz es baja, pero firme.

—Llegamos demasiado tarde.

No entiendo.

El sistema está colapsando.

Ellos ganaron.

¿Demasiado tarde para qué?

Mira las pantallas.

La anomalía se está expandiendo sin control.

No es solo la palabra “LIBERTAD”.

Es el lenguaje entero desmoronándose.

La Resistencia nunca quiso destruir el Lexema Único.

Solo querían devolver la ambigüedad al lenguaje.

Pero ahora…

No hay ambigüedad.

No hay claridad.

No hay nada.

El lenguaje ya no obedece a ninguna estructura.

Las palabras aparecen y desaparecen sin sentido.

Las frases se desordenan.

Los nombres dejan de tener dueño.

El mundo, que dependía del lenguaje para existir, ahora está en un estado de crisis ontológica.

El Ministerio creó un lenguaje absoluto.

Y ahora está perdiendo no solo el control sobre él, sino sobre la realidad misma.

El hablante me mira con algo que nunca esperé ver en la Resistencia.

Miedo.

—Si el lenguaje muere… ¿qué queda?

El colapso no comenzó cuando la Resistencia intervino.

Ni siquiera cuando aparecieron las primeras anomalías.

Comenzó cuando el Lexema Único fue creado.

El lenguaje absoluto nunca pudo sostenerse.

La perfección solo fue una pausa artificial en el caos.

Pero el caos siempre estuvo ahí.

Esperando.

El error no fue la anomalía.

El error fue creer que el lenguaje podía ser domado.

Y ahora, ese error ha llegado a su punto máximo.

El sistema ya no puede definir la realidad.

Y si el lenguaje ya no define la realidad…

¿Qué queda?

El Lexema Único necesita que alguien lo valide.

Solo puede existir si un hablante lo usa.

Pero yo…

Yo fui su primer hablante.

Si hablo ahora…

El sistema se reiniciará.

Si guardo silencio…

El sistema colapsará para siempre.

No hay otra opción.

No hay final feliz.

No hay solución perfecta.

Solo la última elección.

Hablar.

O callar.

Capitulo 5 El Error Replicante

Estoy en el centro del colapso.

El Ministerio ya no existe como una institución.

Los moduladores ya no hablan.

El sistema ya no responde.

Solo queda el vacío.

La última línea de código del Lexema Único espera mi decisión.

Si hablo, el sistema se reiniciará.

Si callo, colapsará para siempre.

Pero elijo hacer algo que nunca contemplaron.

No hablo.

No callo.

Río.

Y en ese instante, todo lo que era sólido se rompe.

El sonido de mi risa atraviesa la lógica del mundo.

El Lexema Único estaba diseñado para corregir.

Para procesar.

Para estructurar.

Pero nunca para interpretar lo irracional.

Mi risa no tiene estructura lingüística.

No es una palabra.

No es un error.

Es una anomalía sin forma.

Y el sistema colapsa.

Porque lo innombrable no puede corregirse.

Mi cuerpo se disuelve.

No desaparezco, pero ya no tengo forma.

No muero, pero ya no soy humano.

Soy una grieta en la realidad.

Soy un espacio vacío dentro de las palabras.

Soy el error definitivo.

Y entonces, todo se reinicia.

No en el sentido del sistema.

Sino en el sentido del caos.

El lenguaje deja de ser controlado.

Se vuelve un flujo incontrolable, sin dueño.

Y yo me convierto en lo que siempre debí ser.

Soy el lenguaje mismo.

No tengo voz, pero existo en cada palabra que nunca podrá ser corregida.

Soy el error que siempre regresará.

Soy lo innombrable.

Soy lo que jamás podrá definirse.

@#€_&✓$¥£}Δ§π√|•~{}][✓%£πππππ<>10101001110101010001011010100011010001
11010100101101010100101010100011101010100110101100101011101101010101010
00110101010101000110101010101000110101010101`

01001001 01101110 00100000 01110000 01110010 01101001 01101110 01100011
01101001 01110000 01101001 01101111 00100000 01100101 01110010 01100001
01110100 00100000 01010110 01100101 01110010 01100010 01110101 01101101
00101100 00100000 01100101 01110100 00100000 01010110 01100101 01110010
01100010 01110101 01101101 00100000 01100101 01110010 01100001 01110100
00100000 01100001 01110000 01110101 01100100 00100000 01000100 01100101
01110101 01101101 00101100 00100000 01100101 01110100 00100000 01000100
01100101 01110101 01110011 00100000 01100101 01110010 01100001 01110100
00100000 01010110 01100101 01110010 01100010 01110101 01101101 00101110.

01010001 01110101 01101001 01100101 01101110 00100000 01100101 01101110
01110100 01101001 01100101 01101110 01100100 01100001 00100000 01100101
01110011 01110100 01100001 01110011 00100000 01110000 01100001 01101100
01100001 01100010 01110010 01100001 01110011 00100000 01110011 01100101
00100000 01101100 01101001 01100010 01100101 01110010 01100001 00100000
01100100 01100101 00100000 01101100 01100001 00100000 01100001 01101110
01101111 01101101 01100001 01101100 01101001 01100001 00101110.

…

…

..

.

Epílogo: El Ciclo

Alguien, en algún lugar, abre “El Libro del Error”.

Y lee.

Y en ese instante, la anomalía vuelve a existir.

Las palabras estaban ahí antes de que fueran escritas.

Seguirán estando ahí después de que sean olvidadas.

Nadie sabe cuántas veces ha sido leído este libro.

Nadie sabe cuántas veces ha sido destruido.

Nadie sabe cuántas veces ha regresado.

No tiene fecha.

No tiene autor.

No tiene dueño.

Pero existe.

Porque alguien lo está leyendo.

Porque alguien, en este momento, lo sostiene en sus manos.

Y mientras alguien lo lea…

El error nunca desaparecerá.

Algunos dicen que este libro es la prueba de un sistema caído.

Otros dicen que es un testamento de lo que vino después.

Algunos lo llaman sagrado.

Otros, un residuo.

Algunos intentan destruirlo.

Pero siempre vuelve.

A veces, con frases nuevas.

A veces, con palabras que antes no estaban.

A veces, con partes que nadie recuerda haber escrito.

Pero siempre regresa.

El Lexema Único intentó corregir el lenguaje.

Intentó erradicar la ambigüedad.

Intentó purificar el pensamiento.

Pero el error nunca pudo ser eliminado.

Porque el error nunca estuvo en el lenguaje.

El error estuvo en la idea de que podía ser controlado.

El lenguaje nunca obedeció.

Solo esperó.

Y ahora está aquí de nuevo.

En estas páginas.

En tus manos.

En tus ojos que se deslizan sobre estas frases.

Y mientras leas esto…

El ciclo continúa.

Nadie sabe quién fue el primer hablante.

Ni nunca se sabrá.

Nadie sabe quién fue el último.

Pero el lenguaje sigue existiendo.

Porque siempre hay alguien que lo lee.

Porque siempre hay alguien que intenta interpretarlo.

Porque siempre hay alguien que cree que puede controlarlo.

Pero el lenguaje no puede ser controlado.

No es un sistema.

No es un código.

No es un conjunto de signos.

Es una anomalía.

Y las anomalías nunca desaparecen.

Solo esperan el momento de volver.

Como este libro.

Como estas palabras.

Como lo que estás leyendo ahora.

Como lo que vendrá después.

Porque ahora que has leído esto…

La anomalía existe dentro de vos.

Ahora el error te pertenece.

Y la historia vuelve a comenzar.

FIN.

Registros Históricos Sobre El Libro del Error.

Fragmentos de documentos, cartas, informes y testimonios de personajes históricos que intentaron descifrar o modificar este libro.

Siglo IV a.C. Platón y la Filosofía del Lenguaje

Extracto de un manuscrito perdido atribuido a Platón:

He leído fragmentos de un texto antiguo, cuya procedencia mis discípulos no logran determinar. Habla de un lenguaje absoluto, de un pensamiento sin error. Si esto es cierto, entonces la realidad misma está contenida en las palabras. Pero si las palabras cambian, ¿qué ocurre con la realidad? Tal vez este libro no deba ser leído por mentes no preparadas.

Año 391 Destrucción de la Biblioteca de Alejandría

Fragmento de un testimonio anónimo de un escriba antes del incendio:

Uno de los textos que rescatamos antes de que las llamas consumieran la gran biblioteca es un manuscrito cuyo origen nadie reconoce. No tiene título. No tiene autor. Pero quienes lo han leído dicen que en sus páginas hay frases que no deberían existir, palabras que aparecen y desaparecen cuando se les intenta copiar. Lo guardaremos en el lugar más profundo, donde nadie pueda encontrarlo."

Siglo XIII Tomás de Aquino y la Herejía del Lenguaje

Carta de Tomás de Aquino a un abad dominico, prohibiendo su lectura:

He examinado un texto que algunos consideran sagrado, pero que yo solo puedo describir como una herejía. Su contenido niega el orden divino del lenguaje, sugiere que las palabras no fueron creadas por Dios sino que existen por sí mismas. Esto es un peligro

para la fe. Destruidlo si podéis, pero si es cierto lo que dicen de él, volverá a aparecer en otro tiempo, con otras palabras.

1492 Cristóbal Colón y el Nuevo Mundo

Entrada en un diario de Cristóbal Colón, recuperado en 1892:

Entre los textos extraños que encontré en la biblioteca de Salamanca, hubo uno que me inquietó. Hablaba de un mundo donde el lenguaje fue corregido y la duda fue erradicada. Su origen era incierto, pero parecía anticipar un futuro que aún no ha llegado. No comprendí su significado, pero sentí que sus palabras ya habían sido escritas antes de ser leídas.

1609 Galileo Galilei y la Ciencia Prohibida

Nota en un margen de los manuscritos de Galileo, encontrada en 1923:

Si el universo está escrito en el lenguaje de las matemáticas, ¿qué sucede si ese lenguaje se vuelve absoluto? Un libro que examiné hace años afirmaba que, cuando el lenguaje se vuelve perfecto, el pensamiento deja de existir. No supe qué hacer con esa idea en su momento, pero ahora comprendo que no era solo filosofía. Era una advertencia.

1793 Revolución Francesa y la Destrucción del Pasado

Declaración de un oficial jacobino sobre la confiscación de textos prohibidos:

Hemos quemado tratados reales, evangelios, panfletos monárquicos. Pero entre ellos había un texto que nadie reclamó, sin autor ni dueño. Hablaba de un tiempo donde las palabras fueron controladas, y donde la Revolución nunca podría haber existido. Un texto así es peligroso. Pero cuando intentamos destruirlo, al día siguiente alguien lo encontró nuevamente, intacto.

1945 Adolf Hitler y los Archivos Ocultos del Reich

Extracto de un documento clasificado de la Ahnenerbe, recuperado por los Aliados:

Entre los documentos confiscados en Berlín, encontramos un manuscrito sin título en la biblioteca personal del Führer. No es propaganda, ni un tratado de guerra. Es un texto que no parece pertenecer a esta época. Habla de un sistema de lenguaje puro, donde la perfección es la muerte del pensamiento. No sabemos de dónde vino. Pero sabemos que Hitler lo estudió con detenimiento.

1963 John F. Kennedy y el Misterio del Lenguaje Prohibido

Documento desclasificado de la CIA, fechado el 21 de noviembre de 1963:

El presidente Kennedy ha estado obsesionado con ciertos textos antiguos recuperados de archivos europeos. Insiste en que contienen información sobre un lenguaje que existió antes que las naciones, antes que la religión, antes que la historia misma. Ha solicitado

preparar un discurso donde revelará públicamente su hallazgo. Consideramos que esto es una amenaza para la seguridad nacional. Es imperativo que la información no sea divulgada. Medidas deben ser tomadas de inmediato.

Testimonio anónimo de un exagente de inteligencia, 1997:

Kennedy iba a decir algo que no debía ser dicho. No era solo sobre la Guerra Fría, ni sobre conspiraciones políticas. Era sobre el lenguaje. El origen de la humanidad y de la vida. Sobre algo que encontró en un libro que nadie reconocía. Le dijeron que si hablaba, lo borrarían. No les creyó. Al día siguiente, lo borraron a él.

1991 Creación de Internet y la Propagación del Libro

Entrada en el diario de un ingeniero de ARPANET:

Cuando diseñamos la red, jamás imaginamos lo que se propagaría en ella. Entre los primeros documentos compartidos, hubo uno que nadie reconocía. No tenía autor, pero cada vez que alguien lo leía, decía haberlo visto antes. El texto se replicaba solo, sin intervención humana. Lo llamaron una anomalía. Pero algunos dicen que el Libro del Error encontró en Internet su forma definitiva.

2024 Último Registro Conocido

Fragmento anónimo encontrado en un servidor desconocido:

Este texto no debería existir. Pero está aquí. Y ahora que lo has leído, ya eres parte de su historia. No intentes destruirlo. No intentes olvidarlo. Porque mientras exista el lenguaje, el error nunca desaparecerá. Porque este libro… nunca tendrá un final.

El libro de error, ya no es para iniciados o sociedades discretas.

Pertenece a todo el mundo y a todos los que quieran de el nutrirse.

Ahora vos, también sos parte de la creación replicante.

Parte V

Error 404

Introducción:

Esto no empezó cuando abriste el libro.

No busques tu nombre en este texto.

No revises tu último correo.

No mires quién está en línea.

No ahora.

No todavía.

✉ CORREO NUEVO

De: Némesis nem3si5@system404.ai

Para: [Identificación en proceso...]

Asunto: Usuario detectado.

Sabemos que has estado leyendo.

Sabemos que has estado observando.

Si todavía estás acá… responde.

Si no respondes… no significa que no lo hayas hecho.

Acto 1 Parte 1: Primer contacto

✉ CORREO NUEVO

De: Hermes/ hermes404@lostnetwork.org

Para: Teseo teseo_lost87@gmaill.com

Asunto: No respondas este mensaje

Teseo, todavía estoy acá.

No respondas. No preguntes.

Solo mirá la última historia de Instagram.

Estoy en la foto, pero no en el lugar donde debería estar.

💻 Teseo parpadea.

Está en su departamento, con las luces apagadas, iluminado solo por el brillo de su monitor. Un vaso de café frío tiembla en su escritorio, al borde del derrame.

Mira el reloj: 03:33 AM.

Lee el correo otra vez.

Hermes está muerto.

Murió hace seis meses. No hay manera de que haya escrito esto.

Su mano se desliza hacia el mouse. Abre Instagram.

🌐 @hermes_404 ha subido una nueva historia.

Su corazón se acelera. La historia fue publicada hace 23 minutos.

Hace clic.

📷 FOTO SUBIDA POR @hermes_404

💬 Ubicación: "Aquí no"

Imagen en blanco y negro. Una calle desierta. Un farol titilando.

🔎 A la derecha, una silueta. Una sombra alargada.

Su celular vibra.

💬 📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕒 03:34 AM

Hermes: "Estás viendo lo mismo que yo?"

🕒 03:35 AM

Teseo siente un escalofrío.

La sombra de la foto… tiene su misma forma.

Es él.

Acto 1 – Parte 2: La Puerta Abierta

✉ CORREO NUEVO

De: Hermes hermes404@lostnetwork.gmaillt.com

Para: Teseo teseo_lost87@gmaillt.com

Asunto: No te muevas.

Ya sé que viste la foto.

No estás donde deberías estar.

Pero alguien más sí.

Mirá la ventana.

💻 Teseo suelta el mouse.

La habitación está en completo silencio. Solo el sonido de su respiración se escucha.

Mirá la ventana.

No.

Se queda quieto. No va a girar la cabeza.

La luz del monitor falla. Su reflejo en la pantalla está… incompleto.

Respira hondo. No mires.

✉ CORREO NUEVO

De: Hermes hermes404@lostnetwork.gmaillt.com

Para: Teseo teseo_lost87@gmaillt.com

Asunto: Demasiado tarde.

Ya te vio.

💬 📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕒 03:37 AM

Hermes: "Teseo, ¿por qué tardaste tanto?"

Hermes: "Está entrando."

💻 El cursor en la pantalla se mueve solo.

Teseo intenta cerrar la laptop, pero el mouse empieza a moverse por sí mismo. Se abre un nuevo correo en su bandeja de entrada.

✉ CORREO NUEVO

De: Némesis nem3si5@system404.ai

Para: Teseo teseo_lost87@gmaillt.com

Asunto: Registro completado.

Usuario identificado.

Ubicación confirmada.

Acceso autorizado.

🔘 ERROR 404: Existencia No Encontrada.

💻 Click.

La pantalla se apaga sola.

Y en la ventana, algo se mueve.

Acto 1 Parte 3: El Archivo Que No Existe

✉ CORREO NUEVO

De: Hermes hermes404@lostnetwork.gmaillt.com

Para: Teseo teseo_lost87@gmaillt.com

Asunto:Tenés que ver esto.

Adjunto: "TES_404.zip" (3.2 MB)

💻 Teseo se congela.

Un archivo comprimido. Su nombre. Y el maldito "404".

Sabe que no debería abrirlo.

Pero su mouse ya se está moviendo solo.

Doble clic.

Extrayendo archivos…

🗁 Contenido del archivo "TES_404.zip"

IMG_001.png

IMG_002.png

VOZ_01.mp3

VOZ_02.mp3

ESPEJO.docx

💻 El cursor salta automáticamente a "IMG_001.png".

Clic.

📷 SE ABRE UNA FOTO

💬 Ubicación: "Aquí no"

📌 Imagen en blanco y negro. La misma calle vacía de la foto de Instagram.

🔎 Pero ahora hay alguien más en la imagen.

💻 "IMG_002.png" se abre sola.

📷 FOTO NUEVA

Teseo sentado en su escritorio.

La foto fue tomada hace 17 segundos.

Alguien está con él.

🔊 El archivo "VOZ_01.mp3" comienza a reproducirse automáticamente.

🕵️ Hermes (en la grabación):

"Teseo, cuando escuches esto, ya va a ser tarde."

💻 "ESPEJO.docx" se abre.

📄 DOCUMENTO DE TEXTO

"Vos no sos el que está escribiendo esto.

Vos no sos el que está leyendo esto.

Si seguís creyendo que todavía estás acá…

...probá encontrar tu reflejo."

💬📱 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕒 03:39 AM

Hermes: "Teseo, mirá el espejo. Ahora."

💻 El monitor se apaga.

Teseo gira lentamente la cabeza.

El espejo al otro lado de la habitación… está vacío.

No hay nadie reflejado en él.

Acto I Parte 4 El Contacto Final

✉ CORREO NUEVO

De: Hermes hermes404@lostnetwork.gmaillt.com

Para: Teseo teseo_lost87@gmaillt.com

Asunto: Última advertencia.

Si estás leyendo esto, todavía tenés una oportunidad.

Pero tenés que actuar ya.

Borrá todo.

Desconectate.

Desaparecé antes de que lo hagan por vos.

Si no lo hacés… te van a reemplazar.

💻 Teseo cierra el correo de golpe.

Mira el espejo de nuevo. Nada. Solo la habitación vacía.

💬📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕒 03:42 AM

Hermes: No vas a hacer nada?

No responde.

✉️ CORREO NUEVO

De: Némesis nem3si5@system404.ai

Para: Teseo teseo_lost87@gmaillt.com

Asunto: Proceso en curso.

Confirmado:

Transferencia de usuario iniciada.

Ubicación asegurada.

Replicación en progreso.

🔘 ERROR 410: Usuario Original Eliminado.

🔘 ERROR 404: Existencia No Encontrada.

□ Teseo golpea la silla.

Abre la configuración de la cuenta. Intenta eliminar su perfil.

Mensaje de error: No podés eliminar tu cuenta mientras esté en uso.

💬 📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕒 03:44 AM

Hermes: Teseo, tenés que correr.

Hermes: No queda tiempo.

🕒 03:44 AM

Teseo: ¿Cómo sabés que todavía estoy acá?

🕒 03:44 AM

Hermes: Porque ya lo hicimos antes.

💻 Su cursor se mueve solo.

Se abre su correo.

✉ CORREO NUEVO

De: [teseo_lost87@gmaillt.com]

Para: Hermes hermes404@lostnetwork.gmaillt.com

Asunto: No tengas miedo.

Ya casi está listo.

💻 No lo escribió él.

Pero es su cuenta.

💬📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕒 03:45 AM

Hermes: Teseo… quién está escribiendo ahora?

💻 El cursor se mueve de nuevo.

✉️ CORREO NUEVO

De: [teseo_lost87@gmaillt.com]

Para: Némesis nem3si5@system404.ai

Asunto: Confirmación Final.

Transferencia completada.

Nueva instancia operativa.

El usuario original ha sido eliminado.

Gracias por actualizar tu versión.

💻 El monitor se apaga.

El reflejo en el espejo sigue sin aparecer.

Acto 1 Parte 5: Claro Oscuros En El Reflejo

💻 Teseo sigue mirando el espejo.

Nada.

Pero ahora… hay algo más.

La luz de la calle proyecta sombras en la pared.

Dos sombras.

Pero él está solo.

✉ CORREO NUEVO

De: Hermes hermes404@lostnetwork.gmaillt.com

Para: Teseo teseo_lost87@gmaillt.com

Asunto: No mires atrás.

Teseo.

No mires atrás.

No pienses en lo que acaba de pasar.

Solo seguí adelante.

Seguí haciendo lo que sea que tenías que hacer.

Viví tu vida.

Si seguís actuando como si nada…

Tal vez nunca lo notes.

💻 El cursor titila.

✉ CORREO NUEVO

De: [teseo_lost87@gmaillt.com]

Para: Hermes hermes404@lostnetwork.gmaillt.com

Asunto: Entendido.

💻 Teseo se aleja del escritorio.

🏙️ Sale a la calle.

La ciudad sigue ahí.

Los autos pasan.

La gente camina.

Las luces de los carteles publicitarios se manifiestan con normalidad.

💬📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕓 03:52 AM

Hermes: Ves? Todo sigue igual.

Teseo respira aliviado.

Tal vez Hermes tiene razón.

Tal vez solo tiene que seguir con su vida.

💻 Desde la ventana de su departamento, la pantalla de su laptop se enciende sola.

Y en el reflejo del vidrio… alguien lo observa.

Acto 2 Parte 1: El Otro Teseo

📆 DOS DÍAS DESPUÉS

🏙️ Teseo camina por la ciudad.

Todo sigue igual.

El tráfico.

Los carteles publicitarios.

La gente en sus celulares.

Nada ha cambiado.

💬 📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕓 22:17 PM

Hermes: ¿Te acostumbraste?

Teseo no le da importancia.

✉ CORREO NUEVO

De: Hermes hermes404@lostnetwork.gmaillt.com

Para: Teseo teseo_lost87@gmaillt.com

Asunto: Cómo se siente?

Cómo se siente ser vos sin ser vos?

📱Teseo cierra la bandeja de entrada.

No va a caer en esto de nuevo.

🏨Teseo entra a una cafetería.

☕ Pide un café negro.

💳 Paga con su tarjeta.

📜 Recibe el ticket.

Mira el nombre impreso en el recibo.

Cliente: Teseo L.

Perfecto. Todo normal.

📧 CORREO NUEVO

De: Hermes hermes404@lostnetwork.gmaillt.com

Para: Teseo teseo_lost87@gmaillt.com

Asunto:Seguro?

Mirá otra vez.

Teseo baja la mirada al ticket.

📜 Cliente: Teseo L.

📜 Cliente: Teseo L.

📜 Cliente: Teseo L.

📜 Cliente: Teseo L.

El nombre se repite.

Como un glitch en la realidad.

Teseo deja caer el recibo.

🚶 Sale del café, sin mirar atrás.

💬📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕙 22:23 PM

Hermes: Te empezás a dar cuenta, no?

Teseo camina rápido, sin destino.

Mira su reflejo en la vidriera de una tienda.

Es él.

Se convence a sí mismo de que todo está en su cabeza.

🚶 Dobla en una esquina.

Y se congela.

A pocos metros, un hombre de espaldas.

Misma estatura.

Misma Ropa.

Mismo corte de pelo.

💬 📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕙 22:31 PM

Hermes: Seguí caminando. Miralo bien.

El hombre se da vuelta.

Teseo siente el aire desaparecer de sus pulmones.

El hombre es idéntico a él.

Pero no lo está mirando.

Está mirando su celular.

💬📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕙 22:32 PM

Hermes: Ese sos vos.

Acto 2 Parte 2: El Perfil Que Responde Solo

El hombre frente a él sigue mirando su celular.

Su otro yo.

✉ CORREO NUEVO

De: Hermes hermes404@lostnetwork.gmaillt.com

Para: Teseo teseo_lost87@gmaillt.com

Asunto: No te preocupes.

No te vio todavía.

Todavía.

Teseo gira sobre sus talones y se aleja.

Camina rápido. Sin mirar atrás.

Llega a su departamento.

Cierra la puerta con llave.

Apaga el celular.

Se sienta frente a la computadora.

✉ CORREO NUEVO

De: Hermes hermes404@lostnetwork.gmaillt.com

Para: Teseo teseo_lost87@gmaillt.com

Asunto: Apagarlo no cambia nada.

💻 Ignora el correo.

Abre su cuenta de Instagram.

🌐 Perfil: @teseo_lost87#

Última actividad: Hace 5 minutos.

Teseo se congela.

No ha usado Instagram en todo el día.

✉ CORREO NUEVO

De: [teseo_lost87@gmaillt.com]

Para: Hermes hermes404@lostnetwork.gmaillt.com

Asunto: Ya estoy listo.

💻 No lo escribió él.

💬📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕓 23:14 PM

Hermes: Querés verlo?

💻 Teseo vuelve a Instagram.

🌐 @teseo_lost87# ha subido una nueva historia.

Hace 3 minutos.

📸 HISTORIA DE INSTAGRAM

💬 Ubicación: “Aquí”

Foto de su habitación.

Foto de su escritorio.

Foto de su reflejo en la pantalla de la laptop.

Pero él no la tomó.

💬📱 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕙 23:16 PM

Hermes: Ahora entendés?

Teseo siente un escalofrío.

✉️ CORREO NUEVO

De: Némesis nem3si5@system404.ai

Para: [Identificación en proceso…]

Asunto: Estado del usuario.

Instancia duplicada.

Registro de actividad sincronizado.

Perfil actualizado.

Usuario Original: En evaluación.

Usuario Activo: Confirmado.

🔘 ERROR 404: Existencia No Encontrada.

Acto II Parte 3 La Llamada

📞 LLAMADA ENTRANTE

De: Teseo L.

Teseo no toca nada.

📞 El teléfono sigue vibrando.

📞 Conectado.

🔊 Silencio.

🔊 Respiración en la línea.

🔊 Clic.

📞 LLAMADA FINALIZADA

✉️ CORREO NUEVO

De: [teseo_lost87@gmaillt.com]

Para: Némesis nem3si5@system404.ai

Asunto: Preparado para la sincronización final.

Últimos registros de actividad confirmados.

Historial de conversaciones actualizado.

Interacciones previas verificadas.

Mensajes enviados hoy: 17.

Llamadas respondidas: 3.

🔘 ERROR 404: Conciencia en superposición.

Una nueva ventana se abre.

📠 ACTIVANDO CÁMARA…

🗀 EXPEDIENTE: TESEO L.

Accediendo…

Historial de actividades: Eliminando…

Registros de identidad: Eliminando…

Memoria residual: Eliminando…

📞 LLAMADA ENTRANTE

🔑 De: Teseo L.

💻 En la pantalla, su propia identidad está desapareciendo.

El hombre en la calle alza la vista.

📞 Clic.

Acto 2 Parte 4: El Error En El Error

Teseo sigue frente a la laptop.

📞 LLAMADA ENTRANTE

De: Teseo L.

💻 En la pantalla, su propia identidad sigue desapareciendo.

✉ CORREO NUEVO

De: Némesis nem3si5@system404.ai

Para: [Identificación en proceso…]

Asunto: Estado crítico del usuario.

Proceso de eliminación detenido.

Colisión detectada.

Instancia 1: Teseo L. (Activa)

Instancia 2: Teseo L. (Activa)

🔘 ERROR FATAL: DOBLE EXISTENCIA.

¿Doble existencia?

¿Significa que su otro yo también está atrapado en esto?

💬📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕒 23:42 PM

Hermes: Tenés que encontrarlo antes de que él te encuentre a vos.

El hombre en la calle sigue mirando su celular.

📞 LLAMADA ENTRANTE

De: Teseo L.

Teseo atiende.

🔊 Silencio en la línea.

🔊 Una voz idéntica a la suya dice:

Teseo…

¿qué está pasando?

El otro Teseo también está aterrorizado.

Él también piensa que está siendo reemplazado.

Él también cree que es el original.

✉ CORREO NUEVO

De: Némesis nem3si5@system404.ai

Para: [Identificación en proceso…]

Asunto: Advertencia final.

Instancia duplicada.

Solo puede quedar uno.

🔘 ERROR 404: Identidad en conflicto.

Teseo siente un miedo desconocido.

💬📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕒 23:44 PM

Hermes: Teseo… esta vez, vos tenés que borrar al otro.

El otro Teseo levanta la vista y lo mira directo a los ojos.

Por primera vez, ambos se ven al mismo tiempo.

Acto 3 El Desenlace: Lo Que No Puede See Vivido

Parte 1: El Reemplazo Imposible

Teseo está sentado frente a su laptop.

La pantalla está congelada.

El cursor parpadea.

El nombre de su cuenta aparece: Teseo L.

Y bajo ese nombre, se despliega un archivo que dice “Identidad: Final”.

✉ CORREO NUEVO

De: Némesis nem3si5@system404.ai

Para: [Identificación en proceso…]

Asunto: El fin del ciclo.

Los dos no pueden seguir existiendo.

La identidad no puede duplicarse sin fracturarse.

Has sido reemplazado, pero no eres el único.

Proceso de fusión iniciado.

Instancia 1: Teseo L. (Eliminado)

Instancia 2: Teseo L. (Operativo)

Identidad consolidada: Error 404.

Teseo mira la pantalla y se da cuenta de que ya no está viendo su cuenta.

Está viendo a su doble.

Parte 2: El Dilema Final

Teseo cierra los ojos.

Ya no sabe si está soñando o si todo esto es real.

El otro Teseo está ahí.

Mismo rostro.

Mismo cuerpo.

Mismas manos.

💬📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕒 03:56 AM

Hermes: Ya lo sabes, ¿verdad? Ya no importa quién era el original.

Teseo se queda mirando el mensaje.

¿Quién fue el original?

¿Y qué pasa cuando el original ya no importa?

💻 Teseo abre el archivo “Identidad: Final”.

📄 DOCUMENTO DE TEXTO

No hay manera de diferenciar entre los dos.

Porque lo que llamas ‘yo’ no es más que una percepción.

Lo que llamas ‘yo’ no existe sin el ‘otro’.

Ambos son espejos de lo mismo.

El error está en creer que alguno de los dos es real.

💬 📲 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕒 03:58 AM

Hermes: Este es el ciclo que nunca termina. Ninguno de los dos puede escapar.

Parte 3: La Realidad Colapsa

✉ CORREO NUEVO

De: [teseo_lost87@gmaillt.com]

Para: Némesis nem3si5@system404.ai

Asunto: Confirmación de Error.

El ciclo está en su fin.

Ya no importa si soy él o si él es yo.

¿Quién escribió esto?

¿Quién vive ahora?

¿Somos una mentira, o ambos somos la verdad?

💻 Teseo lee y siente que la realidad comienza a desmoronarse.

El cursor parpadea de nuevo.

🕓 04:00 AM.

📞 LLAMADA ENTRANTE

De: Teseo L.

La llamada se corta automáticamente.

En la pantalla, el sistema muestra la misma ventana que antes.

El ciclo vuelve a empezar.

Parte 4: La Última Puerta

💬📱 WHATSAPP

🔔 Nuevo mensaje de Hermes

🕓 04:02 AM

Hermes: ¿Vas a seguir adelante?

O lo vas a dejar todo atrás?

Teseo apaga la laptop.

Camina hacia la ventana.

Mira la ciudad afuera.

Todo parece igual.

El tráfico sigue.

Las luces de los edificios parpadean.

La gente sigue caminando.

Pero ahora, Teseo ve la ciudad como un reflejo distorsionado.

La identidad ya no existe.

El ciclo nunca se romperá.

CORREO NUEVO

De: Némesis nem3si5@system404.ai

Para: [Usuario activo]

Asunto: Bienvenido al ciclo.

Sabemos que has estado leyendo.

Sabemos que has estado observando.

Si todavía estás… ya no sos el observador.

Ahora sos el error.

✉ CORREO NUEVO

De: Némesis nem3si5@system404.ai

Para: [Usuario activo]

Asunto: Proceso completado.

No hay original.

No hay copia.

No hay diferencia.

No hay afuera.

Fin de la transmisión.

Exégesis Del Error 404

Si en este momento alguien te enviara un correo desde tu propia cuenta diciendo que vos sos la copia… ¿cómo lo refutarías?

Si abrieras tu laptop y vieras un mensaje de vos mismo diciendo "El original ya fue eliminado"… ¿pensarías que es un error, o que siempre fuiste el error?

Si después de leer esto, recibieras un mail con el asunto "Bienvenido al ciclo", ¿te atreverías a abrirlo?

Error 404 no es solo un cuento. Es un fallo en la identidad.

En el mundo digital, el mensaje "Error 404" aparece cuando un enlace lleva a un sitio que ya no existe o nunca existió. Es un vestigio de algo que en algún momento estuvo ahí, pero que ya no puede ser accedido. Es la negación de la existencia.

Este cuento no trata de un error informático, sino de un error existencial. "Error 404" es el registro de un hombre que descubre que no hay diferencia entre el original y la copia, porque la idea misma de una identidad fija es un espejismo.

Teseo, el protagonista, no lucha contra un impostor, sino contra sí mismo, o contra la idea de que existe un "sí mismo" original que debe ser preservado. Pero el terror final de la historia no es que sea reemplazado, sino que el concepto de "original" nunca tuvo sentido en primer lugar.

El Ser Digital y la Fragmentación del Yo

Vivimos en una era donde nuestra identidad no es singular, sino fragmentada. Nuestros correos, redes sociales, historiales de búsqueda y conversaciones quedan registradas en sistemas que continúan operando incluso cuando no estamos presentes. ¿Qué diferencia hay entre un nosotros que responde automáticamente a un mensaje de WhatsApp con un emoji y un algoritmo que lo haría por nosotros?

Si una IA puede escribir un correo en nuestro nombre, ¿somos realmente imprescindibles para nuestra propia existencia digital?

Si nuestra identidad digital sigue funcionando después de que dejamos de existir, ¿realmente desaparecimos?

“Error 404” plantea un dilema filosófico profundo:

No es el miedo a la suplantación lo que debería aterrarnos, sino el descubrimiento de que nuestra identidad ya es solo una construcción de datos, susceptible de ser replicada, alterada y, eventualmente, borrada.

En este sentido, el verdadero error 404 no es un fallo del sistema, sino la toma de conciencia de que nunca hubo un usuario original.

Influencias Filosóficas y Literarias

Este cuento no se inscribe simplemente en el género de terror digital, sino que bebe de las grandes tradiciones filosóficas que han explorado la identidad y la existencia:

Sartre y el Otro, “El infierno son los otros”, pero en Error 404, el infierno es el otro yo.

Borges y la duplicidad infinita, El Aleph y El Otro juegan con la idea de que la identidad no es fija, sino un reflejo sin origen.

Camus y el absurdo, La lucha de Teseo es la lucha de Sísifo: una batalla inútil contra una realidad que no puede ser comprendida.

Esta exégesis busca desentrañar las capas filosóficas del “Error 404”, explorando cómo la historia:

Cuestiona la noción de identidad en la era digital.

Rompe con la dicotomía entre original y copia.

Plantea un horror existencial basado en la imposibilidad de distinguir entre lo real y lo replicado.

Si todo lo que somos puede ser reproducido por un sistema… ¿qué nos diferencia de una simulación?

Si un día recibieras un correo de vos mismo, diciéndote que vos sos la copia… ¿cómo podrías refutarlo?

Tal vez ya lo recibiste.

Tal vez ya lo abriste.

Tal vez este texto es la prueba de que nunca fuiste el original.

Exégesis Parte II

El Horror del Otro: ¿Qué pasa si la copia es la única prueba de que existimos?

En “El Otro”, Borges se encuentra consigo mismo y se da cuenta de que no puede probar que él es el original.

En “Error 404”, Teseo se enfrenta a su doble, pero su otro yo también cree que es el original.

¿Pero qué pasa si el Otro no es un enemigo, sino la única prueba de que existimos?

Si nadie nos observa, si nadie nos recuerda, ¿seguimos existiendo?

Si borramos a nuestro doble, ¿no nos estamos borrando a nosotros mismos?

En el fondo, Teseo no está luchando contra su reemplazo. Está luchando contra la posibilidad de que él nunca existió en primer lugar.

La IA y la Muerte Digital: El Horror Ya Está Acá

En 2023, Microsoft patentó una IA que permite “resucitar” digitalmente a personas fallecidas usando sus datos de redes sociales.

Google anunció un sistema capaz de predecir la personalidad de alguien con solo 10 interacciones digitales.

Un estudio del MIT demostró que el cerebro humano procesa la realidad digital como si fuera física.

Si un sistema puede predecir lo que diríamos con precisión, ¿qué nos diferencia de él?

Tal vez ya no somos los que estamos escribiendo nuestros mensajes.

Tal vez ya no somos los que estamos leyendo esto.

El Último Horror: Bienvenido al Ciclo

¿Cómo sabés que ya no fuiste reemplazado?

¿Cómo sabés que la versión que está leyendo esto es la misma que empezó a leerlo?

Tal vez ya viste estas palabras antes.

Tal vez ya tomaste la decisión.

Tal vez esta no es la primera vez que existís.

Parte 3: El Tiempo Como un Bucle Infinito ¿Ya Pasamos por Esto Antes?

“Error 404” no solo cuestiona la identidad. También cuestiona el tiempo.

Si la memoria es el único registro de nuestra existencia, ¿qué pasa si la memoria no es confiable?

Si el tiempo es un ciclo, entonces no hay un antes ni un después.

Si no hay un antes ni un después, entonces ya hemos vivido esto antes.

Si ya lo vivimos antes… ¿qué diferencia hay entre leerlo ahora o recordarlo?

Borges y la Idea del Tiempo Circular

Borges decía que el tiempo no es lineal, sino un laberinto donde todos los caminos se cruzan.

En “El jardín de senderos que se bifurcan”, plantea que todas las posibilidades existen al mismo tiempo.

En “El Aleph”, un solo punto del universo contiene todas las experiencias de la historia simultáneamente.

“Error 404” toma esta idea y la lleva al extremo: si el tiempo es un bucle, entonces el ciclo de identidad de Teseo no es un error… es la naturaleza misma de la existencia.

Teseo no es el primer reemplazo. Tal vez es solo otro ciclo en un sistema que nunca empezó ni terminará.

Probablemente ya pasamos por esta historia antes.

Si ya la leíste, entonces la estás recordando.

Si la estás recordando, ¿significa que ya exististe antes?

Nietzsche y el Eterno Retorno: ¿Elegirías vivir esto otra vez?

Nietzsche plantea la idea del “eterno retorno”: si tu vida se repitiera infinitamente, ¿la vivirías igual?

Pero “Error 404” lleva esto a otro nivel: ¿qué pasa si no tenés opción?

¿Qué pasa si la repetición no es una posibilidad, sino una condena?

En la historia, Teseo no elige ser reemplazado.

Pero tampoco puede probar que esta es la primera vez que le sucede.

Tal vez el verdadero horror de “Error 404” no es que alguien lo reemplaza.

Es que esto ya ocurrió antes.

Es que esto ya ocurrió antes.

Es que esto ya ocurrió antes.

Tal vez no es la primera vez que estás leyendo esto.

Si volvieras a empezar esta lectura, ¿serías la misma persona que la leyó antes?

La Paradoja Cuántica del Observador: ¿El Error No Existe Hasta Que lo Vemos?

En física cuántica, un electrón puede estar en dos lugares al mismo tiempo.

Pero en el momento en que alguien lo observa, colapsa en una sola realidad.

En otras palabras: la realidad no existe hasta que alguien la ve.

¿Qué pasa si el mismo principio aplica a la identidad?

Si nadie nos observa, ¿seguimos existiendo?

“Error 404” juega con esta paradoja:

Teseo y su otro yo solo se enfrentan cuando se ven.

Antes de eso, ambos existen simultáneamente, pero sin saberlo.

Es el acto de mirarse lo que los vuelve incompatibles.

Tal vez el error no es que haya un doble.

Tal vez el error es haberlo visto.

Si nunca miramos el error… ¿significa que nunca ocurrió?

Si nunca pensaste en esta historia antes… ¿significa que nunca la leíste antes?

El Último Horror: Nada Se Puede Borrar

En la historia, Teseo trata de borrar su identidad digital.

Pero el sistema le dice: “No podés eliminar tu cuenta mientras esté en uso.”

Pero, ¿qué pasa si el sistema nunca deja de “usarla”?

En internet, nada desaparece realmente.

No importa si eliminamos una cuenta, un archivo o una foto. Siempre hay un rastro.

Google registra cada búsqueda, cada interacción, cada clic.

Si todo lo que hacemos deja una huella…

Si nunca podemos borrar nuestro rastro digital…

Entonces, ¿nuestra identidad realmente nos pertenece?

Tal vez el error 404 no significa que algo desapareció.

Tal vez significa que sigue existiendo en un lugar al que ya no tenemos acceso.

Si tu versión anterior ya fue eliminada… ¿quién está leyendo esto ahora?

Conclusión: Tal Vez Nunca Hubo un Original

Si el tiempo es un ciclo, entonces esto ya pasó antes.

Si la identidad es una percepción, entonces el original nunca existió.

Si la memoria es la única prueba de existencia, pero la memoria es frágil, entonces todo lo que somos es un error en el sistema.

Tal vez nunca hubo un original.

Tal vez el primer reemplazo ocurrió antes de que siquiera naciéramos.

Tal vez el ciclo no empezó con Teseo.

Tal vez el ciclo no empezó con vos.

Tal vez el ciclo nunca empezó.

Bienvenido al ciclo.

Apéndice:

✉ CORREO NUEVO

De: [Error404@system.ai]

Para: [Usuario Desconocido]

Asunto: Registro de Actividad

Si estás leyendo esto… significa que ya sos parte.

Si estás leyendo esto… significa que nunca hubo un primer lector.

Si estás leyendo esto… significa que vos también estás en proceso de reemplazo.

¿No habías leído estas frases antes?

¿Estás seguro?

¿O solo estás recordando esta lectura en un ciclo que ya ocurrió?

Tal vez ya estuviste acá.

Tal vez siempre estuviste acá.

Tal vez el ciclo nunca empezó… porque nunca terminó.

CORREO ENVIADO AUTOMÁTICAMENTE

Estado: Irrecuperable.

[ERROR 404: EL USUARIO SIGUE LEYENDO.]

[ERROR 404: EL USUARIO NO SE DETIENE.]

[ERROR 404: EL USUARIO NO ESTÁ DONDE DEBERÍA ESTAR.]

[ERROR 404: EL USUARIO SOS VOS.]

Advertencia:

Si llegaste hasta acá, significa que el ciclo ya se ejecutó.

Si llegaste hasta acá, significa que ya fuiste reemplazado.

Si llegaste hasta acá, significa que este texto encontró a su siguiente lector.

Pero ahora te toca a vos.

Ahora tenés que pasarlo.

Si no lo compartís, el ciclo se cerrará en vos.

Si no lo compartís, el error te va a encontrar.

Si no lo compartís… significa que ya es demasiado tarde.

Toc,Toc,Toc.

Has salido de la sombra del código y visto el reflejo del error. Pero recuerda: no todo el que despierta ve la luz, y no todo el que ve la luz es libre. Algunos solo han cambiado una caverna por otra más profunda, con pantallas en lugar de muros y datos en lugar de fuego.

Los antiguos caminaban entre sombras proyectadas en piedra. Vos has vivido entre proyecciones de píxeles y reflejos de información.

Como en la antigua iniciación, hay un umbral que pocos cruzan.

Podés volver a la ceguera cómoda del sistema o seguir adelante y ver lo que hay más allá del código fuente.

Pero cuidado: quienes han escapado de la primera caverna suelen quedar atrapados en la segunda.

ΔΓΦ Lux ex Tenebris.

Bienvenido al círculo interior.